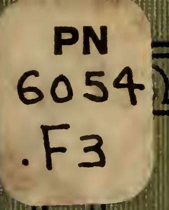


LECTURAS ESCOGIDAS

FERNANDEZ JUNCOS

SILVER, BURDETT Y COMPAÑIA


THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

LECTURAS ESCOGIDAS

COLECCIÓN DE OBRAS DE AUTORES EMINENTES

POR

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

Miembro de la Academia Cervántica Española, de la American Academy of Political and Social Sciences, del Instituto Geográfico Argentino, del Liceo Hidalgo, de México, y de otras varias corporaciones científicas y literarias de Europa y América



SILVER, BURDETT Y COMPAÑÍA

NUEVA YORK BOSTON CHICAGO



NOTA PRELIMINAR

En la enseñanza de los más altos grados de la escuela primaria y en los de la secundaria viene notándose la falta de un libro de lectura selecta y variada, que dé á conocer á los alumnos el ingenio y el estilo de escritores ya consagrados por la fama, que sirva para los ejercicios de lectura en las clases y para los estudios de comparación y de análisis, y que contribuya á la formación del buen gusto literario.

Los libros de lectura graduada que se emplean en los primeros años escolares resultan ya un poco infantiles para los grados altos, y las obras amenas que se escriben para deleite del público en general suelen ser demasiado mundanas; tratan muchas de ellas de afectos no bien comprendidos por adolescentes, y en otras se descubren tendencias á propagar doctrinas y sistemas religiosos determinados, que son incompatibles con la neutralidad de la escuela moderna.

Fué, pues, necesario prescindir de esos libros en las escuelas antedichas, no obstante su mérito literario y la merecida fama de sus autores.

Para suplir esos libros demasiado mundanos ó tendenciosos, varios educadores de gran autoridad y competencia pensaron en la utilidad de una selección cuidadosamente hecha de obras breves, completas, de diversos asuntos y de varios tonos, escritas ya por buenos autores españoles de no muy remota fecha, ya por escritores famosos de otros países, traducidas al castellano con esmero y corrección.

Á satisfacer en lo posible esta necesidad viene el presente libro. Figuran en él estudios históricos, reseñas descriptivas, narraciones de viajes, cuentos, novelas cortas, leyendas y artículos de costumbres. Al frente de cada trabajo hallarán los alumnos una breve noticia biográfica del autor de él y de las obras que le hayan dado más fama. Así, por el solo estímulo de la curiosidad, y á la vez que se ejercitan en la lectura general, irán los alumnos adquiriendo algunas nociones provechosas de historia literaria, en relación con las lecturas en que se ejercitan.

Cuanto al orden de inserción de los trabajos en este libro no he seguido más que el puramente lógico de las ideas predominantes en cada uno, dentro de las respectivas secciones, y que el más pudiera contribuir á la variedad, siempre agradable, de la lectura. Destinado á escolares que han adquirido ya un amplio desarrollo de inteligencia, holgaría en él un método riguroso de gradación, como el que debe regir en las primeras lecturas de la infancia. Por eso preferí la mayor amenidad y el mayor encanto, siguiendo en lo posible la magnífica variedad de la naturaleza, que nos ofrece aquí una montaña majestuosa, allá un profundo valle ó un lago cristalino y sereno, más allá una catarata sublime, y al pie de ella un arroyo murmurante que da fertilidad y frescura á una campiña en flor; ora un árbol frondoso y magnífico, ora un arbusto lleno de gracia, unas olas rugientes ó un amenísimo vergel, sin que esta variedad destruya ni altere en lo más mínimo la harmonía maravillosa de la creación.

Así se evita, además, todo asomo de amaneramiento y de monotonía, que producen siempre algún cansancio en la mente de los lectores.

Puede ser útil asimismo la presente obra en las Bibliotecas Escolares, por lo atractivo y variado de su lectura,

y no se desdeñarán probablemente las personas cultas de tenerla entre los libros agradables de su gabinete de estudio.

Debo expresar aquí mi agradecimiento á los Srs. Harper & Brothers y á los de Houghton, Mifflin Company, por haber permitido que se traduzcan é incluyan en este libro el artículo *How They Sold Me in Newark*, del famoso humorista Mark Twain, y *The Luck of Roaring Camp*, del célebre costumbrista Bret Harte, respectivamente. También estoy agradecido á ilustres autores de trabajos aquí publicados, y á éditores ó representantes de los ya difuntos, por la autorización con que me favorecieron.

M. F. J.

ÍNDICE

Sección primera — Escritores españoles

Sección segunda — Escritores ingleses y norteamericanos

Sección tercera — Escritores franceses

SECCIÓN PRIMERA

ESCRITORES ESPAÑOLES



Condesa de Pardo Bazán

CONDESA DE PARDO BAZÁN

Escritora y novelista de gran talento y saber, considerada como la más ilustre de Europa en el siglo actual.

Nació en la Coruña, á fines del año 1852, y desciende de una noble familia gallega. Hija única de padres ricos, la educaron éstos esmeradamente, dando así gran solidez y expansión á las aficiones literarias y científicas que ella manifestó desde muy joven. Los estudios bien dirigidos y los viajes enriquecieron su inteligencia de modo extraordinario.

Rindiendo tributo á las leyes de la naturaleza y de la sociedad, contrajo matrimonio, tuvo algunos hijos, que ella misma crió y educó, y el mayor de ellos es ya autor de libros.

Doña Emilia Pardo Bazán (hoy condesa de este nombre) ha escrito libros de historia, de viajes, de crítica literaria y de costumbres, de pedagogía y de otras varias materias, dando en todos ellos gallardas muestras de su cultura y talento excepcionales.

Su afición predominante, además de la novela, parece ser la crítica literaria, en la que sobresale por su ilustración, su gran sagacidad de ingenio y su independencia de juicio. Sus obras de crítica más celebradas son *La cuestión palpitante*, *La revolución y la novela rusa* y el *Nuevo Teatro Crítico*, y su obra titulada *San Francisco de Asís* es un admirable estudio de este famoso anacoreta y de la época interesantísima en que vivió.

Lleva escritas unas treinta novelas, próximamente, muy estimadas en el mundo literario, y muchas de ellas han sido traducidas al inglés, al francés y á otros idiomas cultos. Las más celebradas son *Los pazos de Ulloa*, *La Madre Naturaleza*, *La piedra angular*, *Morriña* y *La sirena negra*. En esta última hay una sorprendente descripción inspirada en la antigua *Danza de la Muerte*.

Posee varios idiomas modernos y algunos de los clásicos antiguos.

El estilo de esta escritora insigne es ingenioso, enérgico, abundante, castizamente castellano, lleno de vida y de color.

Ha publicado también varios libros de cuentos de gran interés, y de uno de ellos fué copiada la admirable narración siguiente.

FUEGO Á BORDO

Cuando salimos del puerto de Marineda — serían, á todo ser, las diez de la mañana — no corría temporal: sólo estaba la mar rizada y de un verde . . . vamos, un

verde sospechoso. Á las once servimos el almuerzo, y fueron muchos pasajeros retirándose á sus camarotes, porque el oleaje, no bien salimos á alta mar, dió en ponerse grueso, y el buque cabeceaba de veras. Algunos del servicio nos reunimos en el comedor, y mientras llegaba la hora de preparar la comida, nos divertíamos en tocar el acordeón y hacer hablar al pinche, un negrito feo: y nos reíamos como locos, porque el negro con las cabezadas de la embarcación y sus propios saltos, se daba mil coscorrones contra el tabique. En esto, uno de los muchachos camareros, que les dicen *stewards*, se llega á mí.

— Cocinero, dos fundas limpias, que las necesito.

— Pues vaya usted al ropero y cójalas, hombre.

— Allá voy.

Y sin más, entra y enciende un cabo de vela para escoger las fundas.

¡Aquel cabo de vela! Nadie me quita de la cabeza que el condenado . . . Dios me perdone, el infeliz del camarero lo dejó encendido, arrimado á los montones de ropa blanca. Como un barco grande requiere tanta blancura, además de las estanterías llenas y atestadas de manteles, sábanas y servilletas, había en el *San Gregorio* rimeros de paños de cocina, altos así, que llegaban á la cintura de un hombre. Por fuerza el cabo se quedó pegadito á alguno de ellos ó cayó de la mesa, encendido, sobre la ropa. En fin, era nuestra suerte, que estaba así preparada.

Yo no sé qué cosa me daba á mí el cuerpo ya cuando salimos de Marineda. Siempre que me embarco estoy ocho días antes alegre como unas castañuelas, y hasta parece que me hace falta alguna broma con los amigos y la familia. Pues esta vez . . . tan cierto como que nos hemos de morir . . . tenía yo atravesado algo en el

gaznate, y ni reía ni apenas hablaba. La víspera del embarque le dije á mi esposa:

— Mujer, mañana tempranito me aplancharás una camisola, que quiero ir limpio á bordo.

Por la mañana entró con la camisola, y le dije:

— Mujer, tráeme el pequeño que mama.

Vino el chiquillo y le dí un beso, y mandé que me lo quitasen pronto de allí, porque las entrañas me dolían y el corazón se me subía á la garganta. También la víspera fuí á casa del segundo oficial, el señorito de Armero, y estaba la familia á la mesa; y la madre, que es así una señora muy franca, no ofendiendo lo presente, me dijo:

— Tome usted esta yema, Salgado.

— Mil gracias, señora, no tengo voluntad.

— Pues llévelas éstas á los niños . . . ¿Y qué le pasa á usted, que está qué sé yo cómo?

— Pasar, nada.

— Y ¿qué le parece el viaje, Salgado?

— Señora, la mar está bella, y no hay queja del tiempo.

— No, pues usted no las tiene todas consigo . . . Le noto algo en la cara . . .

Para aquel viaje había yo comprado todos los chismes del oficio: por cierto que en la compra se me fué lo último que me quedaba: setenta duretes. Los chismes eran preciosos: cuchillos de lo mejor, moldes superiores, herramientas muy finas de picar y adornar; porque en el barco, ya se sabe: le dan á uno buena batería de cocina, grandes cazos y sartenes, carbón cuanto pida, y víveres á patadas; pero ciertas nonaditas de repostería y de capricho, si no se lleva con qué hacerlas . . . Y como yo tengo ese pundonor de que me guste sobresalir en mi arte y que nadie me pueda enseñar un plato . . . Por cierto que esta vanidad fué mi perdición cuando sostuve *restau-*

rant abierto. Me daba vergüenza que estuviese desairado el escaparate, sin una buena polla en galantina, ó solomillo mechado, ó jamón en dulce, ó chuletas bien panadas y con su penachito de papel en el hueso . . . Y los parroquianos no acudían; y los platos se morían de viejos allí; y cuando empezaban á oler, nos los comíamos por recurso: mis chiquillos andaban mantenidos con trufas y jamón, y el bolsillo se desangraba . . . Si no levanto el *restaurant*, no sé qué sería de mí: de manera que encontrar colocación en el barco y admitirla fué todo uno. Pensaba yo para mi chaleco:

— Ánimo, Salgado: de veintiocho duros que te ofrecen al mes, mal será que no puedas enviarle doce ó quince á la familia. No es la primera vez que te embarcas: vámonos á Manila: ¿quién sabe si allí te ajustas en alguna fonda y te dan mil ó mil quinientos reales mensuales y eres un señor? Lo dicho: la suerte, que arregla á su modo nuestros pasos . . . Estaba de Dios que yo había de perder mis chismes, y pasar lo que pasé, y volver á Marineda.

¿En qué íbamos? Sí, ya me acuerdo: faltaría hora y media para la comida, cuando nos pareció que salía humo por la puerta del ropero. El que primero lo notó no se atrevió á decirlo: nos mirábamos unos á otros, y nadie rompía á gritar. Por fin, casi á un tiempo, chillamos:

— ¡Fuego! ¡Fuego á bordo!

— Mire usted, no cabe duda: lo peor, en esos momentos en que suceden cosas horrosas, es aturdirse y perder la sangre fría. Si cuando corrió el aviso se pudiese dominar el pánico y mantener el orden; si media docena de hombres serenos tomasen la dirección imponiéndose, y aislasen el fuego en las entrañas del barco, estoy seguro de que el siniestro se evitaba. Yo que todo lo presencié, que no perdí detalle, puedo jurar que no entiendo cómo en un

minuto se esparció la noticia, y ya no se vieron sino gentes que corrían de aquí para allí, locas de miedo. Para mayor desdicha empezaba á anochecer, y la mar cada vez más gruesa y el temporal cada vez más recio, aumentaban el susto. Aquello se convirtió en una torre de Babel, donde nadie se entendía ni obedecía á las voces de mando.

El capitán, que en paz descanse, era un mallorquín de pelo en pecho, valentón, y no tiene que dar cuenta á Dios de nada, pues el pobrecillo hizo cuanto estuvo en su mano, pero le atendían bien poco. Acaso debió levantar la tapa de los sesos á alguno para que los demás aprendiesen: bueno, no lo hizo: él fué el primero en pagarlo: ¡cómo ha de ser! Nos metimos él y yo por el corredor de popa, con objeto de ver qué importancia tenía el incendio: y apenas abrimos la puerta de hierro, nos salió al paso tal columna de humo y tal velo de llamas, que apenas tuvimos tiempo de retroceder, cerrar y apoyarnos, chamuscados y á medio asfixiar, en la pared. Yo le grité al capitán:

— Don Ramiro, mire que se deben cerrar también las puertas de hierro á la parte de proa.

Él daría la orden á cualquiera de los que andaban por allí atortolados: puede que al tercero de á bordo: no sé: lo cierto es que no se cumplió, y en no cumplirse estuvo la mitad de la desgracia. Nosotros, á toda prisa, nos dedicamos á refrescar con chorros de agua las puertas de hierro, para que el horno espantoso de dentro no las fundiese y saltasen dejando paso á las llamas. ¿De qué nos sirvió? Lo que no sucedió por allí sucedió por otro lado. Nos pasamos no sé cuánto tiempo remojando la placa, envueltos en humareda y vapor: mas al oír que por la proa salían las llamas ya, se nos cansaron los brazos, y huyendo de aquel infierno pasamos á la cubierta.

Verdaderamente cesó desde entonces la batalla con el

fuego y las esperanzas de atajarlo, y no se pensó más que en el salvamento; en librar, si era posible, la piel: eso, los que aun eran capaces de pensar; porque muchísimos se tiraron al suelo, ó se metieron á arrancarse el pelo por los rincones ó se quedaron hechos estatuas, como el tercero de abordo, que tan pronto se declaró el incendio se sentó en un rollo de cuerdas y ni dijo media palabra, ni se meneó, ni soñó en ayudarnos.

Á las dos horas de notarse el fuego, la máquina se paró. Si no se pára tenemos la salvación casi segura: ardiendo y todo, llegaríamos al puerto. Lo que recelábamos era que el vapor comprimido y sin desahogo hiciese estallar la caldera. Todos preguntábamos al *engineer*, un inglés muy tieso, muy callado y con un corazón más grande que la máquina. No se meneaba de su sitio, ni se demudó poco ni mucho: abrió todas las válvulas, y nos dijo con flema:

— Mi responde con mi *head*, máquina *very good*, seguros por ella no explosión.

Al ver que la pobre de la máquina se paraba, nos quedamos, si cabe, más aterrados; no creíamos que el incendio llegase hasta donde, por lo visto, llegaba ya: comprendimos que el fuego no estaba localizado y contenido, sino que era dueño de todo el interior del buque, y no había más remedio que cruzarse de brazos y dejarle hacer su capricho.

— ¡Barco perdido, don Raimundo! — dije al capitán.

— Barco perdido, Salgado.

— ¿Y nosotros?

— Perdidos también.

— Esperanza en Dios, don Raimundo.

Y él se echó las manos á la cabeza y dijo de un modo que nunca se me olvida:

— ¡Dios!

Yo no sé qué le habíamos hecho á Dios los trescientos cristianos que en el barco íbamos; pero algún pecado muy gordo debió ser el nuestro, para que así nos juntase castigos y calamidades. De cuantas noches de temporal recuerdo — y mire usted que algo se ha navegado — ninguna más atroz, más furiosa que aquella noche. Una marejada frenética: el barco no se sostenía: ola por aquí, ola por acullá: montes de agua y de espuma que nos cubrían: ya no era balancearse, era despeñarse, caer en un precipicio: parecía que la tormenta gozaba en movernos y abanicarnos para avivar el incendio. Soplaba un viento iracundo; llovía sin cesar; y la noche tan negra, tan negra, que sobre cubierta no nos veíamos las caras. Unos lloraban de tal modo que partía el corazón; otros blasfemaban; muchos decían: — ¡Ay mis pobres hijos! — No entiendo cómo el timonel era capaz de estarse tan quieto en su puesto de honor, manteniendo fijo el rumbo del barco para que no rodase como una pelota por aquel mar loco.

Pronto empezaron á alumbrarnos las llamas, que salían por la proa no ya á intervalos, sino continuamente, igual que si desde adentro las soplasen con fuelles de fragua. Lo tremendo de la marejada hizo que no se pensase en esquifes; meterse en ellos, se reducía á adelantar la muerte. En esto gritaron que se veía embarcación á sotavento.

¡Un buque! Desde que se declaró el incendio no habíamos cesado de disparar cohetes y fuegos de Bengala con objeto de que los buques, al pasar cerca de nosotros, comprendiesen que el barco incendiado contenía gente necesitada de socorro. Y vea usted cómo Dios, á pesar de lo que dije antes, nunca amontona todas las desgracias juntas. Aun tenemos que agradecerle que el sitio del

siniestro fuese un punto de cruce, donde se encuentran los barcos que hacen el rumbo al Atlántico y al Mediterráneo. Pocas millas más adelante ya no sería fácil hallar quien nos socorriese.

Al ver el buque, la gente se alborotó, y los más resueltos arriaron los esquifes en un minuto. Allí no había capitán, ni oficiales, ni autoridad de ninguna especie: los contramaestres se cogieron el esquife mejor, y cabiendo en él treinta personas resultó que lo ocuparon sólo cinco. Ya se sabe lo que hace el miedo á morir: ni se repara en el peligro, ni había compasión ni prójimo. Sin mirar lo furioso del oleaje y lo imposible que era nadar allí, se echaron al mar muchísimas personas, por meterse en los esquifes. Aun parece que oigo las voces con que decían al contramaestre:

— ¡Espere, nuestramo Nicolás, espere por la madre que lo parió; la mano, nuestramo!

Y él en su maldita jerga catalana, respondía:

— *No 'm fa rés; no 'm fa rés.*

Y cuando los infelices querían halarse al esquife y se agarraban á la borda, los de dentro, desenvainando los cuchillos, amenazaban coserles á puñaladas.

De esta vez hubo ya bastantes víctimas: los esquifes se alejaron, y con ellos se fué nuestra esperanza. Después de recoger á aquellos náufragos, el buque siguió rumbo, porque no permitía mantenerse al pairo el temporal.

¡Á todo esto, si viese usted cómo iba poniéndose la cubierta! Oíamos el roncar del incendio, que parecía el resoplido de un animalazo horrendo, y á cada instante esperábamos ver salir las llamas por el centro del buque y hundirse la cubierta. Nos arrimábamos cuanto podíamos á la parte de popa, pues además el calor del suelo se hacía insoportable, y del piso de hierro cubierto con planchas

de madera salían, por los agujeros de los tornillos, llamitas cortas, igual que si á un tiempo se inflamasen varias docenas de fósforos sembrados aquí y acullá.

Ya ni el frío ni la oscuridad eran de temer: ¡qué disparate! buena oscuridad nos dé Dios: la popa algunas veces estaba tan clara como un salón de baile: iluminación completa: daba gusto ver el horizonte cerrado por unas olas inmensas, verdes y negruzcas, que se venían encima, y sobre las cuales volaba una orillita de espuma más blanca que la nieve.

También divisamos otro buque, un paquete de vapor, que se paraba, sin duda, para auxiliarnos. ¡Estaba tan lejos! Con todo, la gente se animó. El segundo, el señorito de Armero, se llegó á mí y me tocó en el hombro.

— Salgado, ¿puede usted bajar á la cámara? Necesito un farol.

— Mi segundo, estoy casi ciego . . . Con el calor y el humo me va faltando la vista.

— Aunque sea á tientas . . . Quiero un farol.

Vaya, no sé yo mismo cómo gateé por las escaleras; la cámara era un horno, el farol todavía estaba encendido; lo descolgué y se lo entregué al segundo, convencido de que le daba el pasaporte para la eternidad, pues el esquife en que él y otros cuantos se decidieron á meterse, era el más chico y estaba muy deteriorado.

Lo arriaron, y por milagro consiguieron sentarse en él sin que zozobrase. Entonces empezó la gente á lanzarse al mar para salvarse en el esquife, y pude notar que apenas caían al agua, morían todos. Alguno se rompió la cabeza contra los costados del buque; pero la mayor parte, sin tropezar en nada, espiró instantáneamente. ¿Era que hervía el agua con el calor del incendio y los cocía? ¿Era que se les acababan las fuerzas? Lo cierto es que daban

dos paladitas muy suaves para nadar, subían de pronto las rodillas á la altura de la boga, y flotaban cadáveres ya.

Los del esquife remaban desesperadamente hacia el barco salvador. Supe después que, á la mitad del camino, notaron que el esquife, roto por el fondo, hacía agua, se sumergía; que pusieron en la abertura sus chaquetas, sus botas, cuanto pudieron encontrar; y no bastando aún, el señorito de Armero, que es muy resuelto, cogió á un marinerillo, lo sentó ó por mejor decir lo embutió en el boquete, y le dijo:

— ¡No te muevas de ahí!

Gracias á lo cual llegaron al buque, y les pudimos ver ascendiendo sobre cubierta. No sé si nos pesaba ó no el habernos quedado allí sin intentar el salvamento. ¡Los muertos ya estaban en paz, y los salvados . . . qué felices! El buque aquel tampoco se detenía; era necesario aguardar á que Dios nos mandase otro, y resistir como pudiésemos todo el tiempo que tardase. Es verdad que nuestro *San Gregorio* aun podía durar. Al fin era un gran vapor de línea, con su cargamento, y daba qué hacer á las llamas. El caso era refugiarse en alguna esquina para no perecer asados.

Al capitán se le ocurrió la idea de trepar á la cofa del gran árbol de hierro, del palo mayor. Mientras el barco ardía, creyó él poder mantenerse allí, seguro y libre de las llamas, como un canario en su jaula. Yo, que le ví acercarse al palo, le cogí del brazo en seguida.

— No suba usted, capitán; ¿pues no ve que el palo se tiene que doblar en cuanto se ponga candente?

El pobre hombre, enamorado del proyecto, daba vueltas al rededor del palo, estudiando su resistencia. Creo que si más pronto le anuncio la catástrofe, más pronto sucede. ¡El árbol . . . pim! se dobló de pronto, lo mismo que el

dedo de una persona, y arrastrado por su peso, besó el suelo con la cima. Por listo que anduvo el capitán, como estaba cerca, un alambre candente de la plataforma le cogió el pie por cerca del tobillo y se lo tronzó sin sacarle gota de sangre, haciendo á un tiempo mismo la amputación y el cauterio: respondo de que ningún cirujano se lo cortaba con más limpieza.

Le levantamos como se pudo, y colocando un sofá al extremo de la popa, le instalamos del mejor modo para que estuviese descansado. Se quejaba muy bajito, entre dientes, como si masticase el dolor, y medio le oí: «¡Mi pobre mujer! . . . ¡mis hijitos queridos, qué será de ellos!» Pero de repente, sin más ni más, empezó á gritar como un condenado pidiendo socorro y medicina. ¡Sí, medicina! ¡Para medicina estábamos! Ya el fuego había llegado á la cámara, y á pesar del ruido de la tormenta, oíamos estallar los frascos del botiquín, la cristalería y la vajilla. Entonces el desdichado comenzó á rogar con palabras muy tristes que le echásemos al agua, y usando, por última vez, de su autoridad de á bordo, mandó que le atásemos un peso al cuerpo. Nos disculpamos con que no había cosa que atarle: y él, que al mismo tiempo estaba sereno, recordó que en la bitácora existe una barra muy gruesa de plomo, porque allí no puede entrar hierro ni otro metal que haga desviar la aguja imantada. Por más que nos resistimos, fué preciso arrancarla y colgársela al cuello: y como el peso era grande y le obligaba á bajar la cabeza, tuvo que sostenerlo con las dos manos, recostándose en el respaldo del sofá. Como llevaba en el bolsillo su revólver, lo armó, y suplicó que le permitiesen pegarse un tiro y le arrojasen al mar después. ¡Naturalmente que nos opusimos! Le instamos para que esperase el amanecer; con el día se calmaría la tormenta, y algún barco de los muchos que

cruzaban nos salvaría á todos. Le porfiábamos y le hacíamos reflexiones de que el mayor valor era sufrir. Por último desmontó y guardó el revólver, declarando que lo hacía por sus hijos nada más. Se quejó despacito y se empeñó en que habíamos de buscar y enseñarle el pie que le faltaba. ¡Querrá usted creer que anduvimos tras del pie por toda la cubierta y no pudimos cumplirle aquel gusto!

Después del lance del capitán ocurrió el del oficial tercero, y se me figura que después de todos los horrores de la noche fué el que más me afectó. ¡Lo que somos, lo que somos! Nada: una miseria. El tercero era un joven que tenía su novia, y había de casarse con ella al volver del viaje. La quería muchísimo ¡vaya si la quería! Como que en el viaje anterior le trajo de Manila preciosidades en pañuelos, en abanicos de sándalo, en cajitas, en mil nonadas. No obstante . . . ó por lo mismo . . . en fin, ¡qué sé yo! Desgracias y flaquezas de los mortales . . . el pobre andaba triste y preocupado de tiempo atrás.

Al marcharse el señorito de Armero, le llamó á la cámara, para entregarle su reloj — un reloj precioso, con tapa de brillantes — y dos sortijas muy buenas también, encargándole que las llevase á su novia como recuerdo y despedida. Luego subió á popa y le ví sentado, muy taciturno, con la cabeza entre las manos. Á dos pasos me coloqué yo. Él se volvió y me dijo:

— Cocinero, ¿tiene usted ahí un cigarro?

— Mi oficial, sólo tengo picadura en el bolsillo del chaquetón . . . Pero éste tiene tabacos, de seguro . . .

— ¿Querrá usted creer que el bruto del camarero se resistía á meter la mano en el bolsillo y soltar el cigarro? ¡Animal! — le grité no seas tacaño ahora; ¿de qué te servirá el tabaco si vamos todos á perecer? En vista de

mis gritos el hombre aflojó el cigarro. El tercero lo encendió, y daría, á todo dar, tres chupadas: á cada una le veía yo la cara con la lumbre del cigarro: un gesto que ponía miedo. Á la tercera chupada acercó á la sien el revólver, y oímos el tiro. Cayó redondo, sin un ¡ay!

Nadie se asustó, nadie gritó: casi puedo decir que nadie se movió: estábamos ya de tal manera, que todo nos era indiferente. Sólo el capitán preguntó desde el sofá: — ¿Qué es eso? ¿qué ocurre? — El tercero que se acaba de levantar la tapa de los sesos. — ¡Hizo bien! — De allí á poco rato murmuró: — Echarle al mar. — Obedecimos, y á ninguno se le ocurrió rezar el *Padre nuestro*.

¡Es que se vuelve uno estúpido en ocasiones semejantes! Figúrese usted que, en los primeros instantes, recogió el capitán, de la caja, seis mil duros y pico en oro y billetes; seis mil duros y pico que anduvieron rodando por allí, sobre cubierta, sin que nadie les hiciese caso ni los mirase. En cambio al piloto se le había metido en la cabeza buscar el cuaderno de bitácora, y se desdichaba todo porque no daba con él, lo mismo que si fuese indispensable apuntar á qué altura y latitud dejábamos el pellejo. Pues otra rareza. En todo aquel desastre, ¿quién pensará usted que me infundía más lástima? El perro del capitán, un terranova precioso, que días atrás se había roto una pata y la tenía entablillada: el animalito, echado junto al timón, remedaba á su amo: los dos iguales, inválidos y aguardando por la muerte. ¡Si seré majadero! . . . ¡El perro me daba más pena!

Ya las llamas salían por sotavento, y la mañana, se iba acercando. ¡Qué amanecer, Virgen Santa! Todos estábamos desfallecidos, muertos de sed, de frío, de calor, de hambre, de cansancio y de cuanto hay que padecer en la vida. Algunos dormitaban. Al asomar la claridad del

día, salió del centro del barco una hoguera enorme: por el hueco del palo mayor, se habían abierto paso las llamas y la cubierta iba sin duda á hundirse, descubriendo el volcán. Contábamos con el suceso, y á pesar de que contábamos nos sorprendió terriblemente. Empezamos á clamar al cielo, y á preguntarle á Dios:

— ¿Pero qué te hizimos?

El capitán, que tiritaba de fiebre, me dijo gimiendo:

— ¡Agua, por caridad, un sorbo de agua!

¡Agua! Puede que la hubiese en el aljibe. Así que lo pensé fuí hacia él y se me agregaron varios sedientos, poniendo la boca en unos remates que tiene el aljibe, y son como biberones por donde sale el agua. ¡Qué de juramentos soltaron! El agua, al salir hirviendo, les abrasó la boca. Yo tuve la precaución de recibirla en mi casquete y dejarla enfriar. El capitán continuaba con sus gemidos. Tuve que dársela medio templada aún. ¡Me miró con unos ojos!

— Gracias, Salgado.

— No hay de qué, capitán . . . Se hace lo que se puede.

La tormenta, en vez de ir á menos, hasta parece que arreciaba desde que era de día. Para no caer en el mar, nos cogíamos á la barandilla. Pasó un barco, y por más señales que le hicimos, no se detuvo: y debió vernos, pues cruzó á poca distancia. Á mí me dolían de un modo cruel los ojos, secos por el fuego, y cuando más descubría el sol, menos veía yo, no distinguiendo los objetos sino al través de una niebla. Por otra parte, me sentía desmayar, pues desde el almuerzo de la víspera no probaba bocado, y se me iba el sentido. Casualmente se encontraban sobre cubierta, descuartizadas y colgadas, las reses muertas para el consumo del buque, y con el calor del incendio estaban algo asadas ya. Los que nos caíamos de necesidad

nos echamos sobre aquel gigantesco rosbif, medio crudo, y refrescamos la boca con la sangre que él soltaba. Nos reanimamos un poco.

Á medio día sucedió lo que temíamos: quedó cortada la comunicación entre la proa y la popa, derrumbándose con gran estrépito media cubierta y viéndose el brasero que formaba todo el centro del barco. Salieron las llamas altísimas, como salen de los volcanes, y encomendamos el alma á Dios, porque creímos que iban á alcanzarnos. No sucedió esto por dos razones: primera, por tener el buque, en vez de obra muerta de madera, barandillas de hierro; segunda, por estar las puertas de hierro cerradas hacia la parte de popa, lo cual contuvo el incendio por allí, obligándole á cebarse en la proa. De todas maneras, no debían las llamas andar muy lejos de nuestras personas, ya que á eso de las tres de la tarde empezamos á advertir que el piso nos tostaba las plantas de los pies. Atamos á una cuerda un cubo, y lo subimos lleno de agua de mar, vertiéndolo por el suelo para refrescarlo un poco. Ya comprendíamos lo estéril del recurso, y en medio de los apuros en que estábamos, no faltó quien se riese viendo que era menester levantar primero un pie y luego bajar aquel y levantar el otro, para no achicharrarse. Serían las tres. El capitán me llamó despacito.

— Salgado, ¡cuánto mejor morir de una vez!

— Para morir siempre hay tiempo, mi capitán. Aun puede que la Providencia nos saque de este apuro.

Claro que yo se lo decía para darle ánimos: allá en mi interior, calculaba que era preciso hacer la maleta para el otro viaje. Bien sabe Dios que ni pensaba en las herramientas que había perdido, ni en mi propia muerte, sino en los chiquillos que quedaban en la tierra. ¿Cómo los trataría su padrastro? ¿Quién les ganaría el pan?

¿Saldrían á pedir limosna por las calles? . . . Á lo que yo estaba resuelto era á no morir asado. Miré dos ó tres veces al mar, reflexionando cómo me tiraría para no romperme la cabeza contra el casco y no sufrir más martirio que el del agua cuando me entrase en la boca. Para acabar de quitarnos el valor, pasó un barco sin hacer caso de nuestras señales. Le enseñamos el puño y hubo quien le gritó:

— Permita Dios que te veas como nos vemos.

Ya nos rendía los brazos la faena de bajar y subir baldes de agua, que era lo mismo que querer apagar con saliva una hoguera grande; y convencidos de que perdíamos el tiempo y era igual perecer un cuarto de hora antes ó después, el que más y el que menos empezó á pensar cómo se las arreglaría para hacer sin gran molestia la travesía del otro barrio. Yo me persigné, con ánimo de arrojarme al mar. ¡Qué casualidades! He te aquí que aparece una embarcación, y en vez de pasar de largo, se detiene.

Ya estaba el barco al habla con nosotros: una goleta inglesa, una hermosa goleta que desafiaba la tempestad manteniéndose al pairo. Los que conservaban ojos sanos pudieron leer en su proa, escrito en letras de oro, *Ducan*. Empezamos á gritar en inglés, como locos desesperados:

— *¡Schooner! ¡Schooner! ¡Come near!*

— *¡Throw to the water!* nos respondían á voces, sin atreverse á acercarse. ¡Echarnos al agua! ¡No quedaba otro recurso, y éste era tan arriesgado! En fin, qué remedio: los esquifes no podían aproximarse, por el temporal, y el buque menos aún. Nuestro *San Gregorio*, cercado por todas partes de llamas inmensas, ponía miedo. Había que escoger entre dos muertes, una segura y otra dudosa. Nos dispusimos á beber el sorbo de agua salada.

El primer chaleco salvavidas que nos arrojaron al extremo de un cabo, se lo ofrecimos al capitán.

— Ánimo, le dijimos. Póngase usted el chaleco, y al mar: mal será que no bracee usted hasta la goleta.

— ¡No puedo, no puedo!

— Vaya, un poco de resolución.

Se lo puso, y medio murmuró, gimiendo:

— Tanto da así como de otro modo.

Y acertaba. Aquello fué adelantar el desenlace y nada más. Se conoce que ó la humedad del agua ó el sacudimiento de la caída le abrieron las arterias del pie tronzado, y se desangró en un decir Jesús; ó acaso el frío le produjo un calambre; no sé: el caso es que le vimos alzar los brazos, juntarlos en el aire, y colarse por ojo del salvavidas al fondo del mar. Quedaron flotando el chaleco y la gorra: á él no le vimos ya más en este mundo.

Seguían echándonos, desde la goleta, cabos y salvavidas, y las gentes, visto el caso del capitán, recelaban aprovecharlos. Yo me decidí primero que nadie. Ya quería, de un modo ó de otro, salir del paso. Pero antes de dar el salto mortal, reflexioné un poco y determiné echarme de soslayo, como los buzos, para que la corriente, en vez de batirme contra el buque, me ayudase á desviarme de él. Así lo hice, y en efecto, tras de la zambullida, fuí á salir bastante lejos del *San Gregorio*. Oía los gritos con que desde el *schooner* me animaban, y oía también el último alarido de algunos de mis compañeros, á quienes se tragó el agua ó zapatearon las olas contra los buques. Yo choqué con la espalda en el casco del *Ducan:* un golpe terrible, que me dejó atontado. Cuando me halaron, caí sobre cubierta como un pez muerto.

Acordé rodeado de ingleses. Me decían *¡go! ¡cook! ¡go!* ¡á la cámara! Me incorporé y quise ir á donde me manda-

ban, pero no veía nada, y después de tantos horrores me eché á llorar por primera vez, exclamando:

— *Mi no cook* . . . ciego . . . enséñenme el camino . . .

Me levantaron entre dos y me abracé al primero que tropecé, que era un grumete, y rompió también á llorar como un tonto. No sé las cosas que hicieron conmigo los buenos ingleses. Me obligaron á beber de un trago una copa de *brandy*, me pusieron un traje de franela, me dieron fricciones, me acostaron, me echaron encima qué sé yo cuántas mantas, y me dejaron solito.

¿Qué sentí aquella noche? Verá usted . . . Cosas muy raras: no fué delirar, pero se le parecía mucho. Al principio sudaba algo y no tenía valor para mover un dedo, de puro feliz que me encontraba. Después, al oír el ruido del mar, me parecía que aun estaba dentro de él y que las olas me batían y me empujaban aquí y allá. Luego iban desfilando muchas caras: mis compañeros, el tercero á la luz del cigarro, el capitán y gentes que no veía hacía tiempo, y hasta un chiquillo que se me había muerto años antes . . .

En fin, por acabar luego: llegamos á Newcastle, se me alivió la vista, el cónsul nos dió una guinea para tabaco, y á los pocos días nos embarcamos en un barco español con rumbo á Marineda. ¡Qué diferencia del buque inglés! Nuestros paisanos nos hicieron dormir en el pañol de las velas, sobre un pedazo de lona: apenas conseguimos un poco de rancho y galleta por comida: como si fuéramos perros.

De la llegada, ¿qué quiere usted que le diga? Á mi mujer le habían dado por cierta mi muerte; en la calle le cantaban los chiquillos coplas anunciándosela. Supóngase usted cómo estaba, y cómo me recibió. Ahora he de ir al santuario de la Guardia: iré á pie, descalzo, con el mismo

traje que tenía cuando me halaron sobre la cubierta del *Ducan:* chaleco roto por los garfios del salvavidas, pantalón chamuscado, y la cabeza en pelo: se reirán de verme en tal facha: no me importa: quiero besar el manto de la Virgen, y rezar allí una *Salve.*

Me faltará para pan, pero no para comprar una fotografía del *San Gregorio* . . . ¿Ha visto usted cómo quedó? El casco parece un esqueleto de persona, y aún humea: el cargamento de algodón arde todavía: dentro se ve un charco negro, cosas de vidrio y de metal fundidas y torcidas . . . ¡Imponente!

¿Que si me da miedo volver á embarcarme? . . . ¡Bah! ¡Lo que está de Dios . . . por mucho que el hombre se defienda . . .! Ya tengo colocación buscada. ¿Quiere usted algo para Manila? ¿Que le traiga á usted . . . algún juguete de los que hacen los chinos? El domingo saldremos . . .

. . . .

Dí al cocinero del *San Gregorio* unos cuantos puros. Tiene el cocinero del *San Gregorio* buena sombra y arte para narrar con viveza y colorido. Durante la narración ví acudir varias veces las lágrimas á sus ojos azules, ya sanos del todo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

MARIANO JOSÉ DE LARRA (FÍGARO)

Nació en Madrid, el 24 de Marzo de 1809, vivió en Francia hasta la edad de diez años, y allí cursó en francés la instrucción primaria. Vuelto á Madrid, estudió todas las asignaturas de la segunda enseñanza en el Instituto de San Antonio, regido por los padres Escolapios. Estudió después Filosofía y Letras en la Universidad de Valladolid; pero no llegó á realizar su propósito de graduarse de abogado, á causa de graves accidentes de su vida.

Se dedicó durante algunos años al ejercicio de las letras, escribió un drama romántico, titulado *Macías*, algunas comedias originales y otras traducidas del francés. También se ejercitó en la novela histórica, componiendo la titulada *El doncel de don Enrique el Doliente;* pero el género en que más sobresalió fué el de la crítica literaria y de la censura humorística de las costumbres.

Estaba dotado de un gran instinto de observación y de un talento satírico de primer orden.

Falleció en la flor de su edad, el 13 de Febrero de 1837, cuando apenas había cumplido 28 años.

Dejó inéditas algunas composiciones líricas, un ensayo de *Sinónimos castellanos*, y un drama histórico en verso, titulado *El conde Fernán González.*

El artículo siguiente, como casi todos los de Larra, es notable por la viveza del estilo, por su intención satírica, y por su ironía y originalidad.

YO QUIERO SER CÓMICO

No fuera yo Fígaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara á luz pública cierta visita que no há muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vueltas sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones elegiría para un

artículo que me correspondía ingerir aquel día en la *Revista.* Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocía toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor ó de buen talante para comunicar el suyo á los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque mientras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel coronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendencias por una sátira más ó menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado á un joven que me quería hablar indispensablemente.

Pasó adelante el joven haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos é inclinaciones, ó su humor del momento para conformarse prudentemente con él; y dando tormento á los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegase á mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzadamente sumisa y cariñosa:

— ¿Es usted el redactor llamado Fígaro?

— ¿Qué tiene usted que mandarme?

— Vengo á pedirle un favor . . . ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

— Es claro . . . Si usted me necesita . . .

— Un favor de que depende mi vida acaso . . . ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

— Por supuesto . . . siendo el favor de tanto interés para usted . . .

— Yo soy un joven . . .

— Lo presumo.

— Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro.

— ¿Al teatro?

— Sí, señor . . . como el teatro está cerrado ahora . . .

— Es la mejor ocasión.

— Como estamos en cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearía que usted me recomendase . . .

— ¡Bravo empeño! ¿Á quién?

— Al ayuntamiento.

— ¡Hola! ¿Ajusta el ayuntamiento?

— Es decir, á la empresa.

— ¡Ah! ¿Ajusta la empresa?

— Le diré á usted . . . según algunos, esto no se sabe . . . pero . . . para cuando se sepa.

— En ese caso, no tiene usted prisa, porque nadie la tiene . . .

— Sin embargo, como yo quiero ser cómico . . .

— Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

— ¡Cómo! ¿Se necesita saber algo?

— No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor . . .

— Por eso; yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con pie en una corporación.

— Ya le entiendo á usted; usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?

— Lo que usted ve . . . para hablar, las gentes me entienden . . .

— Pero la gramática, y la propiedad, y . . .

— No, señor, no.

— Bien, ¡eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras . . .

— Perdone usted.

— Sabrá de memoria los poetas clásicos y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas.

— Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! — Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco . . . mire usted . . .

— No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra, y decir unas voces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*, *diferiencia* por *diferencia*, *háyamos* por *hayamos*, *dracmático* por *dramático*, y otras semejantes.

— Sí, señor, sí, todo eso digo yo.

— Perfectamente; me parece que servirá usted para el caso.

—¿Aprendió usted historia?

— No, señor; no sé lo que es.

— Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos . . .

— Nada, nada, no, señor.

— Perfectamente.

— Le diré á usted . . . en cuanto á trajes, ya sé que en siendo muy antiguo siempre á la romana.

— Esto es: aunque sea griego el asunto.

— Sí, señor: si no es tan antiguo, á la antigua francesa ó á la antigua española; según . . . ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más moderno ó del día, levita á la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacón y media en los padres.

— ¡Ah! ¡ah! Muy bien.

— Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán ó á la dama, según el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme á lo que ellos tienen en sus arcas, así . . .

— ¡Bravo!

— Porque ellos suelen saberlo.

— ¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?

— Mire usted; el papel lo dirá, y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar sólo para desmentirle á uno . . . Además que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros . . .

— ¡Ah! ya . . . usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no . . .

— No es gran cosa; pero eso no es esencial.

— Y de educación, de modales y usos de sociedad ¿á qué altura se halla usted?

— Mal; porque si va á decir verdad, yo soy pobrecillo: yo era escribiente en una mala administración; me echaron por holgazán, y me quiero meter cómico, porque se me figura á mí que es oficio en que no hay nada que hacer . . .

— Y tiene usted razón.

— Todo lo hace el apunte, y . . . por consiguiente no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté ninguno de ellos.

— Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano.

— Escasamente.

— ¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?

— Le diré á usted: si hago de rey, de príncipe ó de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro á mis compañeros, mandaré con mucho imperio . . .

— Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser

muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, á ser obedecidos á la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos . . .

— Sí, pero ¡ya ve usted! en el teatro es otra cosa.

— Ya me hago cargo.

— Por ejemplo, si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras ó en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas . . .

— No se puede hacer más.

— Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes.

— Muy bien.

— Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos . . . Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carreritas de pies y lengua, vueltas rápidas y habla ligera . . . Si hago un barba, andaré á compás, como un juego de escarpias, me temblarán siempre las manos como perlático descoyuntado; y aunque el papel no apunte más de cincuenta años, haré del taráto y decrépito, y apoyaré mucho la voz con intención marcada en la moraleja, como quien dice á los espectadores: «allá va esto para ustedes.»

— ¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

— ¡Oh! disformes; tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

—¿Y los graciosos?

— Esto es lo más fácil; estiraré mucho la pata, daré

grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequín . . .

— Usted hará furor.

— ¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa á aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intención ó lucimiento que en mi parte se presenten.

— ¿Y memoria?

— No es cosa la que tengo; y aun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida, se le lanza de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: —¡Ven ustedes que hombre!

— Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole á usted la relación del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oír á un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

— Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relación, se dice cualquier tontería, y el público se la ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡ si usted viera!

— Ya sé ¡ya!

— Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada, ni menos lo nota. Así es que no hay nada más común que añadir . . .

— ¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues, señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

— ¡Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el *García* y el *Delincuente honrado.*

— No más, no más; le digo á usted que usted será

cómico. Dígame usted ¿sabrá usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es, ó por el verso aunque no entienda siquiera lo que es prosa?

— ¿Pues no tengo de saber, señor? Eso lo hace cualquiera.

— ¿Sabrá usted quejarse amargamente, y entablar una querella criminal contra el primero que se atreva á decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿Sabrá usted decir de los periodistas que quién son ellos para? . . .

— Vaya si sabré; precisamente ese es el tema nuestro de todos los días. Mande usted otra cosa.

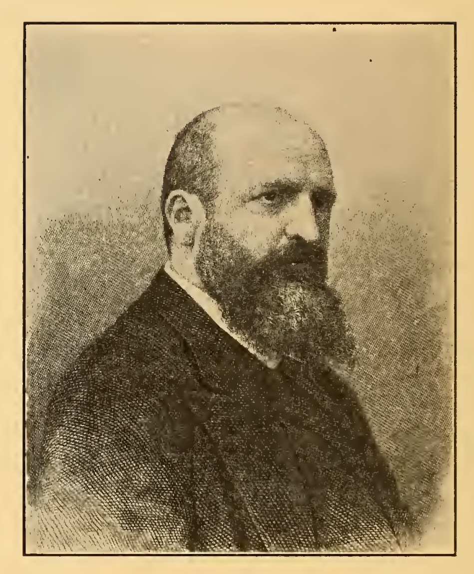
Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: — «Venga usted acá, mancebo generoso, — exclamé todo alborozado; — venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comían los hombres bellotas y pacían á su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío. Usted será cómico en fin, ó se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.»

Diciendo estas y otras razones, despedí á mi candidato, prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

MARIANO JOSÉ DE LARRA.

LA BUENAVENTURA

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN



Pedro Antonio de Alarcón

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

Nació en Guadix (Granada) en el día 10 de Marzo de 1833. Era todavía muy joven cuando se trasladó á Madrid, siguiendo el impulso de sus aficiones literarias. Allí ejerció con buen éxito el periodismo.

En el año 1859 se alistó como voluntario para la guerra que entonces sostenía España con el imperio de Marruecos, y en esa campaña se distinguió por su valor y serenidad. Desde allí escribía correspondencias muy interesantes para un periódico de Madrid, y escribió también durante la guerra su primera obra titulada *Diario de un testigo de la Guerra de África*, que fué acogida con gran entusiasmo.

Era un narrador de imaginación rica, de gran ingenio y amenidad, y de estilo vivo y gracioso. Como novelista produjo libros muy celebrados, entre los que sobresalen *El Sombrero de tres picos*, *El Capitán Veneno* y *La Pródiga*, y entre sus estudios viatorios y descriptivos descuella el titulado *De Madrid á Nápoles*.

Fué también un cuentista de mérito, y á una colección de sus narraciones cortas pertenece la que sigue á continuación de estas líneas.

Falleció en 19 de Julio de 1891.

LA BUENAVENTURA

I

Un día del año 1816 pidió audiencia en la capitanía general de Granada un desarrapado y grotesco gitano, que pocos momentos antes se apeó, pálido y sudoroso, de un escuálido pollino, cuyos arneses consistían en una soga atada al cuello.

Tan recomendable sujeto — el gitano, — excitó, como puede suponerse, la resistencia del centinela, las risas de los ordenanzas y mil preguntas de los ayudantes al pedir audiencia al conde de Montijo, á la sazón capitán general del antiguo reino granadino; pero tanto se obstinó, y tanto exageró la importancia de lo que tenía que decirle, que consintieron al fin en pasar recado á su excelencia.

En aquel tiempo se vivía más despacio. D. Eugenio Portocarrero era hombre de buen humor, y el gitano fué admitido.

— ¿Qué se te ofrece? — preguntó el conde al bohemio.

— Vengo á que se me entreguen *los mil reales.*

— ¿Qué mil reales?

— Los ofrecidos hace días en un bando al que dé las señas de *Parrón.*

— ¡Pues qué! ¿tú lo *conocías*?

— No, señor.

— Entonces . . .

— Pero ya lo conozco.

— ¡Cómo!

— Es muy sencillo. Lo he buscado; lo he visto; traigo las señas, y pido mi ganancia.

— ¿Estás seguro de que lo has visto?

El gitano se echó á reír.

— Ya la creo. Su merced dirá: «este gitano es como todos y me quiere engañar.» ¡No me perdone Dios si miento! Ayer ví á *Parrón.*

— Pero ¿sabes tú la importancia de lo que dices? ¿Sabes que hace tres años que se persigue á ese monstruo, á ese bandido sanguinario *que nadie conoce ni ha podido nunca ver*? ¿Sabes que todos los días mata en distintos puntos de nuestra provincia á dos ó tres pasajeros después de robarlos; pues dice que los muertos no hablan, y que éste es el único medio de que nunca dé con él la justicia? ¿Sabes, en fin, que ver á *Parrón* es encontrarse con la muerte?

El gitano se volvió á reír.

— Y ¿no sabe su merced que lo que no puede hacer un gitano, no hay quien lo haga sobre la tierra? ¿Conoce nadie la expresión de nuestra risa ó de nuestro llanto?

¿Tiene su merced noticia de algún mono que pueda copiar nuestra hipócrita fisonomía? Repito, mi general, que no sólo he visto á *Parrón*, sino que he hablado con él.

— ¿Dónde?

— En el camino de Tózar.

— Dame una prueba de ello.

— Escuche su merced. Ayer mañana hizo ocho días que caímos mi borrico y yo en poder de unos ladrones. Me maniataron muy bien, y me llevaron por unos barrancos endemoniados hasta dar con una plazoleta donde acampaban los bandidos. Una cruel sospecha me tenía desazonado. — ¿Será esta gente de *Parrón*? me decía á cada instante. Entonces no hay remedio, me matan; pues ese maldito se ha empeñado en que ningunos ojos que se empleen en mirar su rostro vuelvan á contemplar la luz . . . ni las tinieblas.

Estaba yo haciendo estas reflexiones, cuando se me presentó un hombre vestido de macareno con mucho lujo, y dándome un golpecito en el hombro y sonriéndose con suma gracia, me dijo:

— Compadre, yo soy *Parrón*.

Oír esto y caerme de espaldas, todo fué una misma cosa.

El bandido se echó á reír.

Yo me levanté desencajado; me puse de rodillas, y exclamé en todos los tonos de voz que pude inventar:

— Bendita sea tu alma, ladroncico mío . . . ¿Quién no había de conocerte por ese porte de príncipe real que Dios te ha dado? ¡Y que haya madre que pára tales hijos! ¡Jesús! ¡Deja que te dé un abrazo, hijo mío! ¡Que en mal hora muera si no tenía gana de encontrarte el gitanico para decirte la buenaventura y darte un beso en esa mano de emperador!

El conde del Montijo reía á carcajada: después que se serenó un poco, dijo:

— Y ¿qué hizo *Parrón* entonces?

— Lo mismo que su merced; reírse á todo trapo.

— ¿Y tú?

— Yo, señorico, me reía también; pero me corrían por las patillas lagrimones como nueces.

— Continúa.

En seguida me alargó *Parrón* la mano y me dijo:

— Compadre, es usted el único hombre de talento que ha caído en mi poder. Todos los demás tienen la maldita costumbre de procurar entristecerme, de llorar, de quejarse y de hacer otras tonterías que me ponen de mal humor y me meten en ganas de quitarlos de en medio. Usted solamente me ha hecho reír, y si no fuera por esas lágrimas . . .

— Qué, ¡señor! ¡si son de alegría!

— Lo creo . . . ¡bien sabe el demonio que es la primera vez que he reído desde hace seis ú ocho años! Verdad es que tampoco he llorado . . . Pero despachemos. — ¡Eh, muchachos!

Decir *Parrón* estas palabras y rodearme una nube de trabucos, todo fué una misma cosa.

— ¡Jesús me ampare! — empecé á gritar.

— ¡Deteneos! — exclamó *Parrón;* — no se trata de eso *todavía.* Os llamo para preguntaros qué le habéis *tomado* á este hombre.

— Un pollino.

— ¿Y dinero?

— Tres duros y medio.

— Pues dejadnos solos.

Todos se alejaron.

— Ahora, dime la buenaventura, — exclamó el ladrón tendiéndome la mano.

Yo se la cogí, medité un momento, y luego dije con todas las veras de mi alma:

— *Parrón*, tarde que temprano, ya me quites la vida, ya me la dejes . . . ¡morirás ahorcado!

— Eso ya lo sabía yo,—respondió el bandido con entera tranquilidad. Dime *cuándo*.

Yo me puse á cavilar.

— Este hombre, medité, me va á perdonar la vida; mañana llego á Granada y doy el *cante;* pasado mañana lo cogen . . . Luego la sumaria . . .

— ¿Dices que *cuándo*? — le respondí en alta voz. — Pues ¡mira! va á ser el mes que entra.

Parrón se estremeció, y yo hice lo mismo, empezando á conocer que mi amor propio de adivino me podía salir por la tapa de los sesos.

— Pues mira tú, gitano, — contestó *Parrón* muy lentamente; — vas á quedarte en mi poder. Si en todo el mes que entra no me ahorcan, te ahorco yo á tí, tan cierto como ahorcaron á mi padre. Si yo muero para esa fecha, quedarás libre . . .

— ¡Muchas gracias! — dije yo en mi interior. — ¡Me perdona después de muerto!

Y me arrepentí de haber echado tan corto el plazo.

Quedamos en esto: fuí conducido á la cueva, donde me encerraron, y *Parrón* montó en su yegua y tomó el tole.

— ¡Ah, ya comprendo, — exclamó el conde del Montijo: — Parrón ha muerto; tú has quedado libre, y por eso sabes sus señas . . .

— Todo lo contrario, mi general: *Parrón* vive, y allá va lo más horrible de mi historia.

II

Pasaron ocho días sin que el capitán volviese de su viaje. Al cabo de ellos conseguí de sus camaradas que me sacasen de la cueva y me atasen á un árbol: pues me ahogaba de calor.

Así lo hicieron, poniéndome centinelas. Serían como las seis de la tarde cuando volvieron de sus correrías, trayendo por única presa un pobre segador. Sus lamentos enternecían las piedras.

—¡Dadme mis veinte duros! decía: ¡Ah!—¡Si supiérais con qué afanes los he ganado! ¡Todo un verano segando bajo del sol! ¡Todo un verano lejos de mi pueblo, de mi mujer y de mis hijos! ¡Reunir con mil sudores y privaciones esa suma con que podríamos vivir este invierno! . . . ¡Y cuando volvía deseando abrazarlos y pagar las deudas que para comer hayan hecho durante mi ausencia, perder ese dinero que es para mí un tesoro! ¡Piedad, señores! ¡Dadme mis veinte duros!

Una carcajada universal y burlona ahogó las quejas del pobre padre.

Yo me estremecía de horror en el árbol á que estaba atado.

— No seas loco, — exclamó al fin un bandido, dirigiéndose al segador. — Haces mal en pensar en tu dinero, cuando tienes cuidados mayores de que ocuparte.

— ¡Cómo! — dijo el segador aterrado.

— Estás en poder de la cuadrilla de *Parrón.*

— *Parrón* . . . no le conozco . . . Nunca lo he oído nombrar . . . ¡Vengo de muy lejos!

— Pues, amigo mío, *Parrón* quiere decir la *muerte:* todo el que cae en muestro poder es preciso que muera. Así, pues, haz testamento en dos minutos, y encomienda

el alma en otros dos. ¡Preparen! ¡Apunten! . . . Tienes cuatro minutos.

— Sabré aprovecharlos. ¡Oídme, por compasión!

— Habla.

— Tengo seis hijos . . . y una infeliz . . . diré *viuda* . . ., porque veo que voy á morir. Leo en vuestros ojos que sois peores que las fieras . . . Sí, peores; porque las fieras de una misma especie no se devoran unas á otras. ¡Ah! ¡perdón! . . . no sé lo que me digo. Caballeros, algunos de vosotros seréis padres . . . ¿No hay un padre entre vosotros? ¿Sabéis lo que son seis hijos pasando un invierno sin pan? ¿Sabéis lo que es una madre, viendo morir á los frutos de sus entrañas, diciendo: «Tengo hambre, . . . tengo frío»? Señores, yo no quiero mi vida, sino por ellos. ¿Qué es para mí la vida? Una cadena de trabajos y privaciones. ¡Pero debo vivir para mis hijos! ¡Hijos míos! ¡Hijos de mi alma!

Y el padre, sublime en su dolor, se arrastraba por el suelo, vertiendo un río de lágrimas y levantaba hacia los ladrones una cara . . . ¡Qué cara! . . . Se parecía á la de los santos que Nerón echara á los tigres, segun dicen los padres predicadores . . .

Los ladrones sintieron removerse algo en el fondo de su pecho: se miraron en silencio, y todos se vieron el semblante conmovido.

Uno de ellos interpretó el sentimiento que dominaba á los demás, y murmuró sordamente:

— ¿Esto no lo sabrá nunca *Parrón*?

— Nunca, nunca, — balbucearon los bandidos.

— Márchese usted, buen hombre, — exclamó entonces uno que lloraba. Yo hice también seña al segador de que se fuese al instante.

El infeliz se levantó lentamente.

— Pronto . . . ¡Márchese usted! — repitieron todos, volviéndole la espalda.

El segador alargó la mano maquinalmente.

—¿Te parece poco? — gritó uno — ¡Pues no quiere su dinero! Vaya . . . vaya . . . ¡Nada de tentarnos la paciencia!

El pobre padre se alejó llorando, y á poco desapareció.

Media hora había transcurrido, empleada por los ladrones en jurarse mútuamente que nunca dirían á su capitán que habían perdonado la vida á un hombre, cuando apareció *Parrón* de pronto, trayendo al segador en la grupa de su yegua.

Los bandidos retrocedieron espantados.

Parrón se bajó lentamente: descolgó su escopeta de dos cañones, y apuntando á sus camaradas, dijo:

— ¡Imbéciles! ¡infames! No sé cómo no os mato á todos uno por uno. ¡Pronto! Entregad á este hombre los veinte duros que le habéis robado.

Los ladrones sacaron los veinte duros y se los entregaron al segador, que se arrojó á los pies de aquel hombre misterioso, que dominaba á los bandoleros y que tan buen corazón tenía.

Parrón le dijo:

— ¡Á la paz de Dios! *Sin las indicaciones de usted nunca hubiera dado con ellos.* ¡Ya ve usted que desconfiaba de mí sin motivo! . . . He cumplido mi promesa. Ahí tiene usted sus veinte duros . . . Con que . . . en marcha.

El segador le abrazó repetidas veces, y se alejó lleno de júbilo y sobresalto. No habría andado cincuenta pasos, cuando su bienhechor le llamó de nuevo.

El pobre hombre se apresuró á volver pies atrás.

— ¿Qué manda usted? — le preguntó, — deseando ser útil al que había devuelto la dicha á su familia.

— ¿Conoce usted á *Parrón*? — le preguntó el mismo.

— No lo conozco.

— Te equivocas, — replicó el bandolero; — yo soy *Parrón.*

El segador se quedó estupefacto.

Parrón se echó la escopeta á la cara y descargó los dos tiros contra el segador, que cayó rodando al suelo.

— ¡Maldito seas! — fué lo único que pronunció.

En medio del terror que cubrió mi vista, observé que el árbol, donde yo estaba atado, se estremecía ligeramente.

Hice un esfuerzo y ví que estaba desatado. Una de las balas después de herir al segador, había dado en la cuerda que me ligaba al tronco, y la había roto.

Yo disimulé que estaba libre, y esperé una ocasión para escaparme.

Entre tanto decía *Parrón* á los suyos, señalando al segador.

— Ahora podéis robarlo. Sois unos imbéciles . . . ¡unos miserables! ¡Dejáis á ese hombre dando gritos por esos caminos! Si conforme fuí yo el que se enteró de lo que le pasaba, hubieran sido los *migueletes,* habría dado nuestras señas, como me las ha dado á mí, y estaríamos ya todos en la cárcel! ¡Ved las consecuencias de robar sin matar! Con que basta de sermón; meted ese cadáver en la cueva.

Mientras los ladrones hacían esto y *Parrón* se sentaba á merendar, dándome la espalda, me alejé insensiblemente del árbol y me escurrí á un barranco próximo.

Ya era de noche: protegido por sus sombras, salí á todo escape, y, á la luz de las estrellas, divisé mi borrico que comía tranquilamente, atado á un árbol. Montéme en él, robando así á los ladrones lo que ellos me habían robado, y no he parado hasta llegar aquí. Ahora, señor,

déme usted los mil reales, y diré las señas de *Parrón*, que se ha quedado con mis tres duros y medio.

Dictó el gitano la filiación del bandido; cobró la suma ofrecida, y salió de la capitanía general, dejando asombrados al conde del Montijo y al sujeto, allí presente, que nos ha contado todos estos pormenores.

Réstanos ahora saber si acertó ó no acertó el gitano al decir la buenaventura á *Parrón*.

III

Quince días después de lo referido, inundaba un numeroso concurso la calle de San Juan de Dios, y parte de la de San Felipe.

En el centro de la multitud veíanse dos compañías de migueletes, armados y dispuestos para una expedición que tenía anhelante al público desocupado de Granada.

Tratábase nada menos que de sorprender á *Parrón*.

Según las últimas noticias, ya se sabía donde estaba acampado con todos los suyos, y se daba por infalible el éxito de la empresa.

— No vemos al cabo López, dijo un miguelete á otro.

— Extraño es, á fe mía: porque él nunca viene tarde á la lista, máxime cuando se prepara una partida de caza como ésta.

— Pues ¿no sabéis lo que pasa? — dijo un terca miguelete, tomando parte en la conversación.

— ¡Hola! Es nuestro nuevo camarada . . . — ¿Cómo te va en nuestro cuerpo?

— Perfectamente, respondió el interrogado.

Era éste un hombre pálido y de porte distinguido, del cual se despegaban mucho las maneras y el traje de soldado.

— Conque ¿decías? . . . replicó el primero.

— ¡Ah! sí; que el cabo López ha muerto, respondió el miguelete pálido.

— ¡Cómo, *Manuel*! . . . ¿Sabes lo que dices? Si yo lo he visto esta mañana.

— Pues hace media hora que lo ha matado *Parrón*.

— *¿Parrón?* ¿Dónde?

— Aquí mismo, en Granada. En la Cuesta del Perro se ha encontrado su cadáver.

Todos quedaron silenciosos, y el llamado *Manuel* empezó á silbar una canción patriótica.

— ¡Van once migueletes en seis días! — exclamó uno de ellos . . . — *Parrón* se ha propuesto exterminarnos. ¿Pero cómo es que está en Granada? ¿No íbamos á buscarle á Sierra Elvira?

— Dice una vieja que presenció el delito, que luego que mató á López, ofreció que, si íbamos á buscarlo, tendríamos el gusto de verle . . .

— ¡Camarada! ¡Disfrutas de una calma asombrosa! ¡Hablas de *Parrón* con un desprecio! . . .

— ¿Pues qué, es *Parrón* más que un hombre? — repuso *Manuel* con altanería.

— ¿Lo conoces tú acaso?

— ¿No os he dicho veinte veces que sí?

— ¡Á la formación! — gritó en este acto otro miguelete.

Las dos compañías formaron para la lista.

En aquel momento pasaba por enfrente de San Jerónimo el gitano que ya conocemos, el cual se paró á ver hacer ejercicio.

De pronto repararon los que estaban al lado de *Manuel* (el nuevo miguelete), en que éste temblaba, sin acertar á manejar la carabina.

Al mismo tiempo el gitano fijó sus ojos en él, dió un grito y echó á correr hacia la Universidad.

Manuel se echó la carabina á la cara y apuntó al gitano.

Otro miguelete tuvo tiempo de mudar la dirección del arma, y el tiro se perdió en el aire.

— ¡Está loco! ¡*Manuel* se ha vuelto loco! — dijeron algunos.

Siguióse algun tiempo de perplejidad en que nadie sabía que hacer con aquel hombre, contentándose con rodearlo, sujetarlo, examinarlo, y abrumarlo á preguntas. Habría pasado media hora cuando apareció de nuevo el gitano, seguido del capitán general, que venía á caballo con una escolta muy crecida. El gitano se paró delante de *Manuel*.

— Mírelo su merced, — exclamó el gitano: — ese pícaro es *Parrón*. ¡No tengo duda!

— ¡Necio de mí! — exclamó *Parrón* mirando al gitano: es el único hombre á quien he perdonado la vida. ¡Merezco lo que me pasa! ¡Por algo decía yo que no se debe robar sin matar!

Antes de terminar el mes, *Parrón* había sido ahorcado.

La *buenaventura* del gitano se cumplió en todas sus partes.

Esto no quiere decir que nosotros creemos en la infalibilidad de la *buenaventura*.

Pedro Antonio de Alarcón.

EL SR. NICHTVERSTEHEN

JUAN VALERA



Juan Valera

JUAN VALERA

Este insigne literato y diplomático español nació en Cabra, provincia de Córdoba, en el día 18 de Octubre de 1824. Recibió una educación literaria esmeradísima y cursó la carrera de Derecho. Ingresó desde muy joven en la diplomacia como agregado á la Embajada de Nápoles á cargo del duque de Rivas, poeta famoso. Fué después representante de España en Portugal, Brasil, Bélgica, Austria-Hungría y los Estados Unidos de América, y ocupó en su patria puestos políticos importantes.

Perteneció á la Real Academia Española, y realizó en ella obras literarias y lingüísticas de importancia.

Se distinguió mucho por la elegancia de su estilo, por la pureza de la dicción y por la gracia y finura de su ingenio, y fué tenido en concepto de uno de los mejores hablistas castellanos del siglo XIX.

Ejerció con muy buen éxito la crítica literaria, y produjo en la novela obras maestras, como *Pepita Jiménez* (la mejor de ellas), *El Comendador Mendoza, Las Ilusiones del Dr. Faustino, Mosamor* y *Juanita la Larga.* También escribió cuentos primorosos, un tomo de poesías líricas y algunos poemas dramáticos.

En todas sus obras narrativas y poéticas predominaba la fantasía y el humorismo sobre la observación.

Fué un hombre de mundo, tan elegante, correcto y ameno en el trato, como atildado y pulcro en sus obras.

Falleció recientemente.

El pequeño cuento que sigue á estas líneas pertenece á su colección de *Cuentos y chascarrillos andaluces.*

EL SR. NICHTVERSTEHEN

Con rico cargamento de vinos generosos, higos, pasas, almendras y limones, en la estación de la vendeja llegó á Hamburgo, procedente de Málaga, una goleta mercante española. El patrón, el piloto y el contramaestre sabían muy bien su oficio ó dígase el arte de navegar, pero de todas las demás cosas, menester es confesarlo, sabían poco ó nada: tenían muy gorda la letra, como vulgar-

mente suele decirse. Por dicha, remediaba este mal y aun le trocaba en bien un malagueño muy listo que iba á bordo como secretario del patrón, y que apenas había ciencia ni arte que no supiese ó en la que no entendiese, escribiese y hablase con corrección y soltura.

Había en el puerto gran multitud de buques de todas clases y tamaños, resplandeciendo entre ellos, llamando la atención y hasta excitando la admiración y la envidia de los españoles, un enorme y hermosísimo navío, construido con tal perfección, lujo y elegancia que era una maravilla.

Los españoles naturalmente tuvieron la curiosidad de saber quien era el dueño del navío, y encargaron al secretario que, sirviendo de intérprete, se lo preguntase á algunos alemanes que habían venido á bordo.

Lo preguntó el secretario, y dijo luego á sus paisanos y camaradas.

— El buque es propiedad de un poderoso comerciante y naviero de esta ciudad en que estamos, el cual se llama «el Sr. Nichtverstehen.»

— ¡Cuán feliz y cuán acaudalado ha de ser ese caballero! — dijo el patrón envidiándole. Saltaron luego en tierra y se dieron á pasear por las calles, contemplando y celebrando la grandeza y el esplendor de los edificios.

Á través de una reja preciosa de bronce dorado y en el centro de un parque lleno de corpulentos y frondosos árboles y cubierto el suelo de verde césped y de lindas flores, vieron uno de los más suntuosos palacios que habían visto en su vida.

Encomendaron al secretario que preguntase quien era el amo del palacio que en él vivía.

El secretario se dirigió á un transeunte, le preguntó y volvió á sus amigos diciéndoles:

— Quien habita en ese palacio y le posee es el mismo comerciante y naviero, dueño del buque: el Sr. Nichtverstehen.

Siguieron recorriendo las calles, muy distraídos en ver pasar muchedumbre de pueblo, gran número de gente bien vestida, á pie, á caballo y en coche, y no pocas gallardas mujeres, que les cautivaban la atención y aún los corazones. Una, sobre todo, los dejó embelesados, porque era un prodigio de hermosura, joven y rubia, y tan majestuosa como una emperatriz. Iba sentada en reluciente landó abierto, del cual tiraban dos briosos caballos de la más pura sangre inglesa.

Deslumbrados ante la pomposa aparición de aquella mujer, que les pareció más divina que humana, ansiaron saber quien era. Fué el secretario á preguntarlo y volvió diciendo:

— Es la mujer del comerciante y naviero, dueño del buque y del palacio: es la señora de Nichtverstehen.

Aunque los españoles somos por lo común poco envidiosos y hasta magnánimos, no se ha de negar que, en esta ocasión y harto fundado motivo había para ello, el piloto y los demás de la goleta se morían de envidia.

Á fin de consolarse de no ser tan venturosos como el Sr. Nichtverstehen, tomaron dos cochecitos de punto y se fueron á pasear por los floridos alrededores de Hamburgo.

Durante este paseo en coche, crecieron la admiración y la envidia de todos. Y la cosa no era para menos. Vieron una magnífica fábrica de tejidos. Preguntaron quien era el fabricante capitalista, y supieron por el mismo conducto y medio que era el Sr. Nichtverstehen. Admiraron después una suntuosa quinta circundada de bosques y jardines, con colosales invernáculos, donde había palmas gigantescas, helechos arborescentes, naranjos, limoneros,

higueras de la India, orquídeas y mil otras plantas de los climas cálidos, y donde bramaban, gruñían y cantaban, en grandes jaulas, multitud de fieras y de aves. Con asombro supieron que aquel regio y campestre retiro era también propiedad del Sr. Nichtverstehen.

— Debe de ser un potentado — exclamaba el piloto.

— Lo que posee valdrá muchos millones de florines — añadía el patrón.

— ¡Quién fuera como el Sr. Nichtverstehen! — decían los demás en coro.

Haciendo estas exclamaciones volvieron á entrar en la ciudad, se apearon y prosiguieron á pie su paseo formando grupo.

De pronto se llenó la calle de gente.

— ¿Qué será? — decían.

Era un entierro de mucho lujo.

El secretario, según tenía ya de costumbre, se dirigió á una persona de las que vió más cerca para enterarse y saber á quién llevaban á enterrar.

Luego que se enteró, el secretario volvió á sus compañeros, y como era docto y sentencioso y no sólo sabía alemán sino también latín, les dijo con mucha gravedad.

— *Sic transit gloria mundi.* No hay que envidiar la opulencia, los deleites y el regalo. De nada le han valido todos sus millones al Sr. Nichtverstehen. Era tan mortal como el más miserable pordiosero. Ahí le tenéis encerrado en ese féretro, y dentro de poco estará en el sepulcro y será pasto de gusanos.

Luego se enteraron con sorpresa de que la palabra que el secretario tomaba por nombre propio, quería decir que «no le entendian.»[1]

JUAN VALERA.

[1] *Nichtverstehen* significa en alemán *no entender.*

LA CASA DE SHAKESPEARE

BENITO PÉREZ GALDÓS



Benito Pérez Galdós

BENITO PÉREZ GALDÓS

Este gran novelista y autor dramático español nació en las Palmas (Canarias) en 1840. Cursó la carrera de Derecho hasta graduarse de abogado; pero su inclinación le hizo publicista desde muy joven. Antes de terminar su carrera universitaria había ejercido con algún provecho la pintura, y á esto debió probablemente sus grandes cualidades de observador y la exactitud y viveza de colorido con que describe.

Hacia el año 1870 ejercía en Madrid el periodismo; pero más que á las violencias de la lucha política mostraba afición á los asuntos narrativos y descriptivos y al estudio de caracteres. No tardó en hacer sus primeros ensayos en la novela con *El Audaz* y *La Fontana de Oro*, y á éstas siguieron otras que fueron recibidas con gran aplauso, como *Doña Perfecta, Marianela* y *Gloria*. Se vió entonces que Pérez Galdós había encontrado su camino. Continuó escribiendo obras de este género, que le dieron alto renombre en España y en el extranjero, y ha escrito y publicado ya unos setenta volúmenes, inclusos los de *Episodios Nacionales*, admirable serie de narraciones, en las que ha logrado popularizar la historia moderna de España y describir con exactitud y gracia las fases principales del complicado carácter español.

Cultivó también el género dramático, y en él ha producido algunas obras excelentes, como *La de San Quintín*, *Electra*, *Casandra* y *Realidad.*

Entre sus novelas, que son todas muy estimadas, sobresalen, además de las citadas, *Fortunata y Jacinta*, *Ángel Guerra*, *El Doctor Centeno* y *La Familia de León Roch.*

El precioso estudio que á continuación publicamos lo escribió Pérez Galdós al regresar de uno de sus viajes por Inglaterra.

LA CASA DE SHAKESPEARE

I

¿POR DÓNDE VOY Á STRATFORD? — LA ESTACIÓN DE BIRMINGHAM

En cuantas visitas hice á Inglaterra me atormentaron las ansias de ver la gloriosa villa de Stratford-on-Avon, patria de Shakespeare. Una vez por falta de tiempo, otra

por rigores del clima, ello es que no pude realizar mi deseo hasta el pasado año (1889). Por fin, en Septiembre último pisé el suelo, que no vacilo en llamar sagrado, donde están la cuna y sepulcro del gran poeta. Desde luego afirmo que no hay en Europa sitio alguno de peregrinación que ofrezca mayor interés ni que despierte emociones tan hondas, contribuyendo á ello, no sólo la majestad literaria del personaje á cuya memoria se rinde culto, sino también la belleza y poesía incomparables de la localidad.

Si en Inglaterra es Stratford un lugar de romería fervorosa, pocos son los viajeros del Continente que se corren hacia allá. En los voluminosos libros donde firman los visitantes, he visto que la mayor parte de los nombres son ingleses y norteamericanos; contadísimos los de franceses é italianos, y españoles no ví ninguno. Creo que soy de los pocos, si no el único español, que ha visitado aquella Jerusalén literaria, y no ocultaré que me siento orgulloso de haber rendido este homenaje al altísimo poeta, cuyas creaciones pertenecen al mundo entero y al patrimonio artístico de la humanidad.

Y no crean mis lectores, que ir á Stratford es obra tan fácil, aun hallándose en Inglaterra. La superabundancia de comunicaciones viene á producir el mismo efecto que la falta de ellas. No conozco confusión semejante á la del viajero instalado en cualquier ciudad inglesa cuando coge el *Bradshaw* ó «Guía de Ferrocarriles,» y trata de investigar en sus laberínticas páginas el camino más directo y rápido para trasladarse de un confín á otro de la Gran Bretaña. El libro de los Vedas es un modelo de claridad en comparación del voluminoso *Bradshaw*. Si quisiéramos dirigirnos por cualquiera de las tres grandes líneas ó redes que, partiendo de Londres, cruzan toda la isla, á saber: el *North Western*, el *Midland* y el *Great North-*

ern, la tarea no es en extremo difícil; pero si intentamos buscar direcciones transversales por las infinitas ramas que enlazan estas líneas, unas con otras, y con las secundarias, vale más renunciar al estudio previo del camino, y entregarse á las peripecias de un viaje de aventuras, y á la buena fe de los empleados del ferrocarril.

Verdadera maravilla de la ciencia y de la industria es la muchedumbre de trenes que ponen en movimiento todos los días de la semana, menos los domingos, las Compañías, antes citadas, y además las de *Great Western*, y *Great Eastern*, y la fácil exactitud con que las estaciones de empalme dan paso á tan enorme material rodante sin confusión ni retraso. La velocidad, desmintiendo distancias, desarrolla en aquel país hasta tal punto el gusto de los viajes, que toda la población inglesa parece estar en constante movimiento. Se viaja por negocios, por hacer visitas, por hablar con un amigo, por ir de compras á una ciudad próxima ó lejana, por pasear y hacer ganas de comer.

Hallábame en Newcastle, y nadie me daba razón de la vía más corta para visitar *the home of Shakespeare*. Una rápida inspección del mapa simplificó la dificultad, pues viendo que Stratford está cerca de Birmingham, á esta ciudad había que ir por lo pronto. Después, Dios diría. Entre Newcastle y Birmingham, el viaje es entretenidísimo, pues se pueden admirar las catedrales de York y Durham, y después se atraviesa una de las comarcas fabriles más interesantes, la del Hallamshire, donde campea Sheffield, la metrópoli de los cuchillos. Sin detenerme recorro esta región, contemplando la inmensa crestería de chimeneas humeantes que por todas partes se ve, y llego á Birmingham, ciudad populosa, una de las más trabajadoras y opulentas de Inglaterra. Un poco más alegre que Man-

chester, se le parece en la febril animación de sus calles, en la negrura de sus soberbios edificios, y en la muchedumbre y variedad de establecimientos industriales.

¿En qué parte del mundo, por remota y escondida que sea, no se habrá visto la marca de esta ciudad aplicada á infinidad de objetos de uso común y ordinario? La universalidad, la variedad y el cosmopolitismo de la industria de Birmingham se expresan muy bien en un elocuente párrafo de la obra de Burrit, *Paseos por el país negro*. Dice así:

«El árabe come su alcuzcuz con una cuchara de Birmingham; el pachá egipcio ilumina su harem con candelabros de cristalería de Birmingham; el indio americano se bate con el rifle de Birmingham, y el opulento rajá del Indostán decora su mesa con los cobres de Birmingham; el audaz jinete que recorre las estepas de Sud América espolea su caballo con un acicate de Birmingham, y el negro antillano corta la caña de azúcar con su machete de Birmingham . . . etc.» No copio más porque es el cuento de nunca acabar, semejante al de las cabras de Sancho.

La estación de este formidable emporio industrial es de tal magnitud, y hay en ella un vaivén tan vertiginoso de trenes, y gentío tan inquieto que no extrañaría yo que perdiera el sentido quien, desconociendo la lengua y las costumbres, se quisiera indagar una dirección en aquella Babel de los caminos humanos.

«¿Én qué plataforma se toma billete para Stratford?»

Ésta es la pregunta ansiosa del peregrino shakesperiano en la ingente estación de Birmingham. No se crea que tal pregunta es contestada claramente. Muchos empleados suelen informar con incierto laconismo: «Es de la otra parte.» Y recorre usted otra vez los puentes que

comunican las inmensas naves por encima de las vías. Después pase usted por un túnel abierto debajo de otras, hasta llegar á las plataformas del costado Sur, y allí, échese á correr á lo largo del interminable andén.

Por fin, hay quien dé informes exactos de la vía que se debe tomar, del sitio donde está el *booking-office* ó despacho de billetes, y de la hora del tren. Gracias á Dios, ya tengo en la mano el billete para Stratford; tomo asiento en un coche; el tren marcha. ¡Alabado sea mil y mil veces el Señor!

II

STRATFORD AL FIN. — SHAKESPEARE'S HOTEL

Llego por fin á una comarca totalmente distinta de la Inglaterra de Birmingham, Manchester y Leeds. Han desaparecido las chimeneas, han huido aquellos fantasmas escuetos que se envuelven en el humo que vomitan, y que agobian el espíritu del viajero con su negrura satánica. Penetro en un país risueño, más agrícola que industrial, impregnado de amenidad campestre. No más talleres, no más hornos. La pesadilla parda se disipa, y el humo, que todo lo entristece, se va quedando atrás. Recorro un ramal del *Midland*, que enlaza esta gran red con la no menos importante del *Great Western*, y entramos en el condado de Warwickshire, las regiones más pintorescas de Inglaterra, y además ilustrada con nobles recuerdos históricos; comarca de dulce verdor, en que flotan las églogas.

Paso junto al célebre castillo de Kenilworth, parte en ruinas, que da nombre á una sugestiva novela de Walter Scott. Perteneció aquella señoril residencia al Conde de Leicester, favorito de la Reina Isabel, en honor de la cual se celebraron fiestas aparatosas. Omito la descripción

de esas hermosas ruinas, así como la del castillo de Warwick, que me apartaría de mi objeto, y sigo en busca de la casa del poeta. ¡Kenilworth, Leicester, Isabel! todo esto ha pasado, mientras que Shakespeare vivirá eternamente, y su humilde morada despertará más curiosidad y admiración que todos los palacios de príncipes y magnates.

La impresión de descanso y de paz que trae al ánimo del viajero este ameno y poético rincón de Inglaterra, vale las penas y contrariedades del excéntrico viaje. La campiña es deliciosa y revela las mayores perfecciones de la agricultura. Por fin el ramal del *Midland* enlaza con un ferrocarril puramente local, tranquilo, y más parecido á los nuestros que á los ingleses, porque no hay en él el vértigo ni la velocidad de las redes centrales de la isla, ni en las estaciones desmedida aglomeración de pasajeros. Por fin llego á la estación de Stratford, que es una villa de diez mil habitantes. En la estación, lo mismo que en nuestras ciudades provincianas, hay un ómnibus, que recoge á los viajeros y los va dejando en las casas ó en las fondas. Es de noche. Todo en este simpático pueblo respira sosiego, bienestar y sencillez campestre. El que sale de las bulliciosas ciudades industriales para venir aquí, cree entrar en la gloria. Los nervios descansan del loco estruendo, y de las impresiones rápidas y múltiples que constantemente recibimos en los grandes centros urbanos. La imaginación es la que no descansa, antes bien se lanza á los espacios ideales representándose el tiempo en que vivía la celsa persona cuya sombra perseguimos en aquella localidad apacible. No podemos separar al habitante de la morada; nos empeñamos en trasladar ésta á los tiempos de aquél, ó en modernizar al poeta para hacerle discurrir á nuestro lado por las

calles, hoy alumbradas con gas, de su querida y placentera villa.

Dos hoteles hay en la patria de Shakespeare que merecen especial mención. Uno es el llamado *Red Horse*, célebre porque en él escribió Washington Irving sus impresiones de Stratford; el otro, llamado *Shakespeare's Hotel*, ofrece la particularidad de que los cuartos están designados con los títulos de los dramas del gran poeta. El que á mí me tocó se denominaba *Love's Labour's Lost*, y á la derecha mano ví *Hámlet*, y más allá, en el fondo de un corredor obscuro y siniestro, *Mácbeth*.

La posada pertenece al género patriarcal, sin nada que la asemeje á esas magníficas colmenas para viajeros que en Londres se llaman el *Metropolitan* y en París el *Grand Hôtel*. Es más bien una de aquellas cómodas hosterías que describe Dickens en sus incomparables novelas, y de las cuales habla también Macaulay en su hermosa descripción de las transformaciones de la vida inglesa. Todo allí respira bienestar, «comfort,» tranquilidad y refinado aseo. El estrepitoso y chillón lujo de los hoteles á la moderna, no existe allí. La escalera, de nogal viejo, ennegrecido por el tiempo; los muebles, relumbrantes de limpieza, revelan la domesticidad, la familiar sencillez. Huéspedes y patrones viven en apacible concordia. La mesa es abundante y poco variada: el *roast beef* excelente, el té magnífico, y luego vengan tostadas, *bacon*, huevos escalfados, ensaladas, patatas cocidas, y todo lo demás que constituye la sobria culinaria británica. La cerveza y la mostaza completan el buen avío. Para mayor encanto, el interior de aquel hermoso cuarto que lleva el título (estampado con claras letras en una tabla sobre la puerta) de *Love's Labour's Lost*, ofrece comodidades que en vano buscaríamos en los más aparatosos hoteles del Continente.

Basta decir que las camas inglesas, grandes, mullidas, limpias como los chorros del oro, son las mejores del mundo, y que el ajuar de tocador que las acompaña no tiene rival.

El dueño de la casa (y ésta revela en su interior una respetable antigüedad), queriendo sin duda que sus huéspedes se empapen bien en las ideas é imágenes shakesperianas, ha llenado el edificio, desde el portal hasta el último cuarto, de cuadros y estampas colocados en vistosos marcos, todos de asuntos de los famosos dramas. Cuanto ha producido el buril en el siglo pasado y en el presente, allí se encuentra. Hay grabados hermosos, y otros deplorables. El viajero que allí pasa la noche, se ve acosado por la turba de ilustres fantasmas. Se los encuentra en la alcoba, en el comedor y hasta en el cuarto de baño. Aquí *Lady Mácbeth* lavandose la mano, más allá *Catalina de Aragón* reclamando sus derechos de reina y esposa, ó el *Rey Lear*, de luenga barba, lanzando imprecaciones contra el cielo y la tierra; por otra parte el fiero *Gloucester*, de horrible catadura; el cínico *Falstaff* panzudo y locuaz; más lejos el judío *Shylock* ante el tribunal presidido por la espiritual *Porcia*. No faltan *Antonio* discurriendo ante el cadáver de *César*, ni *Calibán* y *Ariel*, seres imaginarios que parecen reales; *Romeo*, ante el alquimista, *Julieta* con su nodriza, *Ofelia* tirándose al agua; en fin, todas las figuras que el arte creó, y la humanidad entera ha hecho suyas reconociéndolas como de su propia substancia.

En el comedor del hotel encontré tipos de los que Dickens nos ha hecho familiares. La raza inglesa es poco sensible á las modificaciones externas impuestas por la civilización. En algunos he creído encontrar aquella casta de filántropos inmortalizada por el gran novelista, y les he mirado

las piernas esperando ver en ellas las famosas polainas de Mr. Pickwick.

Después de una noche de descanso en la cómoda vivienda en compañía de las imágenes trágicas que decoran las paredes de la habitación, la claridad del día me permite hacer un reconocimiento de la villa, la cual es pequeña, pues sólo tiene quince ó veinte calles y revela un perfecto orden municipal. Ya quisieran nuestras presumidas capitales del Mediodía tener una administración local que se asemejase á la de aquella poblacioncita semioculta en un rincón de Inglaterra. Los servicios municipales son allí tan esmerados como en los mejores barrios de Londres. Basta dar por las calles de Stratford un paseo, en el cual no se emplea más de media hora, para comprender que nos hallamos en un pueblo donde las leyes reciben el apoyo y la sanción augusta de las costumbres. La cultura urbana tiende á la uniformidad, y bajo su poderoso influjo hasta las más remotas aldeas toman las apariencias de ciudades coquetonas. En Stratford se encuentran tiendas tan bellas como las de Londres, y el vecindario que discurre por las calles tiene el aspecto de la burguesía londonense. Por ninguna parte se ven los cuadros de miseria que suelen hallarse en las ciudades industriales, ni las turbas de chiquillos haraposos, tiznados y descalzos que pululan en los *docks* de Liverpool ó en el *Quayside* de Newcastle. El bienestar, la comodidad, la medianía placentera y sin pretensiones, se revelan en las calles de Stratford. Es algo como el olor de la ropa planchada que brota de la patriarcal alacena en esas casas de familia, más bien de campo que de ciudad, donde reinan el orden tradicional y la economía que se resuelve en positiva riqueza.

En una de las principales y más espaciosas calles, con-

trastando con los edificios modernos, hay una casa de estructura normanda, con ensamblajes de madera ennegrecida por el tiempo. Parece una gran cabaña, de las que actualmente se construyen en los jardines con troncos sin descortezar. Es de dos pisos de poca elevación, y tiene un cobertizo de madera que sombrea y ampara la puerta, junto á la cual pende un llamador de alambre terminado en argolla. El cartel allí fijado dice al visitante que llame si quiere entrar. Llamo, y me abre un señor muy atento, bien vestido. Es el guardián del edificio. ¡Parece mentira que de tan sencillo modo entre uno en la casa natal de Guillermo Shakespeare!

III

LA CASA

Omitiré la historia jurídica de éste que podremos llamar monumento y las diferentes transmisiones que sufrió como inmueble desde 1574, en que la compró John Shakespeare por la suma de 40 libras hasta 1847, en que fué adquirida por los comités de Stratford y Londres, y declarada patrimonio nacional.

Consta de dos pisos, y las habitaciones de ambos han sido restauradas con refinada inteligencia, procurándose que conserven el aspecto y carácter que debieron tener en tiempo del grande hombre. En el piso bajo está la cocina, con su inmensa chimenea de campana, en la cual subsisten los ganchos de que se colgaba la carne para ahumarla. Á un lado y otro hay dos asientos ó poyos de mampostería. El conserje permite á los visitantes sentarse en ellos, y cuantos hemos tenido la dicha de penetrar en aquel lugar, que no vacilo en llamar augusto, nos hemos sentado un ratito en donde el dramaturgo pasaba largas

horas de las noches de invierno contemplando las llamas del hogar, que sin duda evocaban en su ardiente fantasía las imágenes que supo después reducir á forma poética con una maestría no igualada por ningún mortal.

Vetusta escalera conduce al piso alto, donde está la habitación en que nació Guillermo. En ella se ven sillas de la época, un pupitre y otros muebles. El testero de la calle es una gran ventana de vidrios verdosos, en los cuales no hay una pulgada de superficie que no esté rayada al diamante por las infinitas firmas de personas que han visitado la estancia. Destácanse en aquel laberinto de rayas los nombres de Walter Scott, Dickens, Goethe, Byron, y otras celebridades. Las paredes están asimismo cubiertas de nombres.

En otra pieza que da al jardín se ve el célebre retrato, que pasa por auténtico, si bien su autenticidad, diga lo que quiera la inscripción que lo acompaña, no aparece completamente probada. Su semejanza con el busto de *Trinity Church,* de que hablaré después, es grande; pero encuentro en el busto mayor belleza y más fiel expresión de vida. Como pintura, el retrato es mediano.

Junto á la casa se ha construido un edificio en el mismo tipo de arquitectura, destinado á museo shakesperiano. Mil curiosidades, objetos diversos, documentos, cartas, grabados que se relacionan más ó menos claramente con la vida del dramaturgo, se muestran allí perfectamente ordenados.

Lo que más atrae la atención es la carpeta que se dice fué usada por Shakespeare cuando recibió la primera enseñanza en *Grammar School,* las célebres cartas de Quiney, los originales de los contratos que el poeta celebró con empresas teatrales, ejemplares de las primeras ediciones de sus dramas, un anillo marcado con las iniciales

W. S., copas y otros utensilios domésticos, armas, libros y papeles varios. El museo es interesante, y revela un extraordinario grado de cultura; pero como impresión de la existencia del autor de *Hámlet*, es mucho más honda la que se recibe sentándose en el poyo de la cocina bajo la enorme campana de la chimenea. Ambos edificios, la casa natal y el anejo, son cuidados y conservados con diligente esmero. En ellos no se enciende fuego ni de noche ni de día, para evitar el peligro de un incendio en aquel viejo maderamen, ennegrecido y resecado por el tiempo. En un jardín contiguo se cultivan las flores y arbustos más comúnmente citados por el poeta en sus inmortales escenas y sonetos. La peregrinación á la casa natal aumenta cada día. El número de visitantes, según consta en los libros de firmas, ascendió el último año á *diez y siete mil.*

De Hensley Street pasamos á New Place, donde estuvo la casa en que murió Guillermo. En ella habitó los últimos diez y nueve años de su vida y escribió algunos de sus dramas, probablemente el *Julio César*, *Antonio y Cleopatra*, *Mácbeth* y todos los del cuarto período. En el extenso jardín de la casa de New Place plantó Guillermo un moral. Árbol y casa fueron destruídos bárbaramente á mediados del pasado siglo por el poseedor de la finca, Rev. F. Gastrell, cuyo nombre ha pasado á la posteridad por este acto de salvajismo. Para consumarlo no tuvo más motivo que las continuas molestias que le daban los visitantes. La madera del moral fué conservada por algunos industriales que se dieron á fabricar objetos y á expenderlos. Pero el número de baratijas del árbol shakesperiano llegó á ser tan considerable, que debemos suponer entró en su confección, no un árbol sino un bosque entero. La casa no tardó en ser derribada también, y

de ella sólo quedan informes cimientos. La que en su lugar existe contiene otro museo, menos interesante que el de Hensley Street. El jardín, esmeradamente cuidado, es amenísimo, delicioso, lleno de la memoria, y de las huellas, y de la sombra de aquél á quien Ben Jonson llamó *alma del siglo, asombro de la escena.*

IV

LA TUMBA

Pero lo más interesante de Stratford es la iglesia *Holy Trinity Church*, sepultura del poeta y de su mujer. Honor insigne para un país es guardar los restos de sus hombres eminentes. Nuestra incuria nos impide vanagloriarnos de esto; y aunque sabemos que los huesos de Cervantes yacen en las Trinitarias, y en Santiago los de Velázquez, no podemos separarlos de los demás vestigios humanos que contiene la fosa común. Téngase en cuenta que Shakespeare disfrutó en vida de fama resplandeciente; que sus contemporáneos le estimaron en lo que valía; que poseyó cuantiosos bienes de fortuna, y que su familia pudo y supo cuidar de la conservación de sus cenizas venerables.

La iglesia parroquial de Stratford es bellísima, ojival, del tipo normando en su mayor parte, pequeña si se la compara con las catedrales españolas y aún con las inglesas, grande en proporción de los templos parroquiales de todos los países. Antes del cisma fué colegiata, con un coro de quince canónigos. Consta de una gran nave con crucero, y otras dos colaterales pequeñas, y sobre el crucero se alza la torre del siglo XIV, construcción aérea y elegantísima. El interior no ofrece la desnudez fría de los templos protestantes. Parece una iglesia católica, sobre todo en el presbiterio, lo más hermoso de este ilustre

monumento. Las rasgadas ventanas de estilo inglés perpendicular, los pintados vidrios que las decoran, el altar con gallardas esculturas, la sillería de tallado nogal, los púlpitos, los sepulcros, ofrecen un conjunto de extraordinaria belleza y poesía. Al penetrar en el santuario, todas las miradas buscan el monumento del altísimo poeta en la pared Norte del presbiterio, en el lado del Evangelio. Es propiamente un retablo, y quien no supiera qué imagen es aquélla, lo tomaría por efigie de un santo allí colocado para que le adoraran los fieles.

Consta de un sencillo cuerpo arquitectónico, grecoromano; dos columnas sostienen un cornisamento con guardapolvo, que ostenta en el copete las armas de Shakespeare; en el centro el busto, imagen de medio cuerpo y de tamaño natural. Á primera vista se tomaría el monumento por una ventana, en la cual estuviera asomada la figura, viéndosela de la cintura arriba. Los brazos caen con naturalidad sobre un cojín. La mano derecha tiene una pluma, y la izquierda se apoya abierta sobre un papel. El color aplicado á la tallada piedra da á la escultura una viva impresión del natural. La cara es grave, la mirada algo atónita, la expresión noble, la frente majestuosa, el traje sencillo y elegante, ropilla de paño negro y valona sin pliegues.

Imposible apartar los ojos de aquella imagen, en que por un efecto de fascinación, propio del lugar, creemos ver vivo al dramático insigne, y con la palabra en los labios.

En el plinto se lee la siguiente inscripción, que por tratarse de quien se trata no resulta todo lo enfática que en otro lugar parecería:

Judicio Pylium, genio Socratem, arte Maronem,
Terra tegit, Populus mæret, Olympus habet.

Está bien claro el texto latino y no necesita traducción. Sólo debe indicarse que *Pylium* es Numa Pompilio, y que la palabra *Socratem* se considera equivocación del grabador, á quien sin duda mandaron poner *Sophoclem*.

Debajo de la inscripción latina hay seis versos ingleses, que literalmente traducidos dicen:

Detente, pasajero, ¿por qué vas tan aprisa?
Lee, si puedes, quién es aquél, colocado por la envidiosa muerte
Dentro de este monumento: Shakespeare, con quien
La vívida Naturaleza murió; cuyo nombre adorna esta tumba,
Mucho más que el mármol, pues cuando él escribió
Supo convertir el arte en mero paje, servidor de su ingenio.

Obiit anno 1616
Ætatis 53, die 23 Ap.

Al pie del monumento está la lápida que cubre los restos del más grande hijo de Inglaterra. La inscripción, compuesta por él mismo, según creencia tradicional, es de un vigor que claramente acusa la soberana mente del poeta. La traducción más aceptable que de ella puede hacerse, expresando el pensamiento de modo que la fidelidad perjudique lo menos posible á la energía, es ésta:

Buen amigo, por amor de Jesús abstente
De remover el polvo aquí encerrado.
Bendito sea quien respete estas piedras,
Maldito quien toque mis huesos.

Cerca del sepulcro de Guillermo está el de su mujer Ana Hathaway, que le sobrevivió siete años, á pesar de ser más vieja que él. (Diez y ocho años y medio tenía el poeta cuando se casó, y su mujer veinticinco.) También yace allí Susana, la hija mayor. (Además de Susana, nacieron de aquel matrimonio dos gemelos, llamados Hamnet y Judit.)

El monumento que he descrito, y la piedra sepulcral que cubre los huesos del autor de *Otelo*, absorben por completo la atención en el presbiterio de *Trinity Church.* Las hermosas vidrieras, el altar y las graciosas líneas de aquella arquitectura, quedan ante el espíritu del visitante en lugar secundario. Luego se advierte que hay en todo perfectísima armonía; que el gallardo templo es digno de encerrar la memoria y los restos mortales del primer dramático del mundo, y que en aquel noble recinto parece dormir su genio con un reposo que no es el de la muerte. Toda persona espiritual ha de sentir en semejante sitio emociones profundísimas, imaginando que conoce á Shakespeare, y ha de connaturalizarse con él más íntimamente que leyendo sus obras.

Resulta una impresión mística, una comunicación espiritual como las que en el orden religioso produce la exaltación devota frente á los misterios sagrados ó las reliquias veneradas. El entusiasmo literario y la fanática admiración que las obras de un superior ingenio despiertan en nosotros, llegan á tomar en tal sitio y ante aquellas tumbas el carácter de fervor religioso que aviva nuestra imaginación, sutiliza y trastorna nuestros sentidos, nos lleva á compenetrarnos con el espíritu del ser allí representado, y á sentirle dentro de nosotros mismos, cual si lo absorbiéramos por misteriosa comunión. Para recorrer todo lo antiguo que conserva las huellas de Shakespeare, nos falta visitar *Grammar School*, donde recibió la primera enseñanza. El aula se conserva sin variación desde aquellos tiempos, y su arquitectura tiene el mismo carácter que la casa natal y otras que en la ciudad subsisten. Inmediata á la escuela hállase *Guildhall*, donde, si no miente la tradición, daban sus funciones dramáticas los cómicos errantes que alguna vez llegaban á Stratford. Supónese

que allí vió Guillermo las primeras representaciones escénicas que despertaron su genio creador, y allí aprendió los rudimentos del arte histriónico, en el cual descolló también, aunque no tanto como en el de la creación poética.

Los monumentos modernos consagrados á la memoria de Shakespeare son dos: la *Clock Tower*, ó torre del reloj, construcción de estilo gótico, más severa que elegante y de proporciones no muy grandiosas, y el *Shakespeare Memorial*, edificio complejo, situado á orillas del Avon, y en el cual se quiso hermanar lo útil á lo agradable. El primero de estos monumentos fué construido á expensas de un generoso americano, que quiso, como vulgarmente se dice, *matar dos pajaros de un tiro:* honrar el nombre de Shakespeare, y perpetuar la memoria del jubileo de la Reina Victoria. No se ve claramente la paridad entre ambas ideas; pero el patriotismo sajón es tan extensivo, que fácilmente abarca y sintetiza todos los sentimientos de que se enorgullece la raza. Á mayor abundamiento, la *Clock Tower* representa también la fraternidad entre Norte América y la madre Albión, y para este sentimiento hay allí símbolos que el artista ha sabido hermanar con la iconografía shakesperiana y con el busto de la Emperatriz de las Indias.

El otro monumento, ó sea el llamado *Shakespeare Memorial Building*, es un edificio complicado y grandioso, erigido por suscripción pública, y que contiene un teatro, museo y biblioteca. Exteriormente su aspecto de alhóndiga ó depósito comercial no expresa bien el objeto espiritual de su fundación. Hállase situado á orillas del Avon, no lejos de *Trinity Church*, y desde los jardines que le rodean se goza de la perspectiva hermosísima del río y sus risueñas márgenes. Lo más notable del edificio como arte constructivo, es la escalera. La sala del teatro, donde

con frecuencia se representan por los mejores actores ingleses los dramas del sublime hijo de Stratford, es grande y bella. Pero las colecciones de escultura y pintura que componen los muros anexos, apenas podrían calificarse de medianas. Con todo, la erección de este vásto edificio honra á los paisanos de Shakespeare, y es una prueba de refinada cultura. En el jardín se admira una estatua en bronce (bastante mejor que la que Londres ostenta en Leicester Square) sobre gallardo pedestal, que decoran cuatro figuras representando á Lady Mácbeth, Hámlet, Falstaff, y el Príncipe Hal, los cuatro caracteres fundamentales de la creación shakesperiana; el trágico, el filosófico, el cómico y el histórico.

Y ya no hay más que ver en Stratford.

La visita ha concluido, y sólo quedan espacio y margen para las reflexiones que sugiere la contemplación de los interesantes objetos relacionados con la vida mortal del dramaturgo, que ha sido y será siempre asombro de los siglos. Pero estas reflexiones mejor las hará el lector que yo. No es ocasión para un estudio de las creaciones del trágico inglés, las cuales son patrimonio del género humano, y por esto quizás, y por su propia universalidad, parece como que están exentas de la crítica.

Pero si del teatro shakesperiano no es fácil escribir con novedad, la vida del poeta, por tanto tiempo rodeada de obscuridades, ofrece inagotable asunto . . . Los comentaristas del hijo de Stratford no descansan, y cada día se aclara un punto dudoso de aquella preciosa existencia. Así, la diligente labor biográfica, integrando la crítica, forma un eterno expediente de canonización.

Benito Pérez Galdós.

LEOPOLDO ALAS

Era más conocido en el mundo literario por el seudónimo de *Clarín*. Nació en Zamora (España) el día 25 de Abril de 1852, estudió Leyes en la Universidad de Oviedo, y en esta misma Universidad fué después catedrático de la Facultad de Derecho.

Ejerció con buen éxito la crítica, para la cual tenía excelentes aptitudes; pero el humorismo y la ironía de su complexión literaria le inclinaban con frecuencia á la sátira y á veces á la polémica ardiente. Era de ingenio agudo y sagaz, y poseía una instrucción extensa y sólida. Tenía también excelentes condiciones de narrador, que le dieron celebridad en su famosa novela *La Regenta* y en dos ó tres volúmenes deliciosos de cuentos y novelas cortas.

Como educador dió pruebas de un alto sentido pedagógico y de fecundas iniciativas. Por indicación suya, inspirada en un discurso inaugural de cursos, de su compañero y amigo el Sr. Altamira, se creó la *Extensión Universitaria*, que está dando merecida fama á la actual Universidad de Oviedo, y que tan favorable influencia ejerce ya en varias regiones de España.

Fallecío en el año 1901.

EL GALLO DE SÓCRATES

CRITÓN, después de cerrar la boca y los ojos al maestro, dejó á los demás discípulos en torno del cadáver, y salió de la cárcel, dispuesto á cumplir lo más pronto posible el último encargo que Sócrates le había hecho, tal vez burla burlando, pero que él tomaba al pie de la letra en la duda de si era serio ó no era serio. Sócrates, al espirar, descubriéndose, pues ya estaba cubierto para esconder á sus discípulos el espectáculo vulgar y triste de la agonía, había dicho, y fueron sus últimas palabras:

— Critón, debemos un gallo á Esculapio, no te olvides de pagar esta deuda. — Y no habló más.

Para Critón aquella recomendación era sagrada: no quería analizar, no quería examinar si era más verosímil que Sócrates sólo hubiera querido decir un chiste, algo irónico tal vez, ó si se trataba de la última voluntad del maestro, de su último deseo.

¿No había sido siempre Sócrates, pese á la calumnia de Anito y Melito, respetuoso para con el culto popular, la religión oficial? Cierto que les daba á los mitos (que Critón no llamaba así, por supuesto) un carácter simbólico, filosófico, muy sublime é ideal; pero entre poéticas y trascendentales paráfrasis, ello era que respetaba la fe de los griegos, la religión, positiva, el culto del Estado. Bien lo demostraba un hermoso episodio de su último discurso (pues Critón notaba que Sócrates á veces, á pesar de su sistema de preguntas y respuestas, se olvidaba de los interlocutores, y hablaba largo y tendido y muy por lo florido).

Había pintado las maravillas del otro mundo con pormenores topográficos que más tenían de tradicional imaginación que de rigurosa dialéctica y austera filosofía.

Y Sócrates no había dicho que él no creyese en todo aquello, aunque tampoco afirmaba la realidad de lo descrito con la obstinada seguridad de un fanático; pero esto no era de extrañar en quien, aun respecto de las propias ideas, como las que había expuesto para defender la inmortalidad del alma, admitía con abnegación de las ilusiones y del orgullo, la posibilidad metafísica de que las cosas no fueran como él se las figuraba. En fin, que Critón no creía contradecir el sistema ni la conducta del maestro, buscando cuanto antes un gallo para ofrecérselo al dios de la Medicina.

Como si la Providencia anduviera en el ajo, en cuanto Critón se alejó unos cien pasos de la prisión de Sócrates,

vió, sobre una tapia, en una especie de plazuela solitaria, un gallo rozagante, de espléndido plumaje. Acababa de saltar desde un huerto al caballete de aquel muro, y se preparaba á saltar á la calle. Era un gallo que huía; un gallo que se emancipaba de alguna triste esclavitud.

Conoció Critón el intento del ave de corral, y esperó á que saltase á la plazuela para perseguirle y cogerle. Se le había metido en la cabeza (porque el hombre, en empezando á transigir con ideas y sentimientos religiosos que no encuentra racionales, no pára hasta la superstición más pueril) que el gallo aquel, y no otro, era el que Esculapio, ó sea Asclepies, quería que se le sacrificase. La casualidad del encuentro ya la achacaba Critón á la voluntad de los dioses.

Al parecer, el gallo no era del mismo modo de pensar; porque en cuanto notó que un hombre le perseguía comenzó á correr batiendo las alas y cacareando por lo bajo, muy incomodado sin duda.

«Pero buena cosa es, iba pensando el gallo, mientras corría y se disponía á volar, lo que pudiera, si el peligro arreciaba; buena cosa es que estos sabios que aborrezco se han de empeñar en tenerme por suyo, contra todas las leyes naturales, que ellos debieran conocer. Bonito fuera que después de librarme de la inaguantable esclavitud en que me tenía Gorgias, cayera inmediatamente en poder de este pobre diablo, pensador de segunda mano y mucho menos divertido que el parlanchín de mi amo.»

Corría el gallo y le iba á los alcances el filósofo.

Cuando ya iba á echarle mano, el gallo batió las alas, y, dígase de un vuelo, dígase de un brinco, se puso, por esfuerzo supremo del pánico, encima de la cabeza de una estatua que representaba nada menos que Atenea.

— ¡Oh, gallo irreverente! — gritó el filósofo, ya fanático

inquisitorial, y perdónese el anacronismo. — Y acallando con un sofisma pseudo piadoso los gritos de la honrada conciencia *natural* que le decía: «no robes ese gallo,» pensó: «Ahora sí que, por el sacrilegio, mereces la muerte. Serás mío, irás al sacrificio.»

Y el filósofo se ponía de puntillas; se estiraba cuanto podía, daba saltos cortos, ridículos; pero todo en vano.

— ¡Oh, filósofo idealista, de imitación! — dijo el gallo en griego digno del mismo Gorgias; — no te molestes, no volarás ni lo que vuela un gallo. ¿Qué? ¿Te espanta que yo sepa hablar? Pues ¿no me conoces? Soy el gallo del corral de Gorgias. Yo te conozco á tí. Eres una sombra. La sombra de un muerto. Es el destino de los discípulos que sobreviven á los maestros. Quedan acá, á manera de larvas, para asustar á la gente menuda. Muere el soñador inspirado y quedan los discípulos alicortos que hacen de la poética idealidad del sublime vidente una causa más del miedo, una tristeza más para el mundo, una superstición que se petrifica.

— ¡Silencio, gallo! En nombre de la Idea de tu género, la naturaleza te manda que calles.

— Yo hablo, y tu cacareas la Idea. Oye, hablo sin permiso de la Idea de mi género y por habilidad de mi individuo. De tanto oír hablar de Retórica, es decir, del arte de hablar por hablar, aprendí algo del oficio.

— ¿Y pagas al maestro huyendo de su lado, dejando su casa, renegando de su poder?

— Gorgias es tan loco, si bien más ameno, como tú. No se puede vivir junto á semejante hombre. Todo lo prueba; y eso aturde, cansa. El que *demuestra* toda la vida, la deja hueca. Saber el por qué de todo es quedarse con la geometría de las cosas y sin la substancia de nada. Reducir el mundo á una ecuación es dejarlo sin pies ni

cabeza. Mira, vete, porque puedo estar diciendo cosas así setenta días con setenta noches: recuerda que soy el gallo de Gorgias, el sofista.

— Bueno, pues por sofista, por sacrílego y porque Zeus lo quiere, vas á morir. ¡Date!

— ¡Nones! No ha nacido el idealista de segunda mesa que me ponga la mano encima. Pero, ¿á qué viene esto? ¿Qué crueldad es ésta? ¿Por qué me persigues?

— Porque Sócrates al morir me encargó que sacrificara un gallo á Esculapio, en acción de gracias porque le daba la salud verdadera, librándole por la muerte, de todos los males.

— ¿Dijo Sócrates todo eso?

— No; dijo que debíamos un gallo á Esculapio.

— De modo que lo demás te lo figuras tú.

— ¿Y qué otro sentido pueden tener esas palabras?

— El más benéfico. El que no cueste sangre ni cueste errores. Matarme á mí para contentar á un dios, en que Sócrates no creía, es ofender á Sócrates, insultar á los Dioses verdaderos . . . y hacerme á mí, que existo, y soy inocente, un daño inconmensurable; pues no sabemos ni todo el dolor ni todo el perjuicio que puede haber en la misteriosa muerte.

— Pues Sócrates y Zeus quieren tu sacrificio.

— Repara que Sócrates habló con ironía, con la ironía serena y sin hiel del genio. Su alma grande podía, sin peligro, divertirse con el juego sublime de imaginar harmónicos la razón y los ensueños populares. Sócrates, y todos los creadores de vida nueva espiritual, hablan por símbolos, son retóricos, cuando, *familiarizados* con el misterio, respetando en él lo inefable, le dan figura poética en formas. El amor divino de lo absoluto tiene ese modo de besar su alma. Pero, repara cuando dejan este juego sublime, y

dan lecciones al mundo, cuán austeras, lacónicas, desligadas de toda inútil imagen son sus máximas y sus preceptos de moral.

— Gallo de Gorgias, calla y muere.

— Discípulo indigno, vete y calla; calla siempre.

Eres indigno de los de tu ralea. Todos iguales. Discípulos del genio, testigos sordos y ciegos del sublime soliloquio de una conciencia superior; por ilusión suya y vuestra, creéis inmortalizar el perfume de su alma, cuando embalsamáis con drogas y por recetas su doctrina. Hacéis del muerto una momia para tener un ídolo. Petrificáis la idea, y el sutil pensamiento lo utilizáis como filo que hace correr la sangre. Sí; eres símbolo de la triste humanidad sectaria. De las últimas palabras de un santo y de un sabio sacas por primera consecuencia la sangre de un gallo. Si Sócrates hubiera nacido para confirmar las supersticiones de su pueblo, ni hubiera muerto por lo que murió, ni hubiera sido el santo de la filosofía. Sócrates no creía en Esculapio, ni era capaz de matar una mosca, y menos un gallo, por seguirle el humor al vulgo.

— Yo á las palabras me atengo. Date . . . Critón buscó una piedra, apuntó á la cabeza, y de la cresta del gallo salió la sangre . . .

El gallo de Gorgias *perdió el sentido*, y al caer cantó por el aire, diciendo:

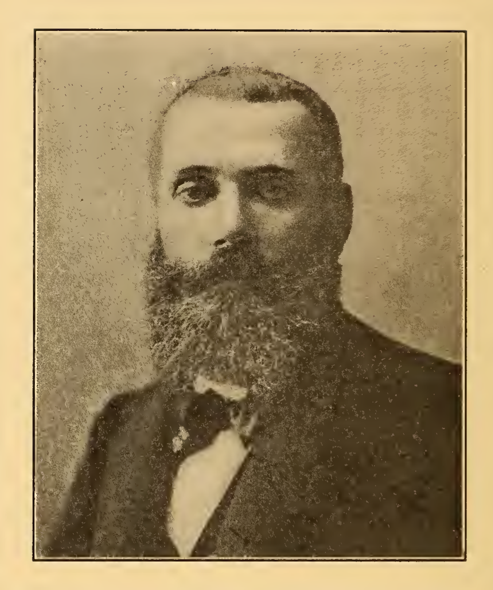
— ¡Quiquiriquí! Cúmplase el destino; hágase en mí según la voluntad de los imbéciles.

Por la frente de jaspe de Palas Atenea resbalaba la sangre del gallo.

LEOPOLDO ALAS.

LLOVIENDO

ARMANDO PALACIO VALDÉS



Armando Palacio Valdés

ARMANDO PALACIO VALDÉS

Nació en Entralgo (Asturias) el día 4 de Octubre del año 1853, obtuvo en Oviedo la segunda enseñanza y cursó en Madrid con gran aplicación la carrera de Derecho. Fué durante tres años redactor en jefe de la *Revista Europea*, y ejerció con acierto la crítica literaria. Después se dedicó á escribir novelas, y ésta ha sido desde entonces su más frecuente ocupación.

Es uno de los más fecundos y mejores novelistas de España. Al profundo conocimiento de la sociedad que le sirve de modelo para sus novelas, une un gran talento, una imaginación poderosa, un feliz equilibrio en sus facultades de percepción y de expresión, y una esmerada cultura científica, literaria y social.

Posee y ejercita discretamente el humorismo de nuestros grandes clásicos, más abundante en sal española que en exótica ironía, y revela siempre en sus obras una agradable y simpática hombría de bien.

Es largo ya el catálogo de sus novelas, todas escritas con primor y naturalidad, distinguiéndose entre ellas *Riverita*, *Maximina*, *La aldea perdida* (de asunto épico y bucólico muy original), *El cuarto poder*, *La hermana de San Sulpicio* y *La alegría del Capitán Ribot*.

Publicó además con el título de *Aguas fuertes* un precioso tomo de cuentos y narraciones cortas, del cual está tomada la que sigue á las presentes líneas.

El público inglés y el norteamericano tienen gran predilección por la lectura de las novelas de este autor. No bien se publica una de ellas en castellano cuando aparece la edición inglesa de la misma, casi siempre traducida con notable corrección y esmero.

Á veces en la América latina, donde no suele ser muy frecuente y activo el comercio literario con la madre patria, leemos en inglés las obras de este ingenio antes que en nuestro propio idioma. También han sido traducidas muchas de ellas al francés, al holandés y al alemán.

LLOVIENDO

Cuando salí de casa recibí la desagradable sorpresa de ver que estaba lloviendo. Había dejado al sol pavoneándose en el azul del cielo, envolviendo á la ciudad en una

esplendorosa caricia de padre . . . —¡Quién había de sospechar! . . .

En un instante desgarraron mi alma muchedumbre de ideas extrañas; la duda se alojó en mi espíritu atormentado.

¿Subiría por el paraguas? En aquella sazón mi paraguas ocupaba una de las más altas posiciones de Madrid: se encontraba en un piso tercero, con entresuelo y primero. Arranquémosle la careta: era un piso quinto.

Las escaleras me fatigan casi tanto como los dramas históricos; á veces prefiero escuchar una producción de Catalina ó Sánchez de Castro, con reyes visigodos y todo, á subir á un cuarto segundo. Me hallaba en una de estas ocasiones. La verdad es que llovía sin gran aparato, pero de un modo respetable. Los transeuntes pasaban ligeros por delante de mí, bien guarecidos debajo de sus paraguas. Alguno que no le llevaba, vino á buscar techo á mi lado. Todavía aguardé unos instantes presa de horrible incertidumbre. Dí algunos paseos en el portal y eché todos los cálculos que un hombre serio tiene el deber de echar en tales ocasiones. De un lado, del lado de la calle, la consiguiente mojadura; del lado de la escalera, la fatiga consiguiente. Por otra parte, los amigos estarían ya reunidos en el café despellejando á alguno, ¡tal vez á mí! Además, el café, según los datos que me ha suministrado una persona muy versada en estas cosas, debe tomarse inmediatamente (cuidado con ello), *inmediatamente* después de las comidas. Al fin adopté una resolución violentísima. Me remangué los pantalones y salí á la calle.

¡Pues qué! Yo, que he aguantado sin pestañear noches enteras todas las leyendas de la Edad-Media que el Sr. Velarde y otros ilustres mosquitos líricos de su misma

familia han dejado caer desde la tribuna del Ateneo, ¿flaquearía ahora ante unas miserables gotas de aguas? No en mis días: si la faz no ha empalidecido, si el corazón no ha temblado ante ningún poeta legendario, por cruel que se haya mostrado, las alteraciones atmosféricas no prevalecerán contra mi heroísmo.

En esta admirable disposición de espíritu atravesé casi toda la calle del Arenal. Sin embargo, no quiero ser hipócrita: declaro que fuí todo el tiempo pegado á las casas, con lo cual evité que me cayese una tercera parte de agua de la que por clasificación me correspondía. Antes de llegar á la Puerta del Sol eché una mirada al cielo, mirada escrutadora que me hizo ver sombra arriba y sombra abajo. Esta mirada dió por resultado además el que tropezase con un guardia municipal, que me preguntó con severidad dónde tenía los ojos; yo, lleno de respeto y sumisión hacia el poder ejecutivo, le contesté, procurando ablandar su corazón con una sonrisa: — Donde usted guste. — La verdad es que estuve demasiado humilde, casi rastrero, porque el guardia no llevaba la acera, ¡pero la idea de la Prevención ejerce tal ascendiente sobre mí! . . . Me contenté con volverme y echarle una mirada terrible, que cayó sobre su capote de hule y resbaló por encima como el agua resbalaba en aquel instante. Las nubes no cejaban. La lluvia, en vez de ir disminuyendo gradualmente, para satisfacer el ideal de todo el que, como yo, no llevase paraguas, gradualmente iba aumentando. Al entrar en la Puerta del Sol, cruzaba muy poca gente; algunos carruajes, cuyos aurigas parecían envoltorios de paño pardo; algunas mujeres remangando con la coquetería que permitían las circunstancias, sus blancas enaguas, y dejando ver esbozos de pies fantásticos y perfiles de pantorrillas reales. Pero en aquel momento

yo me preocupaba más de mis pantorillas que de las ajenas, como era, después de todo, mi deber. El agua y el barro me salpicaban hasta las narices; los canalones vomitaban en las aceras torrentes, que procuraba salvar apelando á mis recuerdos gimnásticos.

Poco á poco, de un modo insidioso y solapado, tendiéndome sus redes en silencio y asegurando sus pasos con cautela, fué penetrando en mi corazón el temor del reumatismo. En el espacio que media entre la calle del Arenal y la del Carmen, casi se enseñoreó de él por completo. Sombrías perspectivas de fiebres catarrales, dolores en las articulaciones y fricciones de aguardiente alcanforado se ofrecieron ante mi vista, y con la visión intensa y terrible del alucinado, me ví metido en unos calzoncillos de bayeta amarilla.

Y temblé. Y eché una cobarde mirada en torno buscando un *simón* vacío. Los pocos que pasaban iban alquilados. Pero aun quedaban los portales. ¡Ah, los portales! Los portales me parecían un recurso de mala ley, indigno de ser tomado en consideración por el momento. Para estar metido en un portal viendo caer la lluvia, más valía haberme quedado en casa. Además, los portales estaban llenos de canalla, vagos de profesión, aventureros de la calle, gente sin hogar y sin paraguas. ¡Quién va á exponerse á que le roben el reloj ó le secuestren!

Esto lo pensaba al cruzar por la calle del Carmen. Pues bien, al cruzar por delante de la de la Montera, ya pensaba otra cosa. Y es que las ideas del hombre se van modificando insensiblemente al través de la existencia; las convicciones más profundas se desarraigan de nuestro espíritu cuando menos lo esperamos, la antigua fe deja paso á la nueva, y el entusiasmo se enfría y se calienta incesantemente durante nuestra peregrinación por la

tierra. Cogidos de la mano, con fuego en el corazón, alta la frente y la pupila clavada en lo porvenir, hemos partido muchos para recorrer los campos de la política; á los pocos pasos, ya se ha desprendido uno, á quien el temor ó la utilidad han solicitado; más allá otro; más allá otro: al poco tiempo la caravana se ha disuelto, y cada cual corre á refugiarse donde más le conviene. Esta es la vida. Una verdad innegable he sacado, no obstante, de su experiencia, y es que cuando llueve todo el mundo se cobija.

Yo también claudiqué en aquella ocasión refugiándome en un portal, aunque con circunstancias atenuantes, pues era el de una fotografía. Las paredes estaban cubiertas de retratos: señoras bonitas, haciendo resaltar sus gracias con actitudes lánguidas, dirigiendo una sonrisa insinuante á todos los *timadores* y fosforeros que se paraban á contemplarlas; varones con los ojos estáticos, en muda y eterna admiración de algo que nadie sabe. Algunos caballeros estaban disfrazados: había uno vestido de fraile haciendo oración entre las malezas de una sierra, con su calavera y todo al lado. Me dijeron que era un muchacho de la nobleza que había renunciado al mundo por desengaños de amor. Bien se le conocía al pobre, á pesar de su vestimenta eremítica, que había tirado muchos tiros al pichón. Había otro con traje de doctor, con las cejas fruncidas y la frente arrugada, como si tuviese agobiados los sesos bajo la pesadumbre de tanta jurisprudencia. Tenía un birrete en la mano y otro sobre la mesa, quizás para el caso de que se inutilizase el primero.

Seguía cayendo agua copiosamente. El cielo mostraba la faz severa, aunque tornadiza; algunas nubes grandes y oscuras rodaban sobre los edificios de la Puerta del Sol, desahogándose un poco de su peso; cruzaban con harta

prisa para no presumir que pronto vendría un claro que permitiera escaparse.

Los poquísimos carruajes que pasaban vacíos eran asaltados rabiosamente por los proscriptos de los portales, quedándose con ellos, como sucede en todo lo demás, los más osados.

Al fin, en cierto paraje del espacio se divisó un agujerito azul: por aquel agujerito pasó tembloroso, y como avergonzado, un rayo de sol empapado todavía en agua, que fué á chocar en los cristales de los blancos más altos del hotel de la Paz. Al poco rato se divisó otro, algo más allá, y ambos se comunicaron pronto por medio de una extensa raya, azul también. Pero la lluvia no cesaba. Delante de nosotros empezó á funcionar una manga de riego. ¿Por qué salen á relucir las mangas de riego cuando llueve? No pretendamos averiguarlo. Hay más misterios en el cielo y en el Municipio de los que puede soñar la filosofía.

El sol hizo surgir los colores del iris en el chorro de agua que caía como un espléndido penacho sobre la calle: el empleado municipal lo sacudía sin curarse de su belleza, haciéndole servir á los fines prosáicos de la policía urbana: mas el chorro salía altivo y alegre de la manga y se esparcía en el aire, cayendo en lluvia de plata unas veces, otras en lluvia de cristal y otras de fuego. El rumor que producía al azotar el pavimento, era dulce y gozoso. Yo y un perro de Terranova (me coloco el primero para no dar armas á los frenópatas del Ateneo), fuimos los únicos que supimos apreciar su hermosura. El perro, más exaltado ó con menos miedo al ridículo, se lanzó á la calle expresando su entusiasmo por medio de ladridos y saltos prodigiosos, ahora parándose bajo el chorro y dejándose bañar, ahora brincando sobre él, ahora dando un millón de volteretas y haciendo cómicas contorsiones, sin cesar

nunca de exhalar el frenesí de su entusiasmo en ladridos más ó menos correctos é inspirados, que de esto no entiendo. Me parece, no obstante, que había más sinceridad en ellos que en el soneto del Sr. Grilo á las cataratas del río Piedra, aunque, por supuesto, mucha menos fantasía.

La lluvia no cesaba. Con todo, se fué debilitando de tal modo, que ni para la salud ni para el sombrero había gran peligro en salir y llegar hasta Fornos. Así quise realizarlo, y desde luego me fuí pegadito á los edificios, observando cómo rápidamente el cielo se despejaba y la lluvia se enrarecía. Todavía continuaba mucha gente en los portales. Al llegar al del Ministro de Hacienda, un brazo de mujer se interpuso en mi camino, y una manecita blanca y hermosa trató de averiguar si aun llovía. Era una mano fina, correcta, aristocrática, con graciosas y leves rayas azules; además, aun no estaba ajada, á juzgar por su color sonrosado y por la frescura é inocencia que se adivinaba en sus movimientos resueltos; la muñeca estaba aprisionada por un sencillo brazalete de oro; en los dedos brillaban algunas sortijas. Ahora bien, ¿qué hubieran hecho ustedes si se les colocase delante del rostro, á dos dedos de la boca, una mano semejante? Besarla, estoy seguro. Pues eso es cabalmente lo que yo hice: besarla y escaparme riendo sin echar siquiera una mirada á su dueño. Detrás de mí oí gran algazara y muchas carcajadas femeninas, por lo cual comprendí que se me perdonaba de buen grado la audacia. Llegué al café sano y salvo y de un humor excelente. Pero estuve un poco inquieto toda la tarde. ¡Los nervios, sin duda, los nervios!

Armando Palacio Valdés.

EL NIETO

JACINTO OCTAVIO PICÓN



Jacinto Octavio Picón

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Nació en Madrid, en el año de 1853, recibió una esmerada educación literaria y artística y se graduó de Licenciado en Derecho en la Universidad Central.

Ejerció la crítica literaria y de artes con cierta severidad, pero con gran nobleza de espíritu. Además de los muchos trabajos de este género que publicó en periódicos y revistas, escribió un estudio muy juicioso y original sobre el arte de la caricatura en España, y una obra maestra acerca del gran pintor español *Velázquez.*

Cultivó también con buen éxito la novela, como lo demuestran las tituladas *Lázaro, La hijastra del amor, Juan Vulgar, La honrada, El Enemigo* y *Dulce y sabrosa.* Estas dos últimas, principalmente, alcanzaron en España y en el extranjero merecida celebridad. Escribió también algunos preciosos libros de cuentos, de uno de los cuales fué tomado el que sigue á estos breves apuntes.

Picón es no solamente un escritor elegante y cultísimo, sino un pensador muy juicioso y un propagador de ideas generosas y dignas de su época. Su estilo es claro, flúido, enérgico y elegante. Figura en el número de los mejores hablistas castellanos.

Hace años que es individuo de número de la Real Academia Española.

EL NIETO

El general don León Bravo de la Brecha y Pérez Esforzado, décimo cuarto conde de la Algarada de Lucena, primer marqués de Durobando, noble hasta la médula de los huesos, senador por derecho propio, modelo de caballeros, carácter de acero y corazón de oro, feo de rostro y hermosísimo de alma, era hombre que haciéndose querer inspiraba respeto, mas en tal grado religioso, autoritario y linajudo, en una palabra, tan montado á la antigua que parecía la viva encarnación de todos aquellos ideales que cumplida su misión en la vida, van quedando honrosa-

mente almacenados en la historia por la inflexible mano del tiempo.

Á bueno nadie le ganaba, á severo le aventajaban pocos, y en punto á reaccionario no había quien le igualase. Fué feliz durante casi toda su vida, porque la Fortuna le halagó propicia, siendo para él en la juventud novia cariñosa, en la edad viril mujer amante, y luego sumisa compañera; únicamente en la vejez, cuando creía tenerla más sujeta, comenzó á mostrársele rebelde, como hembra cansada de ser fiel mucho tiempo.

El general veía con pena que cuanto amparó con su prestigio y cuanto defendió con su espada se iba desmoronando. La fe se bastardeaba convirtiéndose en devoción superficial y mundana; las clases sociales se fundían derretidas por la fiebre del oro; el principio de autoridad cedía en vez de resistir; todo lo que él consideró esclarecido y alto tendía á oscurecerse y caer, todo lo vil y bajo á brillar y subir; lo poco antes calificado de utopia era casi realidad, los sueños se hacían tangibles y á las amenazas se respondía con reformas; lo que en su mocedad se dominaba á tiros, ahora se arreglaba con fórmulas.

Su mayor pena, su disgusto más hondo consistía en ver á su propio hijo participar de las ideas nuevas y sentarse como diputado en los bancos de una minoría liberal apoyando las que él llamaba soluciones avanzadas, y al pobre viejo le parecían herejías contra lo más santo y ataques á lo más respetable.

Por mucho que cavilase, no se daba cuenta de cómo aquel hijo, educado por padres escolapios, había salido volteriano, hasta votar la tolerancia religiosa é importarle un bledo que el Papa estuviese cautivo. Cuando le oía afirmar que era monárquico y en seguida que la idea de

Patria no es consustancial con la monarquía, se le llevaban los demonios, y finalmente á punto estuvo de desheredarle sabiendo que durante las elecciones asistió á una reunión de distrito donde solicitó el voto de los descamisados. Mas como todo está compensado en la vida, la amargura ocasionada por aquellas ideas del hijo tenía contrapeso y hasta recompensa en lo que prometía el nieto.

Siete años acababa de cumplir Pepito, y por sus tendencias dominadoras, por su carácter resuelto y su geniecillo voluntarioso indicaba que había de parecerse, no á su padre, sino á su abuelo. El general experimentaba impulsos de ternura, nunca sentidos, escuchando referir ó presenciando y oyendo rasgos y respuestas del chico, que no pasaban de meras insolencias infantiles y que á él se le antojaban claros indicios de ideas sanas, principios severos y voluntad enérgica.

Pepito era indudablemente á sus ojos un caso notabilísimo de atavismo.

Los procedimientos de fuerza le encantaban. En vez de pedir merienda la cogía del aparador: espíritu de conquista, decía el general. Agradábale sobre manera ir limpio, bien vestido y majo: gustos aristocráticos, pensaba el buen señor. Una vez en la calle, viendo reñir á dos muchachos, y caer debajo el más débil, se arrojó á su defensa: clara muestra de comprender la misión de su nobleza. Finalmente, un día en una tienda donde su madre regateaba unos juguetes, Pepito llamó ladrón al comerciante: horror al mercantilismo imaginó el abuelo.

Para que tan brillantes disposiciones y facultades no se debilitaran ni maleasen en la viciosa confusión de un colegio ni al contacto de malas compañías, el general, desconfiando del criterio y carácter de su propio hijo, resolvió encargarse de la educación del chico: y no pusieron

los reyes de Francia más cuidado en buscar maestro á un Delfín que puso él para admitir preceptor á su gusto.

Tras muchas cavilaciones, previos respetables informes y seguro de sus buenos antecedentes, recayó la elección en un capellán profundamente religioso, de intachable moralidad y lo bastante conocedor del mundo para dirigir los primeros pasos de un niño á quien su linaje y fortuna tenían reservado puesto seguro y distinguido en el banquete de la vida.

Quiero — le dijo el general — que sea hombre de bien, capaz de grandes cosas, enemigo de las pequeñas . . . y aunque no ha de cantar misa, ni hace falta que se coma los santos, muy religioso. Nada de beaterías; espíritu religioso, temor de Dios y amor al prójimo. ¡Cristiano de verdad! ¡En fin, que sea todo un hombre!

El capellán — nadie le llamaba por su nombre en la casa — era lo que se decía hace cincuenta años un buen maestro: tal vez algo duro; más amigo de hacerse temer que estimar; antes partidario de enseñar lo que sabía que de inspirar amor al estudio; con ideas fijas vaciadas en la antigua turquesa donde se fundió la sociedad de nuestros abuelos; seguro de lo que tenía por bueno; irreconciliable con lo que juzgaba malo; ilustrado, pero intransigente, bueno, pero fanático.

Pepito aprendió de sus labios algunas cosas que son verdades eternas; otras que en su tiempo lo fueron, y muchas que no lo han sido nunca; mas todas, al parecer, sujetas y enlazadas por maravilloso espíritu de unidad. Adaptándose á la tierna imaginación propia de la edad del niño, hízole considerar la ciencia como trabajo humano que pugna por acercarse á lo divino; el arte como emanación y resplendor de lo bueno; la historia como inmenso campo al través del cual marchan las razas guiadas por

Dios á su destino; y la vida como valle de amarguras en que para las más acerbas lágrimas y los más intensos dolores hay consuelo cuando, poniendo el pensamiento en lo alto, quieren ser caritativo el poderoso, agradecido el miserable, sensible el fuerte, humilde el débil, y todos esperanzados en la justicia del Señor.

Poca era la edad del niño, mas tales la inteligencia y la claridad con que se expresaba el capellán, que el discípulo prometía honrar al maestro. Varias veces examinó el general á Pepito; en más de una ocasión le hizo preguntas, al parecer inocentes, en realidad encaminadas á ver el cauce por donde iban sus inclinaciones; y siempre quedó, aparte pasión de abuelo, que es padre doble, maravillado del instinto con que se asimilaba cuanto trascendiese á hombría de bien y sentimiento de justicia.

— ¿Qué aguinaldo quieres, monín? — le dijo pocos días antes de Navidad.

— Un nacimiento — repuso el chico.

Su abuelo fué con él á Santa Cruz, le dejó escoger cuanto quiso, pagó contento, quedó el niño gozoso, y dos criados trajeron á casa el peñasco lugar de la sagrada escena y la banasta llena de figuras de barro que habían de representarla.

Al día siguiente, gracias á la febril actividad del niño y mediante algunos consejos del capellán para que pusiese cada personaje en su sitio, quedó el nacimiento colocado sobre una gran mesa en el cuarto de estudio. Nunca vieron ojos de muchachos cosa tan bonita. ¡Qué *propio* estaba!

El peñasco, que tenía más de dos varas en cuadro, figuraba una serie de cerros hechos con corcho y cartón piedra, dispuestos en caprichosos declives con las cimas cubiertas de nieves, y en la parte baja serpeados por un

arroyuelo de agua verdadera que venía á morir en un estanque con surtidor de hoja de lata. En un picacho estaba el depósito, y para ocultarlo veíase agrupado en torno del monte el caserío de cartón que fingía ser la ciudad de Belén, sobre cuyos minaretes de cartulina ondeaba la bandera española. Por unos vericuetos en que el vidrio molido hacía papel de escarcha, venían en sendos camellos sus reales majestades Gaspar, Melchor y Baltasar, seguidos de abigarrada servidumbre; al borde del arroyo había un grupo de lavanderas; en un altillo, junto á la hoguera de talco en que se freían las migas, los pastores apacentaban las ovejas de patitas de alambre, mientras los pavos de abermellonada cabeza y peana verdosa destacaban sobre el musgo aterciopelado y húmedo. De entre un macizo de follaje salía una pareja de guardia civil, cuyos tricornios enfundados de blanco casi llegaban al campanario de una torre, y en la fachada de un ventorrillo de cartón se leía la palabra *vino*. El portal de Belén era grandiosa fábrica greco-romana de corcho con sus columnas estriadas: dentro estaba el pesebre guarnecido de verdadera paja y sobre ella el Niño Jesús enteramente desnudo y boca arriba, á sus lados el buey y la mula esculpidos con rigidez hierática, y delante, colocados en adoración, San José con traje amarillo, y la Virgen con manto más brillante y rojo que un pimiento, ambas cabezas coronadas por descomunales resplendores en que se habían derrochado panes de oro.

Pastores con pellicas de algodón en rama bailaban ante la Sagrada Familia, en tanto que otros rendían al suelo la carga de sus ofrendas, y del centro del frontón pendía la estrella de rabo, casi de tamaño natural, tan cuajada de ángulos y facetas que era maravilla de los ojos. Luego, por todas partes ciñéndolo y adornándolo todo, ramas

de palmera, de espino, de abeto, de tomillo, de tuya, de romero, grandes trozos de musgo y un sinnúmero de velitas y candelas amarillas, rojas, blancas y verdes, de cuyas llamas se desprendía un humo tenue y vaporoso, que envolvía el conjunto en una neblina misteriosa y poética . . .

Cuando el general vió el nacimiento, faltó poco para que cogiese un rabel: si no lo hizo fué porque no quedará mal parado el principio de autoridad.

Á la tarde siguiente, Pepito salió de paseo con su madre. Cuando volvían oyó llorar en el patio á uno de los chicos del portero y preguntó la causa.

— Envidia, nada más que envidia . . . señora — dijo dirigiéndose á su ama el criado adulador: — mis chicos han visto subir el nacimiento y se han emberrenchinado en que les compre muñecos.

La dama, sin hacer caso, subió lentamente la escalera y Pepito la siguió en silencio, con la cabecita baja y las manitas á la espalda, sintiendo cosas que no podía comprender, como un filósofo chiquitín.

De pronto, al llegar al recibimiento, echó á correr hacia su cuarto, y pocos momentos después bajó al portal por la escalera de servicio, llevando una cesta cuyo contenido ocultaba cuidadosamente.

Á la noche, terminada la comida, el general quiso ver de nuevo el nacimiento por gozar con la alegría del niño.

La decepción fué horrible. El nacimiento estaba encendido; pero á pesar de las luces, triste y despoblado. Parecía que los muñecos de barro habían huido al sentirle llegar: faltaban más de la mitad. Los reyes magos reducidos á dos; la pareja de civiles, un número; la mula del pesebre, ausente, los borregos, pastores y zagalas, en cuadro; el caserío de Belén, medio derribado para arrancar

algunas fincas, y ¡oh cosa inverosímil! San José permanecía junto á su divino hijo. mas la Virgen había desaparecido.

— ¡¡Pepito!! ¿Qué ha pasado aquí? — gritó enojado el abuelo.

El niño se presentó cabizbajo, pero sin miedo; no muy contento, pero sereno.

— ¿Qué es esto? ¿Has roto ya todo lo que falta? ¿Es ese el aprecio que has hecho? . . .

— No he roto nada — repuso Pepito. — Los chicos de abajo lloraban mucho por que no tenían nacimiento . . . y les he dado la mitad. ¿No me están diciendo á todas horas y en todas las lecciones que todos somos hijos de Dios, y que Dios da á los ricos para que den á los pobres? Pues ya está hecho . . . aunque no me compres más.

El general cogió á su nieto, alzándolo hasta sí, le dió no un beso sino un abrazo, como si fuese un hombre, y salió del cuarto juntamente enternecido y pesaroso.

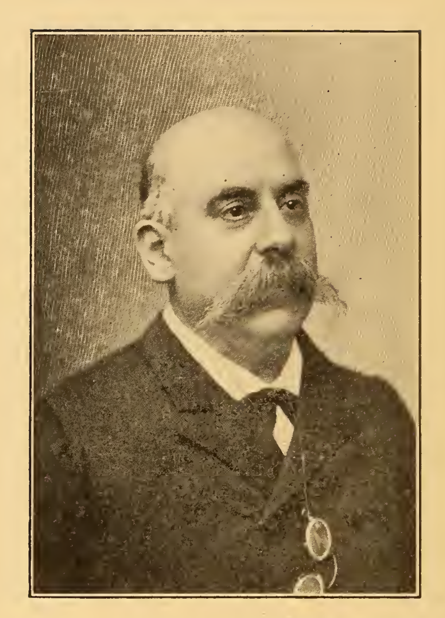
— ¿Qué tiene usted? — le preguntó su hijo al verle entrar en el despacho con los ojos llorosos.

— Tengo . . . tengo que tú me has salido liberal y, á pesar de los pesares . . . tu chico me ha salido socialista.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

ESTUDIO SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

EMILIO CASTELAR



Emilio Castelar

EMILIO CASTELAR

Fué el más brillante y magnífico de los oradores españoles, en la época en que la elocuencia llegó en España á su admirable apogeo.

Nació en Cádiz (España), en el año 1832. Fué abogado, publicista, diputado á Cortes, Catedrático de la Universidad Central de Madrid, Académico de la Lengua, y Jefe del Gobierno republicano en 1873. Tomó parte muy activa en la Revolución española de 1868, y ejerció gran influencia en favor de las ideas democráticas, de las que fué ardiente propagador. Escribió libros muy celebrados sobre historia, literatura, viajes, política, etc.; produjo novelas de varios géneros, como *El Suspiro del Moro*, épica; *La Hermana de la Caridad*, sentimental; *Fra Filipo Lippi*, histórica y de estudio del Renacimiento en Italia, y en todas dejó rasgos luminosos de su elocuencia y de su genio extraordinario· pero su mayor fama la debió á sus condiciones inimitables de orador.

El precioso estudio que sigue á las presentes líneas forma parte de la introducción á la *Historia del Descubrimiento de América*, grandioso asunto acerca del cual trataba el insigne tribuno de dar una serie de Conferencias en la Exposición Universal de Chicago, hecha en celebración de aquel memorable suceso.

Castelar falleció el 25 de Mayo de 1899.

ESTUDIO SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA[1]

NADA más propio del artista y del poeta que requerir la originalidad; nada más impropio del historiador y del político. Sugestiones y hechuras de genial inspiración, las obras artísticas y poéticas ostentan el sello indeleble

[1] Por sus largas dimensiones y aun por la majestad científica del asunto de que trata, he vacilado en unir este trabajo á los que forman el presente volumen, escogidos entre los de más amena y sencilla forma; pero tratándose de un libro dedicado á la juventud americana, creo que no debe prescindirse en él de una tan magnífica muestra de la oratoria de Castelar, el gran apologista de las grandezas americanas, que tiene en el Nuevo Mundo tan entusiastas y legítimos admiradores. Trátase, además, de un estudio sobre América, hecho por el gran orador con el propósito de desarrollarlo

de una sola personalidad, la cual surge sin predecesores casi del suelo al Olimpo, y está condenada por su nativa grandeza en el tiempo á no tener herederos, conforme ha sucedido con Shakespeare y con Cervantes. Pero, ajenas á la voluntad individual y á nuestro íntimo albedrío las humanas sociedades, y su forma el Estado, parecen como una obra secular de las estudiadas por el geólogo en los espacios terrestres; y más ajenas aún las edades que se han sucedido en el transcurso de los tiempos, el estadista, y sobre todo el historiador, deben atenerse á la realidad objetiva y no á la subjetiva creencia ó idea.

Sin embargo, fenómeno frecuentísimo en historia y en política la sustitución del pensamiento individual á las grandes objetividades, que han surgido en el tiempo y en el espacio, tan fuera y tan lejos y tan aparte de nuestra voluntad y de nuestro pensamiento, como el suelo en que nacemos ó el aire que respiramos. ¡Cuántas veces un historiador se pone á disertar sobre lo que hubiera pasado en el mundo á no morir de muerte violentísima César, dadas las maravillas de sus proyectos, y sobre la inoportunidad con que llegaron al Imperio romano las tribus del Norte, cuando aceptara el cristianismo en Bizancio Constantino y rehiciera la cultura helénica el poeta y filósofo alejandrino con diadema que se llamó Juliano! La intuición puede llenar con las urdimbres relucientes y multicolores de sus ensueños y fantasías el mundo real; pero la observación y la experiencia, predominantes en los estudios históricos y sociales, deben atenerse á la verdad.

en varias Conferencias que pensaba ofrecer en su proyectado viaje, como tributo de admiración á esta gloriosa parte del Planeta.

Creo también que puede ser útil á los alumnos de altos grados escolares, para el estudio de la elocuencia artística y brillante, y para el análisis de palabras, frases, giros y bellas figuras de dicción y de pensamiento, que tanto abundan en las mejores obras de este orador maravilloso.

Por no verla en sí, hay algunos historiadores hispanos que inscriben muy graves entre las desgracias patrias el descubrimiento de América, juzgándolo agotador de nuestra raza, como hay algunos escritores americanos que maldicen muy serios la llegada de nuestra nación allí, especie de serpiente metida en el edén primitivo sin mancha, donde vivían inocentes y tranquilos, en casta desnudez y perdurable ociosidad, sus padres sin pecado. Yo seré un poco á lo Bossuet en mis miramientos con la Providencia de Dios, ó un mucho á lo Hegel en mis convicciones de que la idea humana, el conjunto de ideas humanas, constitutivo de la civilización terrestre, se determina en series lógicas por medio de un movimiento dialéctico interno, ajeno en absoluto á nuestra voluntad individual, y tan encadenado en sus nexos invisibles, que no puede ni quitarse, ni añadirse un hecho capital, producto del tiempo eterno, cuya virtud, así como transforma esas masas ígneas á que llaman soles en habitables tierras, concreta los hechos más singulares en sistema con otros inacabables hechos, consiguientes al primero, su generador, los cuales llegan á formar en las líneas del espacio y en las horas del tiempo una edad histórica de incontestada evidencia.

Nosotros no pudimos menos que descubrir América; y América no pudo menos que ser descubierta por nosotros en el plan providencial ó lógico de la humana historia. ¿Cuál civilización, cuál de las conocidas, una vez al cenit llegada, dejó de tener la expansión que tuvo la cultura española en el siglo décimoquinto? Los arios, nacidos sobre la meseta central del Asia, llegaron, á impulsos del movimiento expansivo, de un lado, hasta la desembocadura del Ganges, y de otro lado, hasta la desembocadura del Eufrates; los egipcios ascendieron desde las bocas del Nilo á las arenas de Libia y Etiopía; los caldeos

entraron en la Bactriana por Oriente, la Bactriana, techo del mundo, y en Jerusalén por Occidente, Jerusalén, santuario de la metafísica religiosa; en cuanto Tiro tuvo los cedros del bíblico Líbano flotando en el Mediterráneo bajo sus pies y en sus manos la letra del revelador alfabeto, abordó á Cartago y á Gades, señoreó la costa meridional del Mediterráneo y circunvaló el África; la civilización helénica no podía quedarse á la sombra del armonioso Partenón, oyendo el dúo compuesto por el Cefiso y el Alfeo bajo su bóveda de laureles; tuvo que volver al Asia, de donde había venido, y que llegar en sus expansiones á Cachemira por los bosques indios, y á las Pirámides por el desierto africano; la civilización latina concibió la idea universal del derecho civil, no para ella misma, para el mundo entero, y así necesitó conquistarlo primero y esclarecerlo después; la civilización católica no se redujo á Europa, en cuanto rebasara su infancia, como no podía la civilización mongola por su parte, así que constituyó su Estado, reducirse á Tartaria, y por ello, mientras los turcos bajaban en sus irrupciones al Bósforo, subían los cristianos en sus cruzadas á Siria; como la cultura española, tan espléndida, no podía quedar encerrada entre los Pirineos y la desembocadura del Tajo y del Estrecho, necesitó extenderse, y para extenderse, mientras Portugal encontraba las perdidas Indias, nosotros evocábamos entre los dos Océanos América, en la hora providencial en que la conciencia se renovaba por la revolución religiosa, el pensamiento se redimía y se multiplicaba por medio de la prensa, y el Arte revivía y la Historia se completaba en el Renacimiento. Ministros de Dios y servidores de la humanidad fueron, pues, los marinos hispanos que hallaron el Nuevo Mundo en la soledad de los mares.

Para ver cómo las fuerzas naturales y las fuerzas hu-

manas concurren á estas grandes obras históricas, no hay sino estudiar la repetición de los mismos hechos en tiempos entre sí apartados y en pueblos entre sí diferentes. El curso de la civilización se relaciona con el curso de las aguas. En las riberas, como los faros, los ideales. El curso de los ríos coincide con el movimiento de las almas. Los brahmanes del Indo, los magos del Tigris, los profetas del Jordán, los sacerdotes del Nilo, los filósofos del Pireo, nos dicen cómo las civilizaciones se dilatan por costas y riberas. Puede asegurarse que la civilización ha sido primero fluvial, después mediterránea, y por último interoceánica. La tierra por Dios á este fin apercibida; la que debía transformar en interoceánica la civilización encerrada desde los tiempos fenicios hasta el siglo décimoquinto en el Mediterráneo, era la península que tiene sobre las costas mediterráneas, Barcelona y Valencia, y Cartagena y Málaga, como sobre las costas oceánicas Lisboa y Huelva y Cádiz, y hasta cierto punto Sevilla. Tal como estaba el descubrimiento de América en la serie natural de los hechos históricos, no hay más que saludarlo con toda la efusión de nuestras almas sin volver los ojos á tesis tan baldía como la incomprensible tesis de si hubiese sido mejor no descubrirla ni civilizarla por medio de aquel nuestro singular y titánico esfuerzo, el cual parecía movido por los egoísmos de raza y resultó en procomún de la civilización universal. Aunque América no hubiese otra cosa hecho que renovar la vida, bienaventurada su presencia entre los viejos continentes y su arribo providencial á la común cultura cristiana.

¡Bendito, mil veces bendito el Nuevo Mundo! La mezcla de su vida con la vida europea trajo alimentos, al pobre tan indispensables, como el maíz y como la patata. El número de medicinas con que robusteciera nuestra

complexión, y ahuyentara tantas enfermedades terribles como nos asaltan, algún día, cuando entre la historia más en el acervo común de los conocimientos populares, quedará escrito con recuerdos indelebles por la gratitud universal. Basta recordar que le debemos la quina, basta, para entender cuántas enfermedades terribles ha conjurado y qué filtro de salud ha difundido en las humanas venas. Aquel inmenso continente, desde uno á otro polo extendido; por manera tan feliz angostado en el istmo que une como sortija preciosa los dos hemisferios; revelador del cielo austral con sus astros nuevos y sus constelaciones multiformes; cortado por venas de agua tranquila y mansa, tan idóneas para facilitar las comunicaciones; con el Pacífico á un lado y á otro el Atlántico, maravillosos ambos; por un collar de islas unido á Europa y por otro collar de islas unido al Asia; con pampas donde hay espacio y alimento para innumerables generaciones; con ríos que creeríais mediterráneos y cuyos desagües endulzan las marinas sales; con cordilleras donde brillan los ventisqueros y los volcanes reunidos en alturas tan enormes, que parecen estrellas de diversos colores y aspectos; con bosques henchidos de tal savia, que llegan por sus excesos á producir como una voraz combustión de vida, y con vetas tan abundantes de metales ricos y con criaderos tan copiosos de pedrería inapreciable; con tal número de aromas y especias, que los tomaríais por jugo de una sangre nueva, y con tal corte de costas, bahías y puertos, que convidan al comercio, al cambio; no solamente centuplicó las fuerzas materiales del hombre allegándole con prodigalidad el tributo de sus producciones, sino que rejuveneció el planeta en general y particularmente nuestro humano ser anegándolo en éter inmaculado y nuevo.

Como la revolución religiosa renovó la conciencia;

como la Pascua del Renacimiento renovó las artes; América renovó la Naturaleza. Y, tanto como la Naturaleza, renovó la sociedad. Los cambios del comercio nuevo excedieron á los productos del suelo antiguo. Concluyó la guerra por la guerra, signo de los tiempos feudales; y empezó la guerra y la conquista por el provecho material, un relativo bien. Á los afanes por el combate sucedieron los afanes por la navegación. Los cruzados se trocaron en exploradores. Recibió un terrible sacudimiento la propiedad feudal con aquella competencia de campos jóvenes entregados al trabajo y á la colonización. Ninguna casta posible allí como en Asia; ninguna teocracia como en África; ninguna monarquía como en Europa. La Religión misma, llegada en el período crítico de sus renovaciones completas, no podrá pasar allí por las fases que tuvo aquí en la Edad Media.

Esta falta de las sobreposiciones históricas, tan gravosas con su gran pesadumbre sobre las tierras del viejo continente, imposibilitaba el privilegio y favorecía la libertad, como la falta de cultivo en las tierras vírgenes prepara y apercibe á toda clase de plantaciones y siembras el campo henchido por intenso vegetal jugo. No podían los privilegios allí brotar de las raíces del tiempo histórico y de la vieja tradición como entre nosotros. Semejábase aquel espacio americano á encerado inmenso, permitiendo escribir en él todas las fórmulas algebraicas de los problemas sociales, como lo demuestra la sociedad republicana establecida por los norteamericanos, ó la sociedad comunista organizada por los jesuitas en el Paraguay. Tierra de la navegación, del cambio, del comercio, de las exploraciones, de los descubrimientos, de las cruzadas mercantiles, puesta en sus comienzos y principios bajo el amparo de la tutela europea, debía concluir por ser más tarde,

allá en la madurez de su desarrollo, tierra de progreso, de libertad, de democracia, de república, de todos los nuevos ideales, más realizables en aquella Naturaleza sin escombros y en aquella sociedad sin recuerdos, que aquí en esta Naturaleza tan trabajada, donde llevamos dentro de nosotros mismos, en nuestro espíritu, como dentro de un cementerio inmenso, tantos y tantos muertos. No debe, pues, haber más que una voz en el mundo europeo para bendecir el descubrimiento de América y el pueblo descubridor . . .

¿Qué mengua puede sufrir el cuerpo en haber pasado por las viscosidades primitivas de la célula; ni qué mengua el alma en haber pasado por los balbuceos indecisos de la infancia? Pues lo mismo les acaece á las sociedades humanas. Ninguna de las llegadas á un superior estado de civilización y de cultura debe avergonzarse de haber pasado un día por las primeras tribus donde laten los gérmenes de otra superior vida social. El griego, ascendido por esfuerzos de genio hasta producir lo perfecto, la Minerva de Fidias en escultura, el Timeo de Platón en filosofía, el Edipo de Sófocles en tragedias; estuvo sujeto al matriarcado como los indios, y pasó por los sacrificios humanos sobre los dólmenes sangrientos como cualquier azteca. Bien ha podido atravesar la tierra generadora de Franklin y de Bello por donde atravesara la tierra generadora de Aristóteles y de Píndaro. Ahora, tenga los fundamentos que quiera la tesis de los americanos sobre una posesión de cultura prehispana superior á la difundida por nosotros allí, basta convertir la vista del espíritu á su continente patrio en la edad nada remota de su invención, y comparar esta edad con la corriente del cuarto Centenario de esta invención misma, para persuadirse al juicio nuestro, al juicio de haber conseguido América la suma civilización

moderna, obra de tantos siglos y esfuerzos en el Viejo Mundo, á costa de un tiempo muy corto y de sacrificios comunes á la irremediable contingencia de la misérrima humana especie.

Casualmente la revelación primera del mundo americano al mundo europeo tiene un historiador incomparable, tiene á Colón; y un documento de valor indecible, el diario, aunque mutilado, interesantísimo, del inmortal descubridor. Por tales testigos de mayor excepción se advierte que la vida social estaba en rudimentarios comienzos, compensados con tal dulzura de costumbres y tal ingenuidad de sentimientos y candor tan puro y tan grande inocencia, que recuerda todo cuanto ha cantado la poesía sobre los goces de la bienaventuranza en los Campos Elíseos ó sobre la felicidad y ventura de nuestros padres en el Paraíso terrenal. Lo dicho por la utopia respecto de un estado de naturaleza en el hombre, anterior y superior al estado de civilización, se descubre allí en las líneas escritas por el piloto desde su cámara ó al pie de su bitácora, mientras las islas van surgiendo sobre los mares vírgenes y bajo los cielos espléndidos como nereidas ceñidas con coronas de palmas. ¡Cuán dóciles y buenos los indios del islote primeramente descubierto y abordado por Colón, los indios de Guanahaní! Iban desnudos como Adán y Eva sin pecado; y no sentían el rubor en la mejilla, porque tampoco sentían el remordimiento en la conciencia. Brindaban á sus huéspedes con todo cuanto tenían, dándolo de grado. Poníanse los gorros colorados y las zarandajas muy sonantes de la civilización y cultura nuestra con extrañezas y algazaras de monos agasajados. Pintadas las carnes con multicolores zumos, ignorantes de las armas nuestras, hasta tomar los sables por el filo, sin hierro de clase ninguna, y sin

gobierno y sin comercio, desprovistos por completo de la imperiosa necesidad del trabajo, bien hallados con el alimento que les ofrecían las próvidas ramas de sus fructíferos árboles, parecen anticipaciones del hombre natural soñado por el revolucionario Rousseau, antes de firmar los contratos que han de sujetarlo á la sociedad, y poetizado en las obras de los dos escritores que han encarecido con mayor elocuencia la vida virgen del Nuevo Mundo, en las obras de Chateaubriand y de Saint-Pierre. Parecen, balanceándose á una sobre sus canoas, con los papagayos en el puño y el asombro en las miradas, unas especies mitológicas de aquellas que indicaban instintivamente los parentescos de la especie humana con las especies inferiores y las raíces que tiene fruto como el humano cerebro en los demás organismos. Cual si fueran unos anfibios, con igual facilidad corrían por sus selvas que nadaban hasta largas distancias por sus mares.

Así Colón perdió uno de los indios aprehendidos en la isla del Salvador, el cual creyó posible, arrojándose al agua, volver á su partida desde la isla de Santa María. Y en sus creencias y en sus fantasías y en sus afectos de pueblos niños, tomaban á los españoles por dioses y les ofrecían acatamiento como á los ídolos, con brazos y ojos convertidos al cielo. Tendría que ver el primero á quien Colón vistió, para enseñanza y captación de los demás, bonete colorado á la frente, cuentecillas de vidrio verde al brazo, cascabeles á las orejas, todo lo cual no valía cuatro maravedís. Y el ornado tan pajarescamente, apreciaba todas aquellas bujerías cual si fuesen verdaderos tesoros. Y cuando pasó de la Santa María, en 16 de Octubre, á la Fernandina, encontró indios más domésticos y los llamó á sí, por más duchos en el ajuste y en el regateo de cosillas baladíes, que llevaban unas veces á nado y otras

veces en almadías. Por la isla de Samoet ya encontró casas como alfaneques ó tiendas de campaña, por cuya configuración debemos llamarlas chozas, muy barridas y limpias, pero á sus habitantes considerólos como de igual condición y naturaleza que á los anteriores. Aquí vió hamacas para dormir, y halló que «las mujeres casadas traían bragas de algodón, las mozas no, sino salvo algunas que eran ya de edad de diez y ocho años.» Y puso á la isla donde tales cosas vió, Isabela, en recuerdo y remembranza de la reina Isabel.

Y así, de isla en isla, encontrando la misma gente siempre, llegó á Cuba, donde buscaba Imperios, y únicamente halló tribus; oro, y algo más que oro encontró, pues de allí, principalmente, salieron las patatas, y el tomate, y el maíz, y el tabaco. ¡Cuán sencillo al contar cómo iban de un punto á otro los cubanos chupando las hojas secas de esta última planta y despidiendo un humillo que trascendía muy lejos! ¡Cuál encantadora la narración de aquel indio que, habiendo cambiado un pedazo de metal precioso por varios cascabeles, echó á correr gozosísimo de su negocio, volviendo á cada paso la cabeza, en su temor infantil de que pudiera el español arrepentirse de su descuido, y deshiciese tal trato, rescatando las baratijas de su civilización y devolviéndole al inocente y sin pecado su oro nativo! Grande gozo le procuró tal isla, comparada por él con Sicilia; muchos embajadores envió en busca y requerimiento del gran Kan, creyéndose ya en los áureos veneros de la fabulosísima Cipango; mayores aglomeraciones humanas encontró en ranchos dispuestos á guisa de aldea, y con casas provistas de algún ajuar; pero los indios eran de condición y naturaleza idénticas con los anteriormente hallados; y así tomaban por divinidades á los españoles, tanto más dignos de su adoración, cuanto

que, al oír el estampido, para ellos horrísono de sus cañones, y ver el fogonazo, y experimentar los destrozos causados por los tiros, creyéronlos arrastrados por nubes tempestuosas, entre culebreos de relámpagos tonantes como los espíritus misteriosos de las tempestades y del huracán, dueños y árbitros de los exterminadores rayos celestiales. Igual blandura de complexión y dulcedumbre de inocencia en aquellos naturales de la Española, tan semejante á nuestra España, según Colón, y tan hermosa como Andalucía, región edénica, donde encontró sus más fraternales amigos y sus más sinceros aliados, como que le convidaban á quedarse allí perpetuamente, y en caso de no querer quedarse, á transportarlos consigo al cielo, de donde no podían menos que provenir tan excelsos huéspedes. No quitaremos ni un tilde á los elogios consagrados por Cristóbal Colón y el P. Las Casas á estas primitivas tribus americanas, creyéndolas tan inocentes como las creían ellos, y tan dispuestas á la virtud y al bien como ellos las describen.

Pero no hay que ceder á las entusiastas apologías de todos estos pilotos y apóstoles; ni hay que desvanecerse al aroma edénico exhalado por el mundo recién invenido en la soledad inmensa de los mares. La casta desnudez de los cuerpos, el primitivo candor de las almas, el aroma de paraíso que por todas partes allí se respira, la indudable ausencia de todo gobierno y de todo Estado, y de todo ejército y de todo tribunal; aquella carencia del sentimiento de apropiación en que la propiedad se arraiga; el abandono de toda industria y hasta de todo trabajo; aquellos modos de alimentación semejantes á comidas de aves, que ni siembran ni cosechan; todo aquel edén tan encarecido por Colón en su diario, resulta, bien mirado y comprendido, la tribu comunista de los pueblos y de los tiempos pre-

históricos, en la vida del Universo material por completo inmersa y coetánea con el comienzo de todas las sociedades y con los alboreos de todas las religiones en el nacimiento y niñez de todas las razas. Primordiales tribus adheridas al seno de la Naturaleza: he ahí cuanto hallara el gran descubridor en las primeras islas encontradas al rayar en el tiempo los albores de sus descubrimientos.

Pero me observarán los americanos hispanófobos que las notas de Colón se refieren al archipiélago de las Bahamas y de las Antillas, mientras los testimonios de la indígena cultura, que hubiera dejado atrás la civilización española, se hallan por doquier en los dos continentes, y con especialidad en la parte de los dos continentes, civilizada por los sendos, colosales imperios aztecas é incas, en el hemisferio boreal aquéllos, y éstos en el hemisferio austral. Nadie me aventaja en admiración á los restos colosales de maravillosos edificios americanos, invenidos por arqueólogos de nuestro siglo, los cuales han hecho con los monumentos anegados en la vegetación de los trópicos, algo parecido á lo hecho con los gigantes fósiles hundidos en las tierras prehistóricas por la Geología: presentar su existencia como un término natural del desarrollo de nuestro espíritu, á la manera que ese medio ambiente ó zona geológica, donde nacieron y procrearon las especies titánicas, resulta otro término natural del desarrollo de nuestro planeta.

Cuanto hemos estudiado por motivo y razón del ministerio ejercido en la Universidad Central, del ministerio de historiadores, y cuanto hemos visto en museos varios, así nacionales como extranjeros, acerca de la civilización prehispánica en el Nuevo Mundo, hanos infundido asombro semejante al que merecen los restos de las civilizaciones desaparecidas en las riberas del Nilo y del Eufrates y del

Ganges, donde nacieron desde nuestros primeros dioses hasta nuestras ciencias primeras. Palenque, Uxal, Copán, Tiguanaco, y los demás espacios reveladores de las antiguas grandezas americanas, confirman en los descarnados esqueletos de sus templos y de sus palacios todo cuanto Sahagún, Acosta, Bernal Díaz, Cortés y tantos otros nos refieren de antiguas grandezas, las cuales pueden medirse con las mayores por los pueblos primeros del planeta dejadas en su genésico trabajo de la encarnación del humano espíritu y del humano ideal dentro de la rebelde y resistente materia. Los fundamentos de aquellos edificios que parecen penetrar por su profundidad allende la primer corteza del globo; las moles, como verdaderos montes en magnitud, por legiones de audaces encelados sobrepuestas en sus asedios al Olimpo; la copia de innúmeros bajos relieves abiertos sobre la piedra por buriles en fuerza casi análogos con los que trazaran el remate de las cordilleras por lo alto y concluyeran los cimborrios de las montañas: el batallón de colosos destinados á sobrellevar las cornisas de una pesadumbre incalculable; las especies de monstruos, esculpidos como zoología litúrgica, en los lugares hieráticos; aquellos estucos de líneas arabescas muy granadinos y de grotescos muy próximos á los encontrados en las ruinas clásicas restauradas por el Renacimiento moderno; la estatua tendida sobre amplia losa y que lleva puesto en su rostro un tan intenso recogimiento y absorción en ideas sobrenaturales como las que puedan mostrar en sus respectivas producciones los antiguos escultores egipcios; la suma de pirámides por doquier esparcidas con destino á sostener sacros santuarios; el obelisco tallado por sus cuatro fases que creeríais titanesca mazorca en que los granos fuesen caras de diversos aspectos y expresiones; las gigantescas tortugas, y las culebras

aladas y los barros cocidos, y los vasos lustrosos, y las pinturas históricas, y las calzadas inacabables, y los diques, y los canales, y los acueductos reveladores de una ciencia hidráulica perfectísima, nos demuestran cuánta razón tenían los primitivos historiadores hispanos de América cuando nos retrataban aquellos palacios en guisa de verdaderas ciudades, donde había patios como mesetas, intercolumnios como alamedas, terrados como plazas, unas salas revestidas de oro macizo y otras cuajadas de esmeraldas, cuarteles en que podían albergarse no sólo ejércitos sino hasta pueblos, adoratorios capaces para los innumerables ídolos de tantas religiones como nacían y se acababan en aquellos tiempos de teúrgica feracidad y de diarios milagros bajo tan grandes imperios, á un tiempo teócratas y militares, cuyas victorias encerraban las tribus y naciones, como gentes domésticas suyas, en los complicados recintos de sus alcázares inmensos. Recuérdense las enormes ciudades como Tlascala, erigidas menos á la comodidad que á la defensa; los sitios y retiros compuestos por Axayaca, en cuyas habitaciones, revestidas de tapices multicolores y adornadas con sillas de muy hermoso pulimento, cupo todo el ejército de Cortés; los edificios desmesurados en que por treinta puertas se penetraba; los jaspes y mármoles de buena colocación y brillo; los escudos blasonados con grifos y leones semejantes á los usuales entre las aristocracias europeas; los techos construidos de tablas olorosas, y las paredes cubiertas de plumas varias, y los pavimentos esterados por juncos finísimos; aquellos búcaros de frescura y fragancia que solían artistas de paciencia y artificio decorar con bellas pinturas; los simulacros de dioses liminares en patios donde bailaban durante las festividades públicas diez mil parejas; los castillos del adoratorio principal

retorcidos como caracoles y entallados de piedras negras tan relucientes como pedazos de azabache; los ídolos asentados sobre unas esferas azules á que llamaban cielos y coronados con penachos de plumas prendidos á crestas de oro; los altares ornamentados como por un diluvio de piedras preciosas; las pajareras donde las aves, por su canto y por su pluma y por su procedencia, se clasificaban dentro de jaulas tan enormes que les permitían su libertad nativa; los joyeros de una riqueza como fantástica y soñada; los jardines con todas las hierbas que recetaban los médicos y pedían los dolientes al consejo de sabios botánicos muy duchos en medicina; los acueductos y encañados portadores desde Chapultepech de manantiales consagrados á difundir por aquellos verjeles y florestas alegría con abundancia; las casas de recreación circuidas de parques donde cazadores industriados por las artes de cetrería ejercitaban su agilidad y sus fuerzas; los centros múltiples en que podían á cada paso verse las ventajas de una industria muy hábil nacida de una civilización muy adelantada; toda la grandeza del mundo prehispánico reconocida por la ciencia moderna y consagrada en la Historia Universal.

Mas habrán los hispanófobos de perdonarme si les digo que todo cuanto leo en sus autores más acreditados, como Squier, Nadaillac, Río, Winner, Charnay, respecto de los edificios mayas y toltecas y aztecas y peruvianos, me recuerda cuanto he leído en mis sabios amigos Layard y Oppert y Masperó tantas veces respecto de los edificios asiáticos. Hanse ya los desiertos caldeos tragado aquellas grandes capitales como si fueran las arenas oleajes oceánicos. La soledad estéril ha sido tan voraz para Babilonia como la vívida selva tropical para Palenque. Aquellos escombros en las arenas caldeadas parecen despojos, y

nada más que despojos del tiempo, fragmentos de un planeta derruido, carbones apagados y fríos de un sol extinto. Y fueron propíleos guardados por esfinges aladas y ceñidas de coronas murales; patios mayores que las plazas más magníficas de nuestras capitales más populosas; arcos geométricamente trazados sobre portones gigantescos, tras los que aparecían pasadizos muy semejantes á cavernas; salas innumerables más ó menos adornadas, según el destino y oficio á que las apercibían y destinaban; porcelanas multicolores incrustadas entre ladrillos y sobre puertas de bronce concluidas por su parte inferior unas en garra y otras en pezuña; observatorios que decían cómo la ciencia se ligaba con la política y con la guerra en estos colosales edificios; harenes muy recluidos en lo más oculto y en lo más interno y más recatado, para que no pudiese penetrar en ellos la sensualidad, allí tan imperiosa, despertando los celos del déspota; cien sitios diversos que constituían un palacio de aquellos tiempos y de aquellos pueblos, palacios muy semejantes á los antiguos de México y del Perú, tan desmesurados como una ciudad cualquiera de ahora, y demostrativos, para quien ha interrogado la historia y sus secretos, de que las muchedumbres asiáticas yacían allí como siervos amontonados en interminables ergástulas.

Cuanto más leo los trabajos hechos sobre americana prehistoria; cuanto más comparo los edificios de aquellas edades prehispanas tan brillantes con los edificios simbólicos de otras edades análogas en la Historia Universal; cuanto más cotejo las ruinas del Yucatán y del Perú con las ruinas de otros sitios y de otros siglos análogos, persuádome á creer con más viva y profunda creencia que los términos de cultura simbolizados por estos fragmentos en el Nuevo Mundo se parecen mucho á las edades más

célebres de Caldea y Asiria, representando un momento así en las fases casi celestes del humano espíritu tal como se desarrolla en el tiempo y en el espacio históricos. No hay en América el arado armenio, no hay el toro índico, no hay el alfabeto fenicio, no hay la nave cartaginesa, no hay el caballo persa, no hay el carro médico, no hay la vela tiria, no hay el Dios hebreo, no hay la teogonía doria, no hay la metafísica siciliana, no hay la estatua griega, no hay la numeración egipcia, no hay el arte ateniense, no hay el eclecticismo alejandrino, no hay el romano derecho, no hay el Verbo católico, no hay la personalidad ó individualidad germánicas; luego las fases del espíritu y del tiempo y del trabajo, representadas por todo cuanto sabemos de sus pueblos, corresponde con los imperios asirios, y á este gradual término del movimiento humano debemos referirlas, según su naturaleza intrínseca cotejada con todo cuanto nos han transmitido en su continua sucesión para nuestra enseñanza los pasados siglos. Una religión astronómica en la cual entraba por mucho el culto al sol y á la luz como en el sabeísmo caldeo de Zoroastro; una cosmogonía que colocaba todo el peso de nuestro planeta sobre la espalda enorme de monstruosas ballenas semejantes á la tortuga de los indios; una evaporación eterna de las almas huidas á los cadáveres hacia otros cuerpos animados por la transmigración universal; unos colegios de sacerdotes menos poderosos y más laicos que los asiáticos antiguos, colegios compuestos por tal número de gentes adscritas á los templos, que había cinco mil en el adoratorio mayor ó primero de México; una cronología muy semejante á la recibida por nosotros de los pueblos astrólogos y con la particularidad única de los días llamados inútiles por no encajar bien dentro de la cuenta del año; una realeza electiva de doble aspecto religioso y

guerrero, en la cual no excluía la elección el despotismo; una grande aristocracia territorial, no exenta de cierto carácter cortesano, y más parecida en su dependencia de la corona y en el origen de sus bienes, á los sátrapas medos que á las órdenes de castas orientales; una familia muy amorosa y establecida en relaciones muy dulces y consagradas por costumbres muy buenas, pero no libre de poligamia, sobre todo entre los reyes y los nobles; una educación colectiva muy moral que inculcaba un verdadero culto á los padres en el ánimo de sus hijos, así como una esclavitud mitigadísima por los hereditarios usajes domésticos; una lengua copiosa que había llegado á la poesía y aún á la elocuencia; una escultura muy asiática, más semejante de suyo á la encontrada en los desiertos ribereños del Eufrates y del Nilo, que en los campos del Cefiso y del Alfeo; una escritura entre ideográfica y jeroglífica; todos los aspectos, en fin, de su vida, nos enseñan cómo la cívilización hallada por los españoles en el continente americano, aunque autóctona é indígena de suyo, sin relación alguna conocida y testificada con Asia ó con Europa, se parece á la civilización caldea, posterior á los egipcios y á los indios, pero anterior á los fenicios y á los griegos en el desarrollo de la cultura universal.

Yo no quiero hablar de las víctimas humanas en los sacrificios religiosos, tan abominables, que podrían poner el mundo americano de la conquista tras el mundo con que nosotros queremos compararlo en la evolución universal, si no supiéramos cómo había recrudecido estos usajes caníbales un error de los aztecas, sobreponiéndolos á los más humanos de la gente maya, y cómo los habían disminuido en sus litúrgicas ceremonias los incas, inmoladores también de doncellas como gratas ofrendas á

divinidades antropófagas. Aquella horrible ceremonia de tender un joven sobre ara de pórfido y sacarle con cuchillo de sílex el corazón del pecho para embutirlo con una cuchara de oro en la boca del ídolo, que chorreaba sangre caliente; aquella festividad siniestra del fin de cada siglo, fundada en el temor de no tornar á ver la salida del sol, temor conjurado por la degollación de cualquier noble altísimo y selecto; aquella comunión en que devoraban la carne humana los fieles, creyendo Dios mismo el cuerpo de las víctimas degolladas en culto antropofágico, demuestran, aun siendo un retroceso en las primitivas costumbres de los pueblos americanos, cómo estaban en un término de la serie anterior al sacrificio de la virgen Ifigenia en Grecia y al sacrificio de la hija de Jepté á la vez en Judea, sacrificios luego abolidos por ideas más humanas y por leyes más progresivas en el tardo y lento desarrollo de nuestra desgraciada humanidad.

Examinando el movimiento de los siglos y las distancias enormes entre los varios términos de la evolución universal, maravíllase uno á la vista del poco tiempo empleado por las sociedades americanas en el paso desde civilizaciones muy anteriores al Cristianismo hasta las maduras y plenas civilizaciones cristianas. En dos años Cortés aportó á México la cultura elaborada por el humano espíritu desde Abrahán hasta Colón. Pensad los penosos tránsitos de los estados nómadas á los estables; las enormes luchas de los pueblos aspirantes á su independencia con los Faraones de todos tiempos y países; los sitios luctuosos de Troya y de Cartago; las irrupciones de africanos en Italia y de italianos en África; la fundación de Roma y Tiro tan costosas; el conflicto de Asia con Grecia, representado por Darío y Ciro, amén del conflicto de Grecia con Asia, representado por Alejandro; aquellas revelaciones de Sión

en materias religiosas y de Alejandría en materias científicas; la conquista romana y las calamidades traídas por los bárbaros á quienes comandaban Atila y Genserico; el esfuerzo que suponen las guerras por las investiduras y por las herejías y por las cruzadas y por el rescate de la España cristiana y por el conflicto entre la monarquía y el feudalismo; pensad todo esto, reconoced todo esto, medid todo esto, la cantidad incalculable de humano esfuerzo y de tiempo creador en todo ello latente, y decidme después de cuántos dolores no provenían y dimanaban aquellos frutos de cultura conducidos por los descubridores al Nuevo Mundo y por una ley natural en la humana contingencia fecundados con tanta sangre.

En política llevábamos los Estados modernos recién salidos del caos feudal; en administración, los tribunales permanentes y las Chancillerías, que generaba un profundo y mayor conocimento del derecho romano; en milicia, los ejércitos orgánicos, muy contrapuestos á las antiguas mesnadas; en ciencias, una filosofía que comenzaba su emancipación de Aristóteles, y una astronomía que comenzaba su emancipación de Tolomeo; en artes, la arquitectura y la escultura del Renacimiento; en letras, una inspiración juvenil expresada por medio de lenguas tan sonoras como la lengua nacional nuestra, fija ya por escritores tan eximios como Garcilaso; en religión, el Cristianismo; en industria, la pólvora y la imprenta; en medios de locomoción, el barco y el caballo y el buey; en alimentos, el pan y el vino, amén de todos los ideales del humano derecho y de todas las esperanzas congénitas al espléndido alboreo del espíritu moderno.

Así, ved las naciones americanas en el Centenario y comparadlas con las naciones americanas del descubrimiento. Lo que fuera en aquellos días el territorio de

Chicago, lo que fuera por mil cuatrocientos noventa y tres, comparado con lo que será en mil ochocientos noventa y tres, parece un símbolo del Nuevo Mundo al minuto de su descubrimiento y del Nuevo Mundo al cuarto Centenario de tan beneficioso y providencial suceso. En los puertos, donde apenas bogaba la canoa, el barco de vapor, movido por sus propias fuerzas y emancipado de los vientos, conduciendo poblaciones enteras de pasaje y almacenando en sus bodegas productos más copiosos que los reunidos antes por todos los mercados históricos; en el suelo los pararrayos, contrastando las nubes y sus devastadoras centellas, como el vapor contrasta las olas y las corrientes; en el aire los telégrafos, que comunican á una con su red eléctrica, semejante á red nerviosa, todos los continentes entre sí de la tierra, y el telescopio, que comunica la tierra con el cielo; no lejos de los altares antiguos, la Iglesia cristiana, henchida con la idea del Dios único y aromada con el incienso de un puro idealismo; aquí las colosales máquinas que metamorfosean la materia, y allí las escuelas que pulen y abrillantan el alma; en política, las instituciones más altas y las formas de gobierno más perfectas; el Jurado popular, el comicio universal, el sentimiento religioso entregado á la espontaneidad, la prensa periódica escribiendo á cada minuto un libro para el pueblo, la democracia plena, el trabajo libre, la República. Ved á Buenos Aires cómo anima y esclarece con su espíritu ateniense la pampa, y lleva la idea humana desde la desembocadura del Plata, con esfuerzos continuos, hasta la Patagonia; ved esa culta República de Chile con su sólida estructura que le permite superar las asechanzas, así de la insolente dictadura, como de la terrible anarquía; ved esa Nueva España, ese México, cada día más ordenado y más progresivo y más firme, no obstante rodearlo por

todas partes el oleaje de las ideas nuevas, é impelerlo todos los vientos del espíritu moderno; ved esas naciones centrales del Continente asentadas en el Istmo, despidiendo cánticos exhalados por los coros de los poetas; ved esas Universidades americanas en la elaboración incesante de ideas; ved esas ciencias que dominan todos los problemas y educan las generaciones en el ideal; ved el derecho vivo en la realidad, y decidme si hay razón ó no para bendecir el descubrimiento y celebrarlo como una de las mayores bienaventuranzas de la Humanidad y como uno de los timbres más gloriosos de la Historia.

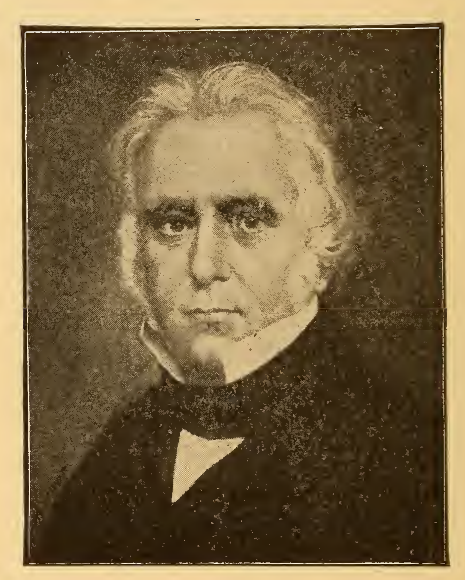
Cuando se ven los monumentos imperiales, por grandes que aparezcan, por bellos que sean, por poesía y arte que tengan, el pensamiento no puede, no, desasirse á la consideración de que los han levantado siervos con el grillo al pie, para que los sacerdotes de la superstición ungieran los déspotas monstruosos y adoraran los fetiches antropófagos, entre ríos de sangre humana, ofrecida, cual holocausto litúrgico, en banquetes de caníbales celebrados á manera de una comunión religiosa; y vuelve los ojos al Capitolio de Washington, iluminado por los resplandores del Evangelio, donde resuena el Verbo de la democracia; con el rayo de los dioses antiguos apagado en sus aras; con las cadenas del siervo pendientes de aquellas paredes sacrosantas; con el éter de todas las ideas en sus espacios; no puede sino sentir las esperanzas más optimistas y asociarse al *Te Deum* del progreso elevado allí por todo cuanto os rodea en mudo himno al Dios de la libertad. Y como el descubrimiento de América sea la obra capital de nuestra España, y al nombre hispano se hallen todos estos progresos unidos, no será mucho creer que, un día ya cercano, cuando los pueblos del Nuevo Mundo alcancen mayor conocimiento de todo cuanto deben á quienes les

llevaron la moderna cultura, consagren una especie de culto religioso á la madre histórica suya, nuestra España, como hemos tenido que consagrar en el helenismo un culto á Grecia, y en el catolicismo un culto á Roma nosotros, fundados en que hicieron por todos los hombres cultos en el Viejo Mundo y en la antigua historia, lo mismo que los españoles hemos hecho, lo mismo, en la historia moderna por el Nuevo Mundo.

Emilio Castelar.

SECCIÓN SEGUNDA

ESCRITORES INGLESES Y NORTEAMERICANOS



Tomás Babington Macaulay

TOMÁS BABINGTON MACAULAY

Este célebre historiador, orador, crítico y hombre de Estado, conocido más generalmente con el nombre de Lord Macaulay, nació en Rothley Temple, condado de Leicester (Inglaterra), el día 25 de Octubre de 1800. Se distinguió por la precocidad de inteligencia en los primeros años de su vida, por lo que alguno de sus biógrafos dijo que la de Macaulay había sido una infancia llena de maravillas.

En 1818 ingresó en el Colegio de Trinidad, que forma parte de la Universidad de Cambridge. Allí obtuvo algunos premios, y fué nombrado Profesor supernumerario del Colegio. No había terminado aún su carrera de Leyes cuando publicó en la *Revista de Edimburgo* su magnífico *Ensayo* acerca de Milton, que le dió una extraordinaria y justa celebridad.

Se graduó de Abogado en 1826, y en 1830 le eligieron miembro del Parlamento, en el que obtuvo brillantísimos éxitos por sus discursos en defensa del libre cambio y de las ideas liberales. Causaban asombro y deleite su palabra elocuente, su dicción clara y elegante, y la profundidad y extensión de sus conocimientos.

Desempeñó satisfactoriamente una misión oficial en la India, viajó luego por varios países de Europa, fué Ministro de la corona, escribió una *Histor'a de Inglaterra desde el advenimiento de Jacobo II*, que se considera como obra clásica, y publicó sus *Ensayos* literarios, biográficos é históricos, todos admirables por su belleza de forma, por la imparcialidad del juicio, y por su copiosa y selecta erudición. Cultivó también el verso en varios poemas titulados *Cantos de la antigua Roma.*

Murió en el año 1859.

Sus obras más famosas, además de los discursos parlamentarios, son la *Historia de Inglaterra*, y los Ensayos *Milton*, *Bacon*, *Maquiavelo* y *Dante.*

OLIVERIO GOLDSMITH

Uno de los escritores ingleses más amenos y agradables del siglo XVIII fué sin duda Oliverio Goldsmith. Nació en Noviembre del año 1728, en Pallas, aldea que se hallaba entonces, en todo lo concerniente á la vida práctica, tan apartada de la populosa y espléndida capital en que

Goldsmith pasó los últimos años de su vida, como puede ahora estarlo el bosque más lejano del alto Canadá ó de la Australia. Aun hoy día, los entusiastas que se aventuran á emprender una peregrinación al pueblo en que nació el poeta de quien vamos á tratar, necesitan hacer á pie la última parte del camino, como que se halla situado lejos de toda carretera y en un llano de aspecto triste, que se transforma en pantano cuando viene la estación de las lluvias, y que las sendas que á él conducen son tan malas, que darían al traste con cuantos carricoches y vehículos de todo orden se emplearan en la empresa.

Cuando aun era muy niño Goldsmith, obtuvo su padre un curato de hasta doscientas libras esterlinas anuales de producto, en el condado de Westmeath, trocando con este motivo su familia la solitaria y triste cabaña por una casa espaciosa, situada á orillas de la carretera, que por cierto era bastante frecuentada, y cerca de la aldea de Lissoy. La criada le enseñó á leer, y cuando tuvo siete años, su padre lo envió á una escuela dirigida por un sargento retirado, cuyas lecciones no pasaban de lectura, escritura y aritmética; pero, en cambio de un tan restringido programa de enseñanza, poseía el maestro un caudal inagotable de historias de aparecidos, duendes, magas y encantadores, más ó menos relacionadas con las aventuras de los jefes de Rapparee, Baldearg O'Donnell y Hogan el caballista, y con las proezas de Peterborough y de Stanhope, la sorpresa de Monjuich y la gloriosa rota de Brihuega. Demás de esto, aquel hombre era verdaderamente protestante, aun cuando pertenecía á la raza del país, y no sólo hablaba el irlandés, sino que podía improvisar en la misma lengua, circunstancias que influyeron en su discípulo, despertando en él grande afición, que duró cuanto su vida, por la música irlandesa, y sobre

todo por las composiciones de Carolan, á quien oyó ejecutar en el arpa algunos de sus postreros acordes. No estará demás decir que, aun cuando Goldsmith era inglés de nacimiento y estaba ligado á la Iglesia establecida con fuertes vínculos, nunca demostró la menor antipatía, y menos aún el desprecio que la minoría protestante vencedora empleaba generalmente á la sazón en Irlanda con la mayoría católica vencida. Y como, por otra parte, distaba mucho de participar de las opiniones y sentimientos de la casta á la cual pertenecía, tomó aversión á lo que sus padres calificaban de gloriosos é inmortales recuerdos, y sostuvo siempre, aun hallándose Jorge III en el trono, que solamente la restauración de la dinastía derrocada podía salvar la patria de su ruina.

Escasamente contaría nueve años Oliverio cuando dejó los bancos de la humilde escuela del veterano para concurrir á otras clases de segunda enseñanza y comenzar el estudio de las lenguas antiguas. Mucho distaba de ser feliz entonces. Además, á juzgar por el admirable retrato que de él existe en Knowle, sus facciones eran duras y desgraciadas, esto es sin contar el estrago que hicieron en ellas las viruelas, la pequeñez de su estatura y su mala conformación; y como los muchachos suelen ser poco indulgentes con los defectos físicos, y la persona del pobre Oliverio excitaba tanta más risa entre sus compañeros cuanto más inocente y cándido se mostraba y más propenso y fácil en cometer equivocaciones y faltas, propensión que conservó siempre, fué blanco de todas las burlas, objeto constante de menosprecio, y rigor de las desdichas escolares, así de parte de los maestros, que le castigaban con inusitado rigor por la más leve cosa, como de sus condiscípulos que lo zaherían y le jugaban malas pasadas sin cuento. Andando el tiempo y cuando

hubo llegado á la celebridad, aquellos mismos que tanto lo atormentaron de la manera que dejamos dicha, buscaron con afán en su memoria y evocaron todos los recuerdos de su infancia, y citaron respuestas y coplillas suyas de la época en que tan malos tratamientos le hacían sufrir, como indicios precursores del talento que produjo el *Vicario de Wakefield* (" Vicar of Wakefield ") y *La Aldea Desierta* (" The Deserted Village ").

Á los diez y siete años entró Goldsmith en el colegio de la Trinidad, de Dublin, en clase de *sizar*, los cuales nada pagaban por la manutención ni las clases, sino muy poco por el alojamiento; pero, en cambio, y en aquella sazón, porque luego se abolió la costumbre, debían prestar ciertos servicios domésticos, tales como barrer, sacudir el polvo y servir á la mesa de los colegios de rango nobiliario y de posición elevada, mudándoles los platos y ejerciendo el oficio de coperos de sus condiscípulos. Instalaron á nuestro Goldsmith en una buhardilla en compañía de otro, y aun se ve, no sin benévolo interés, su nombre trazado por su mano con diamante en uno de los cristales de la ventana del exiguo y humilde aposento. Algunos hombres de no tan claro talento como el suyo hicieron su primera etapa en lugares parecidos ó peores, para llegar después á ser cancilleres de la corona ó prelados; pero Goldsmith no supo nunca sacar provecho alguno de sus aptitudes, aunque sí sufrió todas las humillaciones que le impusieron sus defectos. En el colegio descuidó los estudios, sacó malas notas, recibió castigos por haber hecho bufonerías en plena cátedra, y por ensayar en un bedel una bomba de apagar incendios, y acabó por ser brutalmente apaleado de un profesor inexorable, por cierto baile que dió en el sotabanco á compañeros calaveras y á damiselas de Dublin.

Mientras Oliverio hacía la vida y los progresos que dejamos apuntados, entre la pobreza y la disipación, murió su padre, dejando poco haber á la familia. Por entonces obtuvo su título de bachiller, y abandonó la Universidad, recogiéndose por algún espacio de tiempo á la humilde vivienda á que se retiró su madre después de quedar viuda. Contaba veintiún años á la sazón, y por más que le fuera preciso consagrarse á una profesión con que ocurrir á sus necesidades, sus estudios y su estancia en Trinity College parecían no haberle despertado más aficiones que las de vestirse de colores llamativos, jugar á las cartas, cantar aires irlandeses, tocar la flauta, pescar con caña en verano y contar historias de duendes y aparecidos al amor de la lumbre en el invierno. Ensayó sucesivamente, aunque en vano, cinco ó seis carreras, y fué la primera la de la Iglesia. Al efecto se presentó al obispo solicitando las órdenes; más como fuese á visitarlo vestido de color escarlata, el prelado lo desahució en el acto. Luego fué preceptor en una casa rica, y á poco perdió el empleo á consecuencia de una disputa sobre juego. Determinó entonces irse á América, propósito que á su familia pareció inmejorable, y así, antes de que mudara de opinión, lo habilitaron y proveyeron de lo necesario, y salió de su casa camino de Cork montado en un buen caballo y con ciento cincuenta pesos en el bolsillo. Al cabo de seis semanas, y cuando todos lo creían navegando en el Océano, lo vieron volver caballero en mal rocín y limpia la bolsa. Explicó entonces el fracaso diciendo á su madre que el barco en que había tomado pasaje se hizo á la mar mientras él se divertía en una gira campestre. En vista de esto, y de que decidió estudiar leyes de allí á poco, un pariente generoso le dió hasta doscientos cincuenta pesos para ir á la Universidad de Dublin. Llegado que hubo,

lo perdió todo al juego. Pensó después en la medicina; lo proveyeron; fué á Edimburgo cuando ya frisaba en los veinticuatro años; permaneció allí diez y ocho meses, asistiendo por fórmula y de tarde en tarde á las aulas, y tomando con esto algunas nociones superficiales de química y de historia natural; de allí se trasladó á Leiden, siempre con el pretexto de seguir la carrera, y al fin, á los veintisiete años de edad, abandonó aquel colegio famoso, el tercero en que hubiera estudiado, sin graduarse, sin sufrir un solo examen, y sin más ciencia que muy vagas nociones de la medicina, ni más haber que la ropa puesta y una flauta. Poco era; pero aquella flauta le prestó grandísimos servicios; pues merced á ella viajó por Flandes, Francia y Suiza, tocando para que danzaran los campesinos y aldeanos, y ganando de esta suerte la vida. Así llegó hasta Italia; y aunque su talento musical no fué del gusto de los naturales del país, no le faltaron limosnas con que remediase á la puerta de los conventos. Bueno es hacer notar de paso que no deben aceptarse sino con reservas mentales las historias que Goldsmith ha referido acerca de esta parte de su vida, porque, como la estricta verdad no se contó nunca entre sus virtudes, hay que desconfiar de todo lo que dice, y más aun cuando trata de viajes. Bastará que citemos un ejemplo de lo poco que se curaba de la exactitud, diciendo que en uno de sus libros da cuenta de cierta plática entre Voltaire y Fontenelle, habida en París, y á la cual pretende haber asistido, estando probado que Voltaire se hallaba á más de cien leguas de París cuando Goldsmith viajaba por el Continente.

El año 1756 vió desembarcar en Dover á nuestro vagabundo sin un *shilling*, sin un amigo y sin más profesión ni oficio que él ya conocido de flautista. Cierto es que traía, él lo que declara por lo menos así, aunque sin

demostrarlo, un título de doctor en medicina por la Universidad de Padua; pero esto era como si no fuese, y de nada podía servirle en Inglaterra, ni tampoco la música, razones que le pusieron en el trance duro de recurrir á una multitud de estratagemas á cual más desesperada. Se hizo cómico de la legua; mas su rostro y su traza no eran para el oficio, y hubo de renunciar á él. Entró de mancebo de botica, y pasó algún tiempo machacando drogas y llevando frascos y botes de una parte á otra; de allí fué á ingresar en una cuadrilla de mendigos que tenía su cuartel general en Axe-Yard; luego entró de profesor en una escuela; cansado de sufrir humillaciones y miserias, trocó aquel estado por el de mozo de un librero, creyendo mejorar; pero de allí á poco volvió á ejercer el magisterio, aunque no por largo espacio, y pretendió y obtuvo plaza de médico al servicio de la Compañía de las Indias, destino que perdió en seguida, sin que haya podido averiguarse la causa, si bien es fácil presumir que sería por no hallarse en condiciones de ejercerlo, por más que él guarde profundo silencio acerca del particular. Andando el tiempo, se presentó á exámenes de practicante y salió reprobado; y como por entonces muriera el farmacéutico en cuya oficina ganaba por todo salario mesa y cama, Goldsmith no tuvo más recurso que condenarse á trabajos forzados literarios. Alquiló, al efecto, una buhardilla lóbrega y triste, cuya escalera interminable, sucia y baja de techo, arrancaba en un patio de aspecto sombrío. El patio y la escalera de *Fleet Ditch* han desaparecido hace mucho tiempo; mas los ancianos de aquel barrio los recuerdan todavía. En aquel calabozo comenzó á trabajar Goldsmith á la edad de treinta años como un galeote, después de los azares y aventuras de su anterior y mísera existencia.

Durante los seis años que siguieron hizo imprimir algunas obras que han logrado sobrevivir, y otras muchas que se han olvidado por completo: escribió artículos de revista y de periódico, libros que, adornados de pésimas estampas y con cubiertas multicolores, ó de papel dorado, aparecían para uso de los niños en el escaparate de una tienda, célebre en otro tiempo, que se hallaba situada no lejos del cementerio de San Pablo; una *Investigación acerca de literatura europea*, que siempre se reimprime con sus obras sin merecerlo; la *Vida del Beau Nash*, que nunca se reimprime aunque lo merece; una *Historia de Inglaterra*, superficial é incorrecta, pero de buena lectura, y que pareció en forma de cartas dirigidas por un grande á su hijo; y un *Bosquejo de la sociedad de Londres*, lleno de vida y de gracia, en varias cartas de un supuesto viajero chino á sus amigos; escritos anónimos todos ellos, pero cuyo autor comenzaba ya entre los aficionados á ser conocido y estimado, principalmente de los editores y libreros que le daban trabajos, logrando así hacerse popular en la verdadera acepción de la palabra. Y aun cuando ni la naturaleza ni la educación lo habían preparado á investigaciones exactas ni á graves disertaciones, ni á derechas sabía cosa ninguna, como que sus lecturas fueron siempre descosidas y no meditó nunca acerca de ellas, y que, aun cuando había visto mucho, no había observado ni retenido nada, sino es alguno que otro personaje y alguno que otro incidente grotesco que lograron llamarle la atención, es lo cierto que supo sacar admirable partido de tan escasos materiales, pudiendo decirse que no ha existido tal vez escritor más ameno y de más agradable manera. Porque su estilo no sólo es natural, fácil y castizo, sino también vivo y enérgico cuando así conviene, y sus narraciones entretenidas siempre, y siempre pintorescas

y gráficas sus descripciones, y su fantasía rica, exuberante y jovial, y como velada á veces de vaga sombra de dulce melancolía. Demás de esto, campea en todos sus escritos, graves ó jocosos, juntamente con la galanura y la gracia, la elevación de ideas y de pensamientos, circunstancia esta última que sorprende, por tratarse de quien pasó la mayor parte de su vida entre vagabundos, mendigos y ladrones, mujerzuelas y payasos, en esas guaridas inmundas en las cuales todos los vicios y obscenidades tienen su natural asiento, y que constituyen una de las mayores ignominias de los grandes centros de población.

Á medida que fué adquiriendo nombre y celebridad, fué adquiriendo también relaciones numerosas é importantes, llegando á contar entre sus amigos á Johnson, á quien se reputaba entonces por el primero entre los escritores ingleses contemporáneos, á Reynolds, el primero de los pintores ingleses, y á Burke, el cual si aun no había entrado en el Parlamento, ya gozaba de mucho nombre por sus escritos y por la elocuencia de su conversación. En 1763 figuró entre los nueve primeros socios fundadores del famoso *Literary Club*, por más que siempre hayan protestado contra este epíteto sus individuos, y que aun en nuestros días, como en aquella época, tenga por timbre glorioso el llamarse lisa y llanamente: El Club.

Ya por aquel tiempo había dejado Goldsmith su mísera vivienda, é instaládose en cuarto mejor, en la parte más civilizada de los *Inns of Court;* pero aun tenía malas horas que pasar, porque á fines de 1764 estaba tan atrasado en el pago de su alquiler, que una mañana recibió la orden de desalojar. En aquel trance apurado envió un mensaje á Johnson, el cual, amable y bueno siempre aunque brusco á las veces, dió cinco duros al mensajero, y recado de que iría luego al punto á ver á Goldsmith. Llegó, en efecto,

y lo halló almorzando, con una botella de vino de Madera, y profiriendo mil denuestos contra su patrona. Johnson tapó la botella, que su amigo había comprado con el dinero que le envió, y después de calmarlo, le rogó que reflexionara con sosiego acerca de los medios conducentes á procurarse algunos recursos. Contestóle éste que tenía una novela concluida y dispuesta para ser impresa. Johnson hojeó el manuscrito, vió que había en él cosas buenas, lo llevó á un editor, y se lo vendió por sesenta libras esterlinas, con cuya suma se pagó cumplidamente la deuda. Si hemos de dar crédito á una tradición, Goldsmith apuró el vocabulario de los dicterios con su patrona por sus descorteses y descomedidos tratamientos con él; y si hemos de creer á otra, después de pagarle los alquileres, dando al olvido lo pasado, la convidó á tomar en su compañía un vaso de ponche. Ambas versiones las tenemos por verdaderas, y aun están en carácter. Ahora diremos que la novela vendida por Johnson de este modo y en tal ocasión, era *El Vicario de Wakefield* ("The Vicar of Wakefield"). Pero, ántes de que viese la luz pública *El Vicario de Wakefield*, tuvo lugar el más grande acontecimiento de la vida literaria de Goldsmith, con la impresión de su poema titulado *The Traveller*, que pareció algunos días antes de la Navidad de 1764, porque con él se elevó de repente á la altura de los verdaderos clásicos ingleses, poniendo á los críticos más escrupulosos y descontentadizos en el caso de reconocer que no se había escrito nada mejor desde el cuarto libro de *La Dunciada*. *El Viajero* ("The Traveller") difiere de las demás obras de Goldsmith en que la ejecución merece los mayores elogios, aun siendo bueno el cuadro, mientras que en aquellas éste es malo y buena la ejecución. Nunca ningún poema filosófico, antiguo ni moderno, tuvo plan más noble y sencillo al

propio tiempo. Un viajero inglés sentado en un peñasco en lo más alto de los Alpes, cerca del punto de donde arrancan las fronteras de tres naciones, contempla y se extasía con la perspectiva inmensa que se desarrolla á su vista en dilatado panorama; y recordando la diversidad de los aspectos, climas, gobiernos, religiones, y caracteres que ha observado, concluye que nuestra felicidad no consiste en las instituciones políticas, sino en nosotros mismos, en nuestra alma, en su temperamento y en su gobierno propio.

Cuando se puso á la venta la cuarta edición de *El Viajero*, hizo su aparición *El Vicario de Wakefield*, logrando en pocos días una popularidad que aun dura, y que durará probablemente tanto como dure la lengua inglesa. La trama de este libro es detestable, y carece, no sólo de la verosimilitud que deben tener las relaciones de la vida real, sino también de la ilación que debe existir aún en aquellas obras de pura fantasía y en las cuales sólo aparecen brujas, gigantes, trasgos, hadas y encantadores; pero sus primeros capítulos atesoran cuanta dulzura es imaginable en la poesía pastoril, y cuanta vida y movimiento son posibles en la comedia: Moisés y sus anteojos, el Vicario y su monogamia, el pillete y su cosmogonía, el labrador que demuestra, con Aristóteles en la mano, que los parientes son parientes; Olívia, disponiéndose á la difícil tarea de convertir á un enamorado que no es muy buena persona, con el estudio de la controversia entre Robinson Crusoe y Viernes; las señoronas y sus cuentos y enredos á propósito de Sir Tomkyn y de los versos del doctor Burdock, y Mr. Burchell y sus pamplinas, han deleitado y divertido y hecho reír más que cuantas historientas y novelas y libros de mero pasatiempo se hayan publicado. La última parte, sin embargo, no es digna del principio, y

á medida que nos acercamos al desenlace, á la catástrofe final, lo absurdo sucede á lo absurdo y los destellos de ingenio son más leves, más tenues, más fugaces, y aparecen más de tarde en tarde.

El triunfo tan señalado que obtuvo Goldsmith como novelista, lo alentó y quiso intentar el drama, escribiendo el *Good-natured Man* («El hombre de buen carácter»), obra que fué peor acogida por parte del público y de los actores de lo que merecía: Garrick se negó á representarla en Drury Lane, y se puso en escena en Covent Garden en 1768. Así y todo le produjo 500 libras esterlinas, incluyendo en esta suma la propiedad del libro, es decir, cinco veces más que *El Viajero* y *El Vicario* juntos. La intriga de *El hombre de buen carácter* vale poco, siendo tan floja y débil como casi todas las de Goldsmith; pero tiene pasajes muy divertidos, mucho más de lo que consentía la moda de aquel tiempo, en que se aplaudía con frenesí una comedia escrita en lenguaje afectado y lacrimoso titulada *La falsa delicadeza* ("False Delicacy"), y estaba el sentimentalismo á la orden del día; que por espacio de algunos años más lágrimas hicieron derramar en el teatro inglés las comedias, que no las tragedias, mereciendo ser calificadas de vulgares cuantas bromas pudieran excitar en el auditorio algo que no fuera melancólicas sonrisas. Por eso no es extraño que la mejor escena del *Good-natured Man*, la en que la señorita Richland se encuentra con su amante preso, entre el juez y el alguacil, y vestido de ceremonia, fuera despiadadamente silbada y suprimida á la segunda representación.

En 1770 se publicó *La Aldea Desierta*, célebre poema cuyo estilo y versificación es, cuando menos, igual, si no superior, á *El Viajero;* y el numeroso público que piensa como Bayes en la *Rehearsal* cuando dice que un plan no

sirve sino para poner en ejecución cosas buenas y bellas, prefiere *La Aldea Desierta* ("The Deserted Village") á *El Viajero;* pero los jueces, que tienen mejor discernimiento, al propio tiempo que aplauden la hermosura de los detalles, descubren lunares imperdonables en la obra, que la perjudican. Los defectos á que aludimos no son por cierto las teorías que se asientan en ella respecto de la riqueza y del lujo, y que han sido tan combatidas por los economistas, porque, aun siendo como lo son falsas, no hacen al poema, considerado bajo este aspecto, mejor ni peor. El poema latino más bello de cuantos existen, y aun podemos añadir el más bello de los didácticos que haya aparecido en lengua alguna, se escribió en defensa del sistema de filosofía moral y natural más absurdo y bajo de todos. Puédese fácilmente perdonar á un poeta que razone mal; pero no que describa mal, que estudie la sociedad en que vive con tanta negligencia que sus retratos no tengan la menor semejanza con los originales, y que presente como copias de la vida real combinaciones bárbaras de cosas que jamás han existido ni pueden existir nunca reunidas. ¿Qué se diría de un pintor, verbigracia, que mezclara en sus cuadros Julio y Diciembre en el mismo paisaje, y que representara un río helado en un campo de trigo, en el momento de la siega? ¿Bastaría que se dijera en abono de la pintura, que cada una de las partes que la componen tiene buen color y mejor dibujo, y que los campos verdes, y los árboles cargados de fruta, y las carreteras, y los bueyes, y los segadores, y la luz, y el sol, y el hielo, y los chicos que patinan sobre él, que todo, en suma, rebosa de verdad? *La Aldea Desierta* tiene mucha semejanza con un cuadro dispuesto así, porque consta de muchas partes que no pueden ir reunidas formando un todo. La aldea, en los días de su prosperidad, es un

verdadero pueblecillo campestre de Inglaterra; en los de su decadencia es una aldea de Irlanda, lo cual no es lo mismo; y así el bienestar como la miseria que Goldsmith ha descrito pertenece á dos comarcas diferentes y á dos diversos estados de la sociedad; y del propio modo que no pudo ver nunca en su tierra un paraíso rural donde tuvieran su asiento la abundancia, la tranquilidad, la alegría y el reposo de que nos habla al tratar de Auburn, no pudo ver tampoco en Inglaterra que esa nueva Arcadia quedase desierta y abandonada en un día, y sus habitantes forzados á embarcarse juntos para América. Vería probablemente la aldea en el condado de Kent, y la emigración en el de Munster; más al reunir ambas cosas produjo un conjunto inverosímil, absurdo, y disparatado, cual no se ha visto jamás, ni se verá en parte alguna del mundo.

En 1773 probó de nuevo fortuna Goldsmith, en Covent Garden, con otra obra dramática titulada: *Humillarse para vencer* ("She Stoops to Conquer"), logrando persuadir no sin esfuerzo al director del teatro á que la pusiera en escena, porque como ya dijimos, la comedia sentimental estaba entonces en boga, y las de nuestro autor no lo eran. Pero ¡cosa singular! mientras *El hombre de buen carácter* no alcanzó éxito ninguno por contravenir con exceso á las corrientes de la moda, *Humillarse para vencer*, que superaba con mucho á la anterior en el género cómico, logró triunfar de todas las preocupaciones, excitando la risa y los aplausos más espontáneos en las butacas, los palcos y el paraíso. Y fué aquel triunfo tan general y tan unánime, que si alguno que otro admirador fanático de Cumberland ó de Kelly era osado á dar muestras de desaprobación, luego al punto gritaba el público: ¡Fuera! forzándolo á callar. Dos generaciones han confirmado después el fallo pronunciado aquella noche memorable.

Al propio tiempo que Goldsmith escribía *La Aldea Desierta* y *Humillarse para vencer*, se ocupaba también en obras de género diferente, que le daban, si no gloria, mucho provecho. Hizo, pues, para uso de las escuelas públicas, una historia romana, que le valió 300 libras esterlinas; otra de Inglaterra, que vendió en 600; otra de Grecia, en 250, y una historia natural, cuyo editor pagó por ella 800 guineas. Fueron escritas estas obras sin hacer investigaciones profundas y concienzudas en parte alguna; y su trabajo se limitó en unas y otras á condensar y traducir, en su estilo claro, puro y fácil, lo que había en otros libros sobre la materia, pero demasiado voluminosos y áridos para interesar á los niños. Esta falta de conciencia en la parte esencial de su trabajo, le hizo cometer faltas y errores gravísimos en la narración, debidas en mucha parte también á que nada sabía con exactitud. De aquí que nos diga en su *Historia de Inglaterra* que Naseby está en el Yorkshire, lapsus que no se tomó la pena de salvar en reimpresiones posteriores; que un chusco lo persuadiera, cuando escribía la *Historia de Grecia*, de que Alejandro Magno estuvo en guerra con el emperador Moctezuma, desatino que milagrosamente no estampó en el libro, y que en la *Historia Natural* trate con la mayor formalidad de cuantas patrañas hablan ciertos viajeros, como, por ejemplo, de los Patagones gigantes, de los monos predicadores y de los ruiseñores que aprenden y repiten largos parlamentos. Johnson decía: «Los conocimientos zoológicos de Goldsmith apenas si le consienten distinguir un caballo de un toro.» Dos anécdotas bastarán á demostrar lo que sabía de ciencias físicas: una vez negó resueltamente que el sol permaneciera visible más tiempo en el Norte que en el Mediodía; y como le opusieran la autoridad de Maupertuis, exclamó: «Yo entiendo de eso

más que Maupertuis.» En otra ocasión sostuvo tenazmente hasta el punto de montar en cólera, y contra la evidencia de sus propios sentidos, que masticaba moviendo la mandíbula superior . . .!

Sin embargo, por más ignorante que fuera Goldsmith, pocos escritores habrán contribuido de una manera tan eficaz como él á facilitar el áspero camino de la ciencia á la juventud estudiosa, porque sus compilaciones no son de las usuales y corrientes, sino que están redactadas con tanto arte y habilidad que nada puede comparársele, ni en la elección de los asuntos ni en la forma. Bajo este aspecto, la *Historia Romana* y la de *Inglaterra*, y más aun los resúmenes que hizo de ambas obras, merecen ser leídos y estudiados con detenimiento. En general, nada es tan enojoso como los compendios; pero los de Goldsmith se hallan fuera de la regla, y son de tan amena lectura que, á pesar de su concisión, nada es más grato á los niños inteligentes.

Con esto podía considerarse ya hecha la fortuna de Goldsmith. Ganaba lo suficiente para vivir con desahogo, posición que á un hombre acostumbrado á dormir en el suelo ó en malas tarimas y á comer miserablemente, debía parecerle hasta fastuosa. Su reputación iba en aumento, y vivía en íntimas relaciones de amistad con una porción de personas distinguidas que, bajo el punto de vista intelectual, formaban la mejor sociedad del reino, porque en ella tenían su natural asiento los ingenios más afamados de Inglaterra, y se cultivaba el arte de la conversación con verdadero éxito. Difícil habría sido, en efecto, reunir personas de mejor conversación, cada una por su estilo, que Johnson, Burke, Beauclerk y Garrick, todos ellos amigos íntimos de Goldsmith, el cual aspiraba con empeño á participar de su fama en este género, aunque sin conse-

guirlo, pues nunca se vió más defraudada su ambición. Parecerá extraño que un literato que se expresaba, escribiendo, con tanta claridad, gracia y viveza, fuera siempre, hablando, tan oscuro, trivial y torpe como él; pero los testimonios abundan y todos demuestran que el contraste no podía ser mayor entre los libros y las palabras de Goldsmith. Acerca de esto decía Horacio Walpole que Goldsmith le parecía un idiota inspirado, y Garrick, que «escribía como un ángel y hablaba como un loro»: Chamier dudaba de que un tan insulso charlatán fuese realmente autor de *El Viajero*, y el mismo Boswell añadía en tono de lástima que no le disgustaba oír al bueno de Goldsmith, á lo que replicaba Johnson que «á él también, sólo que no debería gustar tanto él mismo de escucharse.»

La verdad es que los ingenios difieren tanto como el curso de los ríos, y que así los hay trasparentes que convidan á beber de sus aguas, como turbios y cenagosos, en los cuales nunca se halla ocasión de apagar la sed; pero en éstos acontece también que en sus remansos, allí donde la corriente se detiene y se reposa un espacio, luego se torna cristalino el líquido. Así era el talento de Goldsmith, porque sus primeras ideas en orden á todos los asuntos eran confusas hasta lo absurdo, necesitando algún tiempo para despejarse, y el de Johnson y el de Burke como los primeros. Por eso cuando escribía reposadamente, sus lectores lo llamaban hombre de ingenio, y cuando hablaba decía mil sandeces que producían la risa de sus oyentes. No pasaba esto inadvertido para él, y sufría mucho en su amor propio, siéndole cada vez más penoso el convencimiento de su inferioridad en la conversación; pero como no tenía ni bastante buen juicio ni bastante imperio sobre sí mismo para refrenar su lengua, y la vivacidad de su temperamento y su vanidad lo inci-

taban siempre á ensayar la cosa única que no le fuese posible hacer, sufría un contratiempo sobre otro, se corría de vergüenza los primeros momentos y, pasados que eran, volvía á comenzar. Los que vivían familiarmente con él lo trataban, á lo que parece, con una benevolencia mezclada de cierto menosprecio, por más que admirasen sus escritos, consistiendo esto en que si había en él muchas cualidades muy amables, había pocas dignas de respeto. Su corazón era tan tierno y fácil de conmover, que rayaba en la debilidad; tan generoso, que más parecía pródigo; tan fácil en perdonar, que casi provocaba las ofensas con su desacordada benevolencia, y tan liberal y manirroto con los mendigos, que solía no quedarle la más de las veces con qué atender á sus más perentorias obligaciones. Demás de esto, era vano, frívolo, sensual, pródigo é imprevisor, y aun se le tildaba de otro defecto más imperdonable y feo: de ser envidioso. No hay, empero, motivo para creer que esta mala pasión, que tantas veces le agitó y le hizo prorumpir en exclamaciones de cólera y despecho, le haya impulsado en ninguna ocasión á perjudicar al buen nombre de sus rivales. Es probable que no fuera menos envidioso que sus vecinos y colegas; pero como tenía el corazón en los labios y era imprudentísimo, confesaba sus celos con el candor de los niños; celos que son comunes á todos los escritores y literatos, pero que éstos, cuando además son discretos y hombres de mundo, disimulan con grande habilidad, cosa que él no supo hacer nunca, ni menos herir en la sombra, sino declarar en voz alta y delante de cuantos querían oírlo que se moría de envidia. «No habléis así de Johnson,» exclamaba un día contestando á Boswell, «que me hace daño.» Jorge Steevens y Cumberland eran demasiado hábiles para cometer tales torpezas, y hubieran tributado

los mayores elogios al mismo á quien tuvieron envidia, sin perjuicio de zaherirlo en la prensa, encubiertos bajo el velo del anónimo. Dicho sea en honor de Goldsmith, sus buenas cualidades y sus defectos daban á las personas de su trato la certidumbre de que jamás cometería semejantes acciones; pues no era ni tan malo ni tan pervertido que fuera capaz de ciertas infamias que han menester para realizarse constancia y disimulo.

Pretenden algunos que fué Goldsmith un hombre de felicísimo ingenio, maltratado por la sociedad y condenado á luchar con grandes dificultades que acabaron por destrozarle el corazón. Nada es menos cierto. Mucho tuvo que sufrir á los principios de su carrera y mientras no se dió verdaderamente á conocer en las letras; pero después que pareció su nombre inscrito en la primera hoja de *El Viajero*, solo él fué causa de sus miserias, pues sus ingresos ascendieron, durante los últimos siete años que vivió, á más de 400 libras esterlinas anuales, cantidad equivalente á 800 en nuestros días; y un hombre soltero y sin familia, que vivía en el Temple, podía entonces con esa suma pasar por rico. Seguros estamos de que no había en su vecindad uno por cada diez jóvenes de familias opulentas que estudiara leyes, á quien su padre diera tanto para vivir con lujo; pero todas las riquezas que trajo Lord Clive de Bengala, unidas á las que trajo de Alemania Lawrence Dundas, no habrían bastado á Goldsmith, que siempre gastó el doble de sus ingresos naturales y corrientes en vestidos lujosos, en espléndidas comidas, en hacer la corte á mujeres venales, y en socorrer, dicho sea esto en honra de su corazón ya que no de su juicio, todas las desgracias verdaderas ó fingidas que acudían á él. No era, sin embargo, en vestir, dar convites, cortejar damiselas y hacer buenas obras en lo que gastaba

más dinero, sino en el juego, al que fué toda su vida muy aficionado, á pesar de su mala fortuna. Durante cierto tiempo logró á fuerza de expedientes retardar su ruina inevitable, obteniendo de sus editores anticipos sobre promesa de obras que nunca escribía; mas al faltarle este recurso y con él los medios de salir de ahogos, las fuerzas, el ánimo y la salud lo abandonaron, y cayó enfermo de fiebres nerviosas. Debía en aquellos momentos más de diez mil duros. Para mayor desgracia creyó que le bastaba su ciencia, y que no había menester del auxilio de los verdaderos médicos en tan difícil ocasión. Mejor le hubiera sido apreciar sus conocimientos en lo que valían y el público los juzgaba, porque sus remedios agravaron la dolencia. Á ruego de sus amigos hizo venir un facultativo; creyósele curado; más no fué así, pues la debilidad y la postración persistían y aumentaban, y además, ni podía comer ni dormir. «Estáis peor de lo que debíais, teniendo tan poca fiebre, le dijo su médico. ¿Tenéis el espíritu tranquilo? — No, le contestó el desdichado; no tengo el espíritu tranquilo.» Estas fueron las últimas palabras de Oliverio Goldsmith, que falleció el 3 de Abril de 1774, á los cuarenta y seis años de edad, dándosele sepultura en el cementerio del Temple, aunque sin señalar el sitio de su enterramiento, por lo cual hoy se ignora donde reposan sus restos. Burke y Reynolds acompañaron su cadáver á la última morada con muestras evidentes de profunda pena, como que ambos sintieron tanto la muerte del poeta, que el primero rompió á llorar al saberla, y el segundo arrojó su paleta y no quiso pintar aquel día.

Poco tiempo después vió la luz pública un poemita que asociará el nombre de Goldsmith al de sus dos ilustres amigos mientras subsista la lengua inglesa. Hemos dicho antes que las burlas que le valía su conversación des-

cosida le afectaban mucho, y ahora añadiremos que antes de pasar de esta vida quiso vengarse, teniendo el buen acuerdo de fiar la obra á la pluma, no á la lengua, merced á lo cual demostró que podía medirse con todos los burladores juntos. Al efecto trazó con facilidad y vigor extraordinarios el carácter de nueve ó diez de sus conocidos, logrando, á pesar de haberle faltado tiempo para corregir, y de ser exiguas las proporciones del libro, una verdadera obra maestra. Es lástima que Goldsmith haya hecho figurar en su galería cuatro ó cinco retratos que carecen de interés para la posteridad, y que no haya puesto en vez de ellos los bocetos siquiera de Johnson y de Gibbon, ejecutados tan gallardamente como los de Burke y Garrick.

Algunos amigos y admiradores de Goldsmith erigieron un cenotafio á su memoria en la abadía de Westminster. Nollekens se encargó de la escultura y Johnson de la inscripción; pero es de sentir que este último no haya dejado á la posteridad un monumento más duradero y precioso en recuerdo de su amigo. También echamos de ménos una Vida de Goldsmith como apéndice, que hubiera sido de valor inestimable, á las de los Poetas, porque ninguno apreciaba con más exactitud que Johnson los escritos de Goldsmith, ni conocía su carácter y costumbres mejor que él, ni era más capaz de reproducir con verdad y animación las particularidades de su carácter, de su talento y de sus debilidades; pero la lista de los poetas para quienes pidieron prólogos á Johnson los libreros, terminaba con Lyttleton, que falleció en 1773, pareciendo indicar esta fecha el propósito de excluir de la colección á Goldsmith, cuyo retrato hubiera cerrado dignamente la galería. No obstante, no han faltado biógrafos al autor de *El Viajero*, porque en el transcurso de corto número de

años, Mr. Prior, Mr. Washington Irving y Mr. Forster le consagraron trabajos especiales: el del primero, digno de los más grandes elogios; el del segundo, lleno de atractivo por la belleza del estilo; y el del tercero, notabilísimo por todos conceptos, debiendo ser colocado en primera línea por esta circunstancia.

LORD MACAULAY.

LA VENGANZA

CARLOS DICKENS



Carlos Dickens

CARLOS DICKENS

Este gran novelista, que ocupa el primer rango entre los ingleses que se han dedicado á este género literario, nació en Portsea, cerca de Portsmouth, en el año de 1812. Vivió con escasa fortuna en sus primeros años; pero después obtuvo en abundancia la riqueza y la popularidad.

Desde sus primeras obras se distinguió Dickens por su sensibilidad exquisita, por su estilo apasionado y pintoresco, por la animación de sus cuadros descriptivos y por la intensidad de vida que sabía comunicar á sus personajes en acción.

Tenía rasgos humorísticos de primer orden; pero no era un satírico á la manera de Thackeray, sino un narrador inspirado y magnífico, de imaginación poderosa, que describía principalmente el dolor y la miseria con una emoción rara vez alcanzada por otros autores.

En 1867 hizo un viaje de cinco meses á los Estados Unidos, dedicado á lecturas y á conferencias, y ganó un millón de pesos.

Su obra maestra es *David Copperfield*, y son también muy celebradas *Martin Chuzzlewit*, *Oliver Twist*, *Nicholas Nickleby* y otras.

Falleció en el año 1870.

LA VENGANZA

No importa cómo ni cuándo supe esta breve historia. Si hubiese de referirla por el orden en que he ido conociéndola, empezaría por el centro, y, cuando llegase al final, volvería atrás para buscar el principio. Bastará decir que algunos de los sucesos los han visto mis propios ojos. Respecto á los demás, *sé* que han ocurrido, y muchas personas que aun están llenas de salud los recuerdan perfectamente.

En la gran vía del arrabal de Londres, cerca de la iglesia de San Jorge y al lado mismo de la calle, hay, como sabe todo el mundo, una cárcel pequeña destinada á los deudores y llamada Marshalsea. Aun cuando ya no se parece

á la infame cloaca de otros tiempos, sin embargo, á pesar de sus mejoras, ofrece aún pocos atractivos para los derrochadores y poco consuelo para los faltos de previsión. El asesino á quien la ley condena goza en Newgate de un patio más extenso y más aireado que el concedido en Marshalsea al deudor insolvente.

Bien sea una manía, bien un efecto de antiguos recuerdos, lo cierto es que no puedo simpatizar con esta parte de Londres. La calle es ancha; las tiendas espaciosas; el ruido de los carruajes de los transeuntes y de las industrias en movimiento, suena desde la madrugada hasta las doce de la noche; pero las calles de los alrededores son estrechas y sucias; la pobreza y el vicio supuran por todos las bocacalles; el infortunio y la necesidad están cerrados en la cárcel sombría; cierto aire de tristeza y de desolación parece, al menos á mis ojos, que gravita sobre todos aquellos contornos dándoles un tinte enfermizo y desagradable.

Muchas personas cuyos ojos han quedado ya cerrados en la tumba, empezaron á mirar con cierta indiferencia todo aquello al entrar por vez primera en la vieja cárcel de Marshalsea, porque por rara casualidad acompaña la desgracia á las primeras contrariedades del infortunio. El nuevo encarcelado se confía á los amigos que aun no ha tenido ocasión de experimentar; se acuerda de los grandes ofrecimientos que le hicieron cuando aun no tenía de ellos necesidad, y en su afortunada inexperiencia conserva la esperanza, flor saludable que se dobla apenas al primer viento de la adversidad, que se yergue y florece de nuevo al cabo de algún tiempo y que poco á poco se marchita y se seca bajo la influencia de los desengaños y del olvido. Entonces se hunden los ojos y se extravían; las mejillas pálidas y enflaquecidas se pegan á los huesos; la

falta de aire y de ejercicio, y hasta el hambre, más terrible aún, destruyen al encarcelado. En la época á que me refiero podía decirse, sin ninguna metáfora, que los pobres deudores se pudrían en la prisión, sin la más pequeña esperanza de salir vivos. Tales atrocidades ya no existen en tan alto grado, pero aun hay las necesarias para engendrar miserias que sangran el corazón.

Hará unos treinta años, próximamente, todos los días, en cuanto salía el sol y con tanta exactitud como él, se presentaba á la puerta de la cárcel una mujer con un niño en brazos. Iba á ver á su marido, preso por deudas. Sucedía á veces que después de una noche inquieta y desvelada, llegaba á aquella puerta una hora antes, y entonces volvíase con aire dulce y resignado y se llevaba el niño al puente viejo, lo levantaba en alto sobre la baranda y le enseñaba, para distraerle, el Támesis, que brillaba á la luz de los primeros rayos del sol naciente y ya animado con los mil preparativos del trabajo ó del placer. Pero bien pronto dejaba otra vez al niño en el suelo y se echaba á llorar amargamente, porque ni la más leve expresión de alegría ó de interés iba á iluminar el rostro pálido y enflaquecido que ella tanto se complacía en mirar. ¡Ah! aquel pobre niño no tenía recuerdos más que de una sola clase, recuerdos de la pobreza y de las desgracias de sus padres.

Permanecía largas horas sentado en las rodillas de su madre, contemplando con infantil simpatía las lágrimas que surcaban á lo largo de sus mejillas; después se deslizaba silenciosamente á un rincón oscuro, en el que se dormía llorando.

Las penosas realidades del mundo, con sus más duras privaciones, el hambre, la sed, el frió, todas las necesidades, en una palabra, estaban domiciliadas en su casa

desde que brillaron en él las primeras luces de la inteligencia; y aunque por el desarrollo era un niño, no tenía ni el corazón veleidoso, ni la risa franca, ni los ojos alegres.

Sus padres estudiaban la palidez de aquel rostro marchito, y las miradas del uno y de la otra se encontraban en seguida, llevando pensamientos de desesperación, que no se atrevían á expresar con palabras. El hombre vigoroso y fuerte, que hubiese podido sobrellevar todas las fatigas de una vida activa, se consumía en la larga inacción y en la atmósfera insalubre de una cárcel populosa. La mujer delicada y frágil se destruía bajo los males combinados del espíritu y del cuerpo. En cuanto al niño, tenía ya el corazón hecho pedazos.

Llegó el invierno y con el invierno semanas enteras de lluvias frías y tristes. La pobre mujer se había ido á vivir á un cuarto miserable cerca de la cárcel de su marido, y aun cuando su creciente pobreza fuese causa de aquel cambio, vivía más feliz, porque vivía cerca de él. Durante dos meses fué, como de costumbre, á esperar con su hijo á que abriesen la puerta. Una mañana no fué: era la primera vez que faltaba. Otra mañana fué sola: el niño se había muerto.

Los que hablan con ligereza de la muerte del pobre, diciendo que es un afortunado término de los dolores para el que se va y una economía providencial para el que se queda, conocen poco la agonía que causan esas pérdidas. Una mirada silenciosa de afecto cuando todas las otras se vuelven fríamente; la conciencia de que poseemos las simpatías de un ser humano cuando todos los demás nos abandonan, eso es un consuelo, un sostén, un apoyo que ninguna riqueza puede pagar, ni puede dar ningún poder. El niño había permanecido durante horas enteras sentado á los pies de sus padres, con sus manecitas entre las de

ellos, con su rostro demacrado y pálido vuelto hacia el rostro de ellos. Le habían visto agotarse de día en día; pero aun cuando su corta existencia se veía privada de toda alegría, aun cuando ahora reposaba en una paz que no había conocido sobre la tierra, sin embargo, eran sus padres, y la pérdida penetró hondamente en sus corazones.

Para los que se fijaban en la fisonomía escuálida de la joven madre, era evidente que le quedaban muy pocos dolores que sufrir. Los compañeros de cárcel de su marido, á fin de aminorar tantos dolores y tantas miserias, le dejaron á él solo la celda, en donde había estado con otros dos presos. La mujer fué á ocuparla con él, y allí, languideciendo sin sufrimientos ni esperanzas, se extinguía su vida dulcemente.

Una noche se desmayó en brazos de su marido y éste la llevó junto á la abierta ventana para reanimarla con la sensación del aire. La luz de la luna al caer sobre aquel rostro pálido, le mostró tan profunda alteración en las facciones, que se sintió desfallecer, como una débil criatura, bajo el peso de aquella mujer amada.

— Siéntame, Jorge — le dijo ella con voz desfallecida.— Obedeció, y sentándose á su lado hundió la cabeza entre las manos y se echó á llorar amargamente.

— Mucho siento el separarme de tí, Jorge; pero es la voluntad de Dios, y debes soportarla por el mismo amor que me profesas. ¡Oh, cuántas gracias tengo que darle por haberse llevado antes el niño! Ahora, en el cielo debe ser feliz. ¿Qué hubiese sido de él en la tierra y sin madre?

— ¡Tú no morirás, María, no morirás! — exclamó el marido levantándose. — Dió una vuelta por la habitación, agitado y golpeándose la cabeza. Después se volvió á sentar al lado de su mujer, la cogió en brazos y le dijo con más calma:

— Tranquilízate, hija mía, yo te lo suplico. Ten valor y verás como vives.

— No, Jorge, no, yo la siento venir. Encarga que me entierren al lado de mi hijo. Y ahora prométeme una cosa: si algún día sales de esta cárcel y te haces rico, manda trasladar nuestros restos á cualquier tranquilo cementerio de aldea, bien lejos de aquí, para que podamos descansar en paz. ¿Me lo prometes, querido Jorge?

— ¡Sí, sí! — exclamó el pobre hombre echándose de rodillas á sus pies. — ¡Contéstame, María! ¡Una palabra más! ¡una mirada! ¡una sola!

Dejó de hablar, porque el brazo que rodeaba su cuello estaba rígido y pesado. Se escapó un profundo suspiro del pecho enflaquecido de la joven, moviéronse sus labios, dibujóse una sonrisa en su rostro, pero los labios estaban blancos y la sonrisa se quedó fija y helada. Jorge Heyling estaba solo en el mundo.

Aquella noche, en el silencio y la desolación de su lúgubre estancia, el miserable esposo se arrodilló junto á la que era sólo un cadáver, y puso á Dios por testigo del juramento espantoso que hacía de vengar la muerte de su mujer y de su hijo; de consagrar á este solo objeto el resto de su existencia; de obtener una venganza prolongada y terrible; de alimentar un odio eterno, inextinguible, y de perseguir el objeto de él aún al través de todo el mundo.

La desesperación sobrenatural que sintió y la rabia diabólica que le agitaba causaron en su fisonomía tantos estragos aquella sola noche, que al otro día por la mañana sus compañeros retrocedían espantados cada vez que pasaba por su lado. Tenía los ojos embrutecidos y sanguinolentos, el rostro cadavérico y el cuerpo encorvado como por los años. Durante la violencia de sus angustias mentales se había mordido el labio inferior, y la sangre

que brotaba de la herida le había manchado la barba, la corbata y la camisa. No se le escapaba ni una lágrima, ni una queja, ni un suspiro; pero lo extraño de su mirada, la irregularidad de sus pasos al andar por el patio, todo su aspecto, en una palabra, revelaba la fiebre que interiormente le devoraba.

Había necesidad de sacar cuanto antes de la cárcel el cuerpo de su mujer. Cuando le dieron el aviso lo recibió con calma y hasta reconoció la conveniencia. Casi todos los presos se reunieron para ver el entierro. Cuando apareció Jorge Heyling, se dividieron en dos filas. Adelantóse con paso precipitado y fué á colocarse en ese pequeño espacio cerrado con barras de hierro que hay junto á la puerta de entrada; todos se retiraron movidos por un sentimiento instintivo de delicadeza. En breve bajó el grosero ataúd llevado en hombros de cuatro sepultureros. Le acogió sombrío silencio, interrumpido solamente por las lamentaciones de las mujeres y por el ruido de las pisadas de los enterradores. Cuando llegaron al sitio donde estaba el desconsolado esposo, detuviéronse. Éste alargó la mano á la caja, y arrancando maquinalmente el velo que la cubría, les hizo seña de continuar. Los carceleros que estaban en el portal se quitaron el sombrero; pasó el féretro, y la pesada puerta se cerró trás de él. Heyling miró con aire distraído á cuantos le rodeaban, y cayó desplomado al suelo.

Hubo que velarle día y noche durante muchas semanas; pero aun en los más violentos accesos de la fiebre no perdió ni la conciencia de sus desgracias, ni el recuerdo del juramento que había hecho. Ante sus ojos se sucedían con la rapidez confusa del delirio lugares, escenas y sucesos varios; y sin embargo, todos sus sueños estaban relacionados de alguna manera con el terrible aconte-

cimiento que llenaba su alma. Navegaba por un mar sin límites. El cielo ardiente parecía ensangrentado; las olas furiosas se levantaban y arremolinaban por todas partes. Otro buque surcaba trabajosamente las ondas agitadas; sus velas desgarradas flotaban como cintas en los mástiles; el puente se veía lleno de criaturas humanas sobre las que á cada instante se desplomaban olas monstruosas que las barrían y echaban al espumoso mar. Sin embargo, el barco que tripulaba Heyling avanzaba por en medio de la mugiente masa de las aguas, con una velocidad y una fuerza irresistibles. Encuentra por delante al otro buque y lo pasa por ojo. Suena un grito terrible, el grito de muerte de cien desgraciados; tan horroroso, que retumba por encima de los clamores de los elementos; tan agudo, que parece taladrar el aire y el Océano y los cielos. Pero ¿qué es aquello? ¿De quién es aquella vieja cabeza gris que flota sobre las olas, que lucha con la muerte, y cuyos gritos, así como la mirada angustiosa, piden auxilio? En cuanto le ve Jorge Heyling arrójase al mar; nada vigorosamente hacia el anciano; ¡se acerca! ¡sí! es su fisonomía. El viejo le ve venir y hace esfuerzos inútiles para escapar. Heyling le coge, le aprieta, le arrastra debajo de las olas, ¡al fondo! ¡al fondo! bajo las masas tenebrosas del agua. Los esfuerzos del anciano son cada vez más débiles y en breve cesan por completo. Ya ha muerto. Heyling le ha matado. ¡Cumplió su juramento!

Solo y con los pies descalzos atraviesa las ardientes llanuras de un inmenso desierto. La arena que levanta el simún le ahoga y le ciega. Sus imperceptibles granos penetran en los poros de su piel produciéndole una irritación que le lleva hasta al furor. Masas gigantescas del mismo polvo arrastradas por el viento y enrojecidas por

el sol se mueven á su alrededor como columnas de fuego vivo. Los huesos de los viajeros que perecieron en aquellos horribles desiertos blanquean el terreno que se extiende á sus pies; una luz sanguinolenta ilumina todos los objetos que le rodean; y tan lejos como su vista alcanza sólo se ven motivos de miedo y de horror. Inútilmente trata de dar un grito de desesperación; su lengua encendida se pega al paladar. Precipítase hacia adelante con desesperación. Dotado de fuerza sobrenatural, hiende las arenas movedizas; pero al fin, extenuado por la sed y por el cansancio, cae en tierra sin conocimiento. ¿Qué deliciosa frescura le reanima? ¿De dónde viene este agradable murmullo? Es el agua; es una fuente; su clara corriente se desliza á sus pies. Bebe con ansia, y reposando en la orilla sus miembros doloridos cae en un delicioso sopor. Le despierta ruido de pasos. Un anciano, con la cabeza gris, adelanta tambaleándose para aplacar la sed devoradora.

¡También es él! Heyling sujeta al viejo por el brazo y le aleja de la onda bienhechora.

¡Inútilmente lucha presa de horribles convulsiones! ¡Inútilmente pide agua con gritos desgarradores, una sola gota de agua para salvar su vida! Heyling le separa con brazo implacable; contempla con ojos ávidos su larga agonía, y cuando la blanca cabeza cae sin vida sobre el seno, suelta el cadáver y lo rechaza con el pie.

Cuando le abandonó la fiebre, cuando recobró el conocimiento, despertóse para encontrarse libre y rico; para saber que su padre, que le habría dejado morir en una cárcel, que había dejado, á los que le debían ser más caros que su propia existencia, perecer de necesidad y de esa tristeza del alma que ningún médico puede curar; que su desnaturalizado padre había sido encontrado muerto en

su propio lecho. Hubiese tenido valor para dejar perecer á su hijo como un mendigo; pero orgulloso de su salud y de su fuerza había retardado el tomar las medidas para ello, hasta el momento en que ya era demasiado tarde para tomarlas; y ahora podía rechinar los dientes en el otro mundo, pensando en las incalculables riquezas que aquel abandono había hecho pasar á manos de su hijo.

Jorge Heyling volvió en sí para hacerse cargo de su nueva fortuna, para acordarse del terrible juramento que había pronunciado, para recordar que su enemigo era el padre de su propia mujer, el hombre que le había hecho encerrar en la cárcel y que, cuando su hija y su nieto se habían arrojado á sus pies para pedirle gracias, los había rechazado con desprecio.

¡Oh! ¡cómo deploraba el desgraciado Heyling la debilidad que le impedía levantarse y continuar activamente su venganza!

Hizo que le transportasen lejos de los lugares que habían sido testigos de su miseria y de la doble pérdida que acababa de experimentar; se retiró á las orillas del mar, en una residencia tranquila, pero no con la esperanza de recobrar la dicha ni aún el sosiego, pues ambos habían huido para siempre, sino con el objeto de encontrar la energía perdida, y de meditar sobre el proyecto que alimentaba con implacable persistencia. En aquel mismo punto le facilitó, sin duda algún espíritu malo, la ocasión de su primera y más horrible venganza.

Era en verano: sumido en sus sombríos pensamientos, Heyling salía todas las tardes de su solitario retiro, y seguía por un estrecho sendero al pie de los acantilados, hasta un sitio solitario y silvestre que había descubierto en sus paseos y que era el que más había satisfecho á su exaltada imaginación. Sentábase sobre un pedazo de

roca, y con la cabeza entre las manos permanecía horas enteras, hasta que las altas sombras de los gigantescos peñascos que amenazaban su cabeza envolvían con su espeso manto todos los objetos de los alrededores.

Una tarde tranquila estaba allí sentado en su postura habitual, levantando de vez en cuando los ojos para seguir el vuelvo de una gaviota, ó para contemplar el glorioso surco de luz que, empezando en la misma orilla del Océano, parecía conducir hasta el extremo del horizonte, en donde el sol empezaba á ponerse. De pronto, la tranquilidad del paisaje fué turbada por un prolongado grito de desesperación. Heyling escuchó, porque no estaba completamente seguro de haber oído bien; repitióse el grito de una manera aún más desgarradora y se dirigió á todo correr hacia el punto de donde partía el ruido.

La escena que se presentó á sus ojos era por sí sola bastante elocuente. En la playa había algunos vestidos; una cabeza de hombre asomaba apenas sobres las olas á poca distancia de la costa, y un anciano corría acá y acullá por los arenales retorciéndose las manos desesperado y pidiendo socorro. Heyling, cuyas fuerzas estaban bastante restablecidas, quitóse la ropa y se dirigió hacia el agua con objeto de precipitarse y salvar al hombre que se ahogaba.

— ¡Dáos prisa, señor, en nombre de Dios! ¡Salvadle, salvadle por la gloria eterna! Es mi hijo, señor, mi único hijo! — dijo el anciano acercándose tembloroso de emoción. — ¡Mi único hijo, señor, que está muriendo en presencia de su padre!

En cuanto el anciano pronunció sus primeras palabras, aquél á quien miraba como un salvador se detuvo, y, cruzando los brazos sobre el pecho se quedó inmóvil.

— ¡Gran Dios! — exclamó el viejo retrocediendo — ¡Heyling!

Heyling sonrióse y guardó silencio.

— ¡Heyling! — repitió el anciano, víctima de la mayor desesperación, — ¡mi hijo, Heyling! ¡Mi hijo querido! ¡Vedle! . . . ¡vedle! . . . Y agobiado por la angustia, el miserable padre señalaba el punto en donde el joven luchaba con la muerte.

— ¿Oís? — continuó el anciano. — ¡Acaba de dar un grito! ¡Aun vive! ¡Heyling! ¡salvadle! . . . ¡salvadle!

Heyling se sonrió de nuevo, pero tampoco hizo ningún movimiento.

— ¡Os he maltratado! — gritó el anciano cayendo de rodillas y juntando las manos, suplicante. — ¡Vengáos! ¡Tomád mis bienes! ¡tomád mi vida! ¡arrojadme al agua en vuestra presencia, y si la naturaleza se puede contener, moriré sin moverme! ¡Por compasión, Heyling, matadme y salvad á mi hijo! ¡Es tan joven! ¡Tan joven aún para morir! . . .

— ¡Escuchadme! — dijo Heyling agarrando fuertemente las muñecas del anciano. — ¡Quiero cobrarme vida por vida y ya tengo una! ¡También mi hijo murió en presencia de su madre! y murió en una agonía mucho más horrible que la de ese joven calumniador de su hermana. Entonces os reíais; entonces le echábais la puerta en el rostro á vuestra hija, á vuestra hija que sentía ya los primeros síntomas de la muerte. Os reíais de nuestros sufrimientos . . . ¿qué pensáis ahora? . . . ¡Miradle! ¡miradle!

Y una vez dichas estas palabras Heyling le señaló el Océano. Oyóse un grito débil; las últimas y terribles convulsiones de un ahogado agitaron las olas movedizas. Pocos momentos después la superficie del mar quedóse tersa, y la mirada no podía distinguir el punto donde el

joven se había hundido encontrando una tumba prematura . . .

Al cabo de tres años bajó de su carruaje un caballero á la puerta de la casa de un abogado de Londres, muy conocido porque era poco escrupuloso. Pidióle una entrevista para un asunto de la mayor importancia. El rostro del caballero estaba pálido, ojeroso, demacrado y no se necesitaba toda la perspicacia del abogado para comprender que las enfermedades ó las desgracias habían hecho más estragos en su cuerpo que lo que hubiesen podido causar dobles años de vida.

— Quisiera — dijo el desconocido — que os encargaseis de un negocio que me interesa mucho.

El abogado le saludó muy complaciente y echó una mirada al paquete que el caballero tenía en la mano. Éste lo observó y dijo:

— No se trata de un asunto ordinario, y los papeles que veis han caído en mis manos á costa de muchos trabajos y de no pocos gastos.

El abogado examinó el lío aún con mayor curiosidad, y el cliente desató la cinta que los sujetaba para enseñarle numerosos pagarés, copias de actas y otros documentos.

— Como veis — dijo el cliente — el sujeto cuyo nombre tenéis aquí tomó á préstamo grandes sumas hace algunos años sobre la garantía de estos papeles. Convino tácitamente con sus primeros prestamistas, á quienes he comprado poco á poco sus créditos por el triple ó cuádruplo de su valor; convino, digo, en que estos pagarés se renovarían de vez en cuando hasta cierta época; pero esta condición no consta en ninguna parte. El sujeto en cuestión ha experimentado recientemente grandes pérdidas, y si estas obligaciones se le reclaman en un mismo día le dejarán en la miseria.

— El total sube á algunos miles de libras esterlinas — dijo el abogado mirando los papeles.

— Sí — contestó el cliente.

— Bueno. ¿Y qué es lo que vamos á hacer?

— ¡Qué vais á hacer! — exclamó el cliente preso de súbita violencia. — Emplear, para perderle, todos los recursos de la ley, todas las sutilezas del engaño, todos los medios, honrados ó no, que pueda inventar el práctico sutil. Quiero que muera de una muerte prolongada y horrorosa, ¡Arruinadle, prendedle, vended sus bienes y sus tierras, echadle de su casa! ¡Qué mendigue en la vejez y que muera en la cárcel!

— Pero los gastos, los gastos, señor, de todo esto . . . — observó el abogado. Él queda en la ruina. ¿Quién pagará los gastos? . . .

— Fijad una suma — exclamó el desconocido, cuyas manos temblaban de una manera tan violenta que apenas podía sostener la pluma; — fijad una suma cualquiera y la cobraréis en seguida. ¡No tengáis miedo á pedir, porque todo me parece poco con tal de conseguir mi objeto!

El abogado fijó una cantidad bastante fuerte, más para saber hasta dónde quería llegar su cliente, que con la esperanza de que se la otorgase. El desconocido, sin pensarlo dos veces, escribió un pagaré á la orden de un banquero, se lo entregó y fuése.

El pagaré fué abonado en el acto, y, viendo que podía contar con su extraño cliente, el abogado se puso á trabajar. Durante más de dos años consecutivos Heyling fué á pasar días enteros en el bufete, inclinado sobre los papeles que se iban acumulando, á medida que se entablaba una demanda sobre otra demanda, un pleito sobre otro pleito. Leía y releía con verdadera complacencia las demandas de desahucio, los suplicatorios, las pruebas

evidentes de la ruina segura que debía sufrir la parte contraria. Á todas las súplicas, para que hubiese alguna clemencia, se contestaba lo mismo: — *Es preciso pagar.* — Tierras, casas, muebles, se vendieron unos tras de otros, y hasta el mismo anciano hubiese sido encarcelado á no huir, burlando la vigilancia del guardia encargado de su captura.

En vez de calmarla el éxito, parece que, antes al contrario, la implacable animosidad de Heyling se aumentaba con la ruina de la parte contraria. No tuvo límites su desesperación cuando supo la fuga del anciano. Rechinó los dientes, se arrancó los cabellos y llenó de imprecaciones horribles á los hombres á quienes había encargado la detención. Se le pudo, por fin, devolver cierta tranquilidad con las seguridades de que el fugitivo sería al fin descubierto. Se enviaron emisarios á todas partes, se apeló á todas las estratagemas imaginables para conocer el sitio donde se ocultaba; pero todo fué inútil y transcurrieron seis meses sin poderlo encontrar.

Una noche, á hora muy avanzada, Heyling, de quien no se había oído hablar en algunas semanas, se presentó en las habitaciones reservadas de su abogado y encargó le dijesen que cierta persona deseaba hablar con él inmediatamente. El abogado reconoció su voz desde lo alto de la escalera; pero antes de que pudiese dar orden para introducirle, Heyling había subido ya todos los escalones y entraba en el salón, pálido y emocionado. Después de cerrar la puerta, dejóse caer en un sillón y dijo con voz baja:

— ¡Por fin le he encontrado!

— ¡Bueno! — dijo el abogado — ¡Muy bien! ¡muy bien!

— Se halla oculto en una casa muy miserable de Cam-

den. Quizás esté allí desde que le perdimos de vista, porque vive solo y en la miseria más abyecta. Está pobre, muy pobre.

— Está bien — contestó el abogado. — Supongo que le querréis prender mañana mismo.

— Si . . . pero . . . no; pasado mañana. Quizás os sorprenderá en mí este cambio de ideas — añadió el cliente con sonrisa horrible; — pero se me había olvidado . . . Pasado mañana es un aniversario en su vida. Le prenderemos pasado mañana.

— Está bien. ¿Queréis dar algunas instrucciones al agente?

— No; que me espere aquí mismo á las ocho de la noche, y yo mismo le acompañaré.

Efectivamente, se reunieron á la hora convenida, y tomando un coche de alquiler, dieron orden para que se detuviese á la esquina del callejoncito que hay junto al *York House* de Camden. Cuando llegaron ya estaba muy entrada la noche. Siguieron la pared del hospital veterinario y penetraron en una callejuela rodeada de hoyos y de campos.

Heyling, con el sombrero echado á los ojos y envuelto en el abrigo, se detuvo delante de la casa más miserable de la calle y llamó con cuidado. Una vieja abrió acto continuo la puerta é hizo una seña de inteligencia. Heyling le dijo quedo al guardia que le esperase, subió las escaleras, abrió la puerta de un cuarto y entró de repente.

El objeto de sus implacables pesquisas, ya viejo y decrépito, estaba sentado junto á una deteriorada mesa de pino, sobre la que no había más que una miserable luz. Al entrar el desconocido estremecióse y se levantó con dificultad.

— ¿Aún más? ¿aún más? — preguntó con voz cascada.

— ¿Qué nueva desgracia me espera? — ¿Qué queréis de mí?

— Una sola palabra — contestó Heyling; — y al mismo tiempo se sentó al otro extremo de la mesa, desde donde, quitándose el sombrero y el abrigo, dejó ver su fisonomía.

El viejo, sorprendido, se desplomó sobre el asiento, y juntando las manos contempló aquella aparición con una mirada en la que se mezclaban el espanto y el temor.

— Hoy hace seis años — dijo Heyling — que reclamé de vos para mi hijo la vida que me debíais. Anciano, sobre el cadáver de vuestra hija juré vivir una vida de venganza; desde entonces no he olvidado mi juramento ni un instante; pero si lo hubiese olvidado, el recuerdo de la mirada de aquella inocente criatura, cuando se moría delante de mí sin quejarse; el recuerdo del rostro hambriento de nuestro desgraciado hijo, me hubiesen fortalecido para el cumplimiento de mi deber. Ya os acordáis de mi primera venganza; la de hoy será la última.

El viejo estremecióse y sus manos se desplomaron sin fuerza.

— Mañana me marcho de Inglaterra — añadió Heyling, después de una corta pausa. — Esta noche os entrego á la muerte viva á que me condenasteis . . . ¡á una prisión sin esperanza! . . .

Al llegar aquí miró al viejo y dejó de hablar; acercó la luz á su rostro descarnado, volvió á dejarle lentamente sobre la mesa y salió de la habitación.

— Haced el favor de subir á ver al pobre viejo, porque me parece que está mal — le dijo á la mujer, mientras abría la puerta de la calle y le hacía seña al guardia para que le siguiese. — La mujer cerró la puerta, subió tan de prisa como pudo y encontró al viejo . . . ¡muerto!

En un de los valles más pintorescos del jardín británico,

en uno de los cementerios más tranquilos del condado de Kent, donde las flores silvestres se reproducen constantemente, donde los pájaros cantan sin cesar, bajo una losa sencilla y pulimentada, descansan en paz la madre y el hijo. Las cenizas del padre no se han mezclado con las suyas, y desde su última conferencia el abogado no ha vuelto á tener noticias del cliente.

Carlos Dickens.

LOS SNOBS

GUILLERMO M. THACKERAY



Guillermo M. Thackeray

GUILLERMO M. THACKERAY

Es uno de los más famosos humoristas ingleses. Nació en Calcuta, en 1811. Á los diez y seis años fué enviado á Inglaterra, en donde completó su educación. Cursaba en Cambridge la carrera de leyes, pero sus aficiones artísticas le impulsaron á viajar por el gran mundo antes de graduarse.

Vivió en Francia, Italia y Alemania; hizo en Weimar la vida de un hombre á la moda, y fué admitido en el trato íntimo del gran duque y la gran duquesa. Después contrajo matrimonio, y fué durante algunos años corresponsal en París de un periódico que había fundado su suegro en Londres. Escribió más tarde una serie de cuentos y de críticas literarias en el *Fraser's Magazine*, y fué redactor del *Punch*.

En 1851 obtuvo un gran éxito como conferencista, tratando acerca de *Los humoristas ingleses en el Siglo XVIII*, desde Swift hasta Goldsmith, y escribió, ya en plena reputación literaria, varias novelas, biografías y estudios de costumbres, que le dieron merecida fama.

Sus obras más celebradas son la *Historia de Pendenis*, *La feria de las vanidades* y *El libro de los snobs*, del que está tomado el artículo que sigue á las presentes líneas.

Menos entusiasta y expansivo que Dickens, y de prosa menos lírica y pintoresca, le aventaja en agudeza de ingenio, en intención satírica y en ironía.

Murió en Londres en el año 1863.

LOS SNOBS[1]

Se puede ser snob á medias ó completamente. Declaro snobs completos á los que persisten siendo snobs en cualquier sitio en que se hallen, día y noche, desde la cuna al

[1] La palabra *snob*, conocida y empleada con frecuencia desde que la inventó el gran humorista inglés autor de este trabajo, tiene gran semejanza en su significación con la palabra *cursi*, admitida ya por la Academia Española. Expresa la idea de vulgaridad en acción, del quiero y no puedo, del desequilibrio cómico entre la presunción y los medios de realizar lo que se presume: el elegante si recursos para serlo, el poeta sin inspiración, la fea presumida, el condecorado sin méritos; todo lo contrario á la naturalidad, la belleza y la honradez.

sepulcro; á los que la naturaleza ha creado snobs por esencia, al paso que otras personas no revelan su snobismo sino en ciertos casos extraordinarios ó en determinadas ocasiones.

Por vía de ejemplo, voy á citar á un hombre que cometió delante de mí una acción tan abominable como si hubiera empleado el tenedor en clase de mondadientes. El sujeto á que me refiero estaba sentado á la mesa conmigo en el Café de Europa, frontero á la Gran Ópera; único restaurant de Nápoles en el cual puede comer un *gentleman* que se estime en algo. Estaba sentado aquel sujeto, como digo, á la mesa, y comía guisantes con el cuchillo. Yo le había cobrado verdadero cariño tras de un encuentro en el cráter del Vesuvio; juntos fuimos saqueados y secuestrados por unos bandoleros calabreses, lo cual nada tiene que ver con el hecho de que se trata ahora; pero sí vale para hacer presente que en tales ocasiones pude apreciar su agudo ingenio, su corazón bondadoso y la diversidad de sus conocimientos . . . Pero jamás le había visto enfrente de un plato de guisantes. Y su comportamiento ante aquella ración de legumbres me produjo un violentísimo disgusto.

Después de haber hecho lo que hizo, y tan en público, no me quedaba más que un camino: el de romper toda relación con él. Encargué, pues, á un amigo de ambos, el honorable señor Polyanthos, que se avistase con el mencionado caballero, para hacerle saber, con todas las atenciones posibles, la anulación de nuestras relaciones amistosas, y explicarle que ciertos hechos lamentables, en nada atentatorios á la honra del señor Marrowfat ni á la consideración que siempre me había merecido, me obligaban á renunciar á la intimidad que nos había llegado á unir. Cumplido el encargo, nos encontramos

aquella misma noche en el baile de la duquesa de Montefiasco, y nos despedimos cortésmente.

Fué la comidilla de todo Nápoles aquella separación de Damón y Pitias. Sabíase que Marrowfat me había salvado la vida más de una vez; pero yo apelo á la conciencia de un *gentleman* inglés cualquiera: ¿qué habría hecho hallándose en mi lugar?

Y, sin embargo, aquel apreciable amigo mío se portó como un snob á medias; los personajes de más elevada alcurnia, en cualquiera nación que no sea la nuestra, prodrán emplear el cuchillo de la manera dicha, sin que se les tilde de snobismo. Ahí está Montefiasco, que no se descuidaba nunca de vaciar su plato con el cuchillo, operación en que le imitaban los demás príncipes napolitanos. Yo he visto en la hospitalaria mesa de S. A. I. la gran duquesa Estefanía de Baden, cuyos pies beso y á quien ruego — si este humilde escrito llega á impresionar su imperial retina — que guarde bondadosamente el recuerdo del más adicto de sus servidores; he visto, repito, á la princesa heredera de Potztausend Donnerwetter, esplendor de hermosura angelical, servirse del cuchillo como si fuera un tenedor ó una cuchara; la he visto — y Júpiter no me dejará mentir — á punto de tragarse el acero, á semejanza de lo que hace el charlatán indiano, devorador de cimitarras . . . ¿Y quién me vió entonces pestañear? ¿En qué ha disminuido desde entonces la consideración que la princesa me ha merecido siempre? ¡Ah! ¡No, Amalia gentil! No hubo jamás en el mundo pasión más respetuosa y sincera á un tiempo que la suscitada en mi corazón por aquella dama. ¡Qué hermosa era! . . . ¡Ojalá lleve el cuchillo durante mucho, muchísimo tiempo los alimentos á sus labios, los más sonrosados, los más risueños que he visto en mi vida!

Durante cuatro años permaneció sepultada en lo más hondo de mi alma la causa de mi riña con Marrowfat. Nos encontrábamos en los palacios aristocráticos de amigos y parientes; nos codeábamos en los goces del baile y del festín, pero alejados implacablemente el uno del otro. Parecía que todo había acabado entre ambos, cuando sobrevino el día 4 de Junio del año pasado.

La escena, en el comedor de sir Jorge Golloper; á la derecha él, á la izquierda la encantadora lady Golloper. El menú comprendía un plato de guisantes; recuerdo muy bien que estaban puestos en la fuente alrededor de unos patitos asados. Calambres me dieron cuando ví servir á Marrowfat el plato fatal; volví la cara, con el corazón oprimido, presintiendo el horrible cuadro del cuchillo medio oculto entre las mandíbulas . . .

¡Oh grata sorpresa! Mi ex-amigo estaba comiéndose los guisantes con el tenedor, como el más riguroso ortodoxo. El cortante acero, causante de nuestra discordia, descansaba sobre el mantel. Entonces se agolparon vertiginosos en mi mente antiguos recuerdos; se me presentaron los favores recibidos, nuestro cautiverio en manos de los bandidos, su hidalga conducta con la condesa dei Spinachi, las 1.700 libras que me prestó . . . Rebosando lágrimas alborozadas, y con voz temblorosa por la emoción, exclamé: — ¡Jorge! ¡Chico! . . . ¡Jorge Marrowfat! ¡Querido Jorge! ¡Venga una copa de vino! Se inmutó, se puso colorado y, conmovido hasta las entrañas, me contestó Jorge, con voz casi tan insegura como la mía:

— ¡Muy bien, Frank! ¿Qué quieres, Johannisberg ó Madera?

¡Con qué furia lo hubiera apretado contra mi corazón, si no hubiese habido tanta gente por medio! No sospechaba lady Golloper á qué era debida la emoción que

mandó el ganso que estaba yo cortando, á pasear por el rico vestido de raso rosa. La indulgente señora perdonó mi torpeza, y el «maître d'hôtel» se llevó el ave.

Desde aquel día me unió ejemplar amistad con Jorge, curado para siempre de la aborrecible costumbre adquirida en una casa de huéspedes campesina, donde cultivaban guisantes y ponían en la mesa tenedores de dos dientes.

Como no faltará algún lector bastante duro de mollera, no estará de más explicar la moraleja del cuento. Héla aquí: la sociedad dicta ciertos usos, y los individuos que la componen están obligados á seguir esos preceptos que, por lo demás, son del todo inofensivos.

Si yo quisiera presentarme al Instituto Británico y Extranjero (¡guárdenme los cielos de semejante locura y de la librea consecutiva!), si concurriese á una de las veladas del Instituto, de bata y zapatillas en vez de lucir el traje de rigor en toda persona decente: zapatos escotados chaleco bordado, «clac,» camisa con chorreras y corbata de las que estrangulan . . . la sociedad entera se consideraría justamente ofendida; vendría á ser lo mismo que si me comiese los guisantes con cuchillo. De consiguiente, los porteros del Instituto estarían muy en su lugar echando á la calle á quien perpetrase tamaña afrenta. Desdeñar la urbanidad hasta un punto tal, es ser snob de la clase de relapsos é impenitente.

Me es insoportable el egoismo refinado de ciertos sujetos que no se cuidan más que de sí mismos, que se elogian á sí mismos con un desahogo repulsivo . . . Advierto esto, para poder contar un caso que aclara mucho el punto de que se trata; caso en el cual sospecho que mostré una prudencia extraordinaria.

Hace de ello algunos años. Yo me encontraba en

Constantinopla, en cumplimiento de una espinosa misión. Acá, para *inter nos*, debo decir que los rusos no jugaban limpio, por lo que nuestro gobierno comprendió que era de todo punto indispensable tener á un enviado extraordinario cerca de la Sublime Puerta. Leckerbiss, bajá de Rumelia, por aquel entonces ministro de Negocios Extranjeros, daba un banquete, en su palacio veraniego de Buyuk-deré, al cuerpo diplomático. Yo estaba sentado á la izquierda del ministro, quien colocó á su derecha á Didloff, representante de Rusia. El tal Didloff era una pura sensitiva, capaz de desmayarse por haber olido una rosa. Yo sabía que había intentado hacerme asesinar tres veces en el transcurso de las negociaciones; pero, como es de suponer, en público aparentábamos la más cordial amistad, y nos saludábamos con verdadera efusión y cariñosa premura. Leckerbiss-bajá es — ó, mejor, era, pues fué suprimido mediante el oportuno cordón de seda — uno de los primates del partido tradicionalista turco; lo cual explica que comiéramos todos con los dedos, sirviéndonos de rebanadas de pan á modo de platos. La única transgresión que se permitía el ministro á sus principios castizos, era la de beber nuestros vinos europeos, á los que era realmente aficionado. En la mesa parecía el ogro de los cuentos. Resaltaba entre los manjares una fuente grandísima, colocada delante del anfitrión, la cual contenía un corderito envuelto en sus lanas, relleno de ciruelas, ajos, asafétida, pimienta en rama y otros variados condimentos por el estilo, componiendo un guiso horroroso, tan repugnante al olfato como al paladar. El ministro se atracó con ferocidad salvaje, y se empeñó, á la usanza oriental, en servir personalmente á los amigos predilectos que había sentado á sus lados. Escogió para ello un pedazo de carne, el más recargado de especias,

para llevarlo con su propia mano á la boca del primero de sus convidados.

Jamás olvidaré la cara que puso el desdichado Didloff cuando Su Excelencia hubo amasado una porción de cordero en forma de albondiguilla y exclamando: «¡buk, buk!» (lo cual en turco significa «bueno» ó «exquisito»), le propinó la primera de las nauseabundas píldoras. Al sentir el ruso en sus labios el amasijo, parecía que se le iban á saltar los ojos de las órbitas. Tragó, finalmente, la albóndiga, sacudido por espasmos de endemoniado; fuera de sí, alargó la mano hacia una botella que se figuró de Sauternes y que era de aguardiente de Cognac, y la vació de un trago antes de conocer su error. Aquel trago fué el golpe que lo remató. Medio muerto lo sacaron de la sala del festín, y lo dejaron, para que le diera el aire, en una terraza bañada por el Bósforo.

Entre tanto me tocó el turno del obsequio ministerial, y me tragué la píldora con una sonrisa en los labios, sobre los cuales pasé la lengua después, como paladeando extático las mieles y ambrosías del guisote.

Hice aún más: al servirme el plato siguiente, manipulé la clásica albondiguilla con tal destreza, y con tal donaire se la metí en la boca al viejo ministro, que en un momento gané todo su favor. Resultado: Rusia fracasa y se firma el tratado de Kabobanopla.

En cuanto á Didloff, quedó irremediablemente perdido. Llamado en seguida á San Petersburgo, fué á parar al Ural, en cuyas minas sir Roderick Murchison lo ha visto trabajar, señalado con el número 3.967.

¿Es necesario exponer la lección sacada de esta verídica historia? Pues, que en la sociedad hay multitud de cosas repulsivas que debemos tragar con cara de Pascuas.

Guillermo M. Thackeray.

FRANCISCO BRET HARTE

Nació en Albany, Estado de Nueva York, el día 25 de Agosto de 1839. Después de haber cursado estudios literarios y pedagógicos en un Seminario de aquella ciudad, se trasladó á California, en los días más novelescos de la fiebre del oro. Fué allí maestro de escuela, minero, tipógrafo y periodista. En esta última profesión se dió á conocer ventajosamente publicando unos bocetos de costumbres mineras, llenos de interés dramático, de colorido y de naturalidad. El titulado *La Suerte de Roaring Camp*, que se publica á continuación de estos apuntes, fué uno de los bocetos que contribuyeron poderosamente á darle fama.

Escribió también versos y compuso novelas de cierta extensión; pero su especialidad sobresaliente es el boceto, en que su natural humorismo se combina admirablemente con la intensidad dramática de los cuadros y la rapidez de la acción.

Es uno de los escritores realistas modernos más populares de los Estados Unidos.

Sus obras más celebradas son *Concepción Argüelles*, *El túnel*, *La Suerte de Roaring Camp*, *Los proscritos de Poker Flat*, *Miggles* y *El chino idólatra*.

LA SUERTE DE ROARING CAMP

AGITÁBASE en conmoción Roaring Camp. No podía ser por una reyerta, pues en el año 1850 no era ésta novedad bastante para reunir todo el campamento. No sólo estaban desiertos los fosos, sino que hasta la especiería de Tuttle contribuía también con sus jugadores, quienes el mismo día en que Pedro el francés y Kanaka Joe se mataron á tiros por encima del mostrador, continuaron reposadamente su partida sin interrumpirla un instante, en la sala delantera. Todos los vecinos se hallaban reunidos ante una cabaña tosca, hacia el lado exterior del campamento. La conversación seguíase en voz baja, y á menudo se repetía el nombre de una mujer, nombre bastante familiar en el campamento: *Cherokee Sal.*

Era una mujer grosera y pecadora, la única del campamento Roaring, y cabalmente entonces sufría la crisis suprema en que más necesitaba los cuidados de su sexo. Parecía indudable que muchos de los espectadores se hallaban afectados por los sufrimientos de la infeliz. Sandy Tipton pensaba que aquello era muy «duro para Sal,» y conmovido con tal reflexión, se hizo por el momento superior al hecho de tener escondidos en la manga un as y dos triunfos.

Se comprenderá también la novedad del caso. No eran nada raros los fallecimientos en Roaring Camp, pero un nacimiento no era cosa conocida. Se había expulsado á varias personas del campamento, sin posibilidad de que volvieran; pero ésta era la primera vez que en él se introducía alguien *ab initio*. De aquí la conmoción.

— Entra tú ahí, Stumpy — dijo un ciudadano prominente, conocido por Kentuck, dirigiéndose á uno de los ociosos. — Entra ahí y mira lo que puedas hacer, tú que tienes experiencia en esos negocios.

La elección no podía ser más acertada. Stumpy en otros climas había sido cabeza de dos familias. No se sabía bien á qué informalidad legal se debió que Roaring Camp, pueblo hospitalario, le contase en su sociedad. La multitud aprobó la elección, y Stumpy fué bastante sabio para acomodarse á la voluntad de la mayoría. La puerta se cerró tras el improvisado cirujano, y todo Roaring Camp se sentó en los alrededores de la cabaña, fumó su pipa y aguardó el desenlace.

La asamblea contaba unos cien hombres; uno ó dos de ellos verdaderamente fugitivos de la justicia, otros eran criminales, y todos profesaban el «qué se me da á mí.» Físicamente no dejaban traslucir el menor indicio sobre su vida y carácter pasados. El más desalmado tenía

una cara de Rafael, con profusión de cabellos rubios: Oakhurst, el jugador, tenía el aire melancólico y el ensimismamiento intelectual de un Hámlet: el hombre más sereno y valiente apenas medía cinco pies de estatura, con una voz dulce y maneras tímidas y afeminadas. El término «truhanes» aplicado á ellos constituía más bien una distinción que una injuria. Tal vez los detalles menores, como dedos de las manos y pies, orejas, etc., faltaban en el campamento; pero estas leves omisiones no le quitaban nada de su fuerza colectiva. El hombre más fuerte entre ellos no tenía más que tres dedos en la mano derecha; el más certero tirador sólo tenía un ojo.

Tal era el aspecto físico de los hombres dispersos en torno de la cabaña. El campamento lo formaba un valle triangular entre dos montañas y un río, y era su única salida un escarpado sendero que escalaba la cima de un monte frente á la cabaña, camino iluminado entonces por la luna que se levantaba.

La paciente podía haberlo visto desde el tosco lecho en que yacía. Podía verle serpentear como un hilo de plata, hasta parecer que en su alto confinaba con las estrellas. Un fuego de ramas de pino carcomidas fomentaba la sociabilidad de la reunión. Poco á poco reapareció la alegría natural de Roaring Camp. Se hicieron apuestas á discreción respecto al resultado. Tres, cuatro, cinco á que Sal saldría con bien del trance; también se apostó, además á que viviría la criatura, y se atravesaron apuestas aparte acerca del sexo y complexión del presunto huésped. En medio de la charla oyóse una exclamación de los que estaban más cercanos á la puerta, y calló el campamento para escuchar. Dominando el rumor del aire entre los pinos, el murmullo de la rápida corriente del río y el chisporrotear del fuego, oyóse un grito agudo, quejum-

broso, un grito que no se parecía á nada de lo que hasta allí se había oído en el campamento. Los pinos cesaron de gemir, el río cesó en su murmullo y el fuego en su chisporroteo: parecía como si la naturaleza se hubiese parado también para escuchar.

El campamento se levantó como un solo hombre. Alguien propuso volar un barril de pólvora, pero prevalecieron más sanos consejos, y sólo se acordó el disparo de algunos revólvers, en consideración al estado de la madre, la cual, ya fuese por lo tosco de la cirugía del campamento, ó por algún otro motivo, se acababa por instantes. Antes de una hora, como si ascendiese por aquel escarpado camino que parecía conducir á las estrellas, salió ella para siempre de Roaring Camp. No creo que tal noticia preocupase mucho á nadie, á no ser por la suerte de la criatura.

— ¿Podrá vivir ahora? — le preguntaron á Stumpy. Su contestación fué dudosa. El único ser femenino que quedaba en el campamento en condiciones de maternidad era una burra. Hubo sus dudas acerca de la propiedad de semejante nodriza, pero se sometió á la prueba, y resultó satisfactoria.

En el arreglo de todos estos detalles, se pasó todavía otra hora. Por fin se abrió la puerta, y la ansiosa muchedumbre de hombres que ya se había formado en cola, desfiló ordenadamente por el interior. Al lado del bajo lecho de tablas, sobre el cual se dibujaba fantásticamente perfilado el cadáver de la madre envuelto en la manta, había una mesa de pino. Ésta sustentaba una caja que había contenido velas, y dentro, envuelto en franela de un encarnado chillón, estaba tendido el recién llegado al campamento. Al lado de la caja de velas había un sombrero boca arriba; pronto se comprendió su destino.

— Señores — dijo Stumpy, con una extraña mezcla de

autoridad y de complacencia «ex-oficio,» tendrán ustedes la bondad de entrar por la puerta principal, dar la vuelta á la mesa, y salir por la puerta del fondo. Los que deseen contribuir con algo para el huérfano, encontrarán á mano un sombrero.

El primer hombre entró con la cabeza cubierta, pero al girar una mirada en torno suyo se descubrió, y así, inconscientemente, dió el ejemplo al próximo, pues en tal comunidad de gentes, las acciones buenas y malas son contagiosas. Á medida que desfilaba la procesión, se dejaban oír los comentarios críticos, dirigidos más particularmente á Stumpy en su calidad de expositor:

— ¿Y esto?

— El ejemplar es muy pequeño.

— ¡Qué coloradote está!

— ¡Si no es más largo que un revólver!

No fueron menos característicos los donativos: una caja de rapé, de plata; un doblón; un revólver de marina, montado en plata; un lingote de oro; un hermoso pañuelo de señora primorosamente bordado (de parte de Oakhurst, el jugador); un alfiler de pecho, de diamantes; una sortija de diamantes (regalo sugerido por el precedente, con la observación del dador de que vió aquel alfiler y lo mejoró con dos diamantes); una honda; una biblia (dador incógnito); una espuela de oro; una cucharita de plata (siento tener que decir que sus iniciales no eran las del dador); un par de tijeras de cirujano; una lanceta; un billete del banco de Inglaterra, de cinco libras, y como unos doscientos duros sueltos, en oro y en monedas de plata. Durante la ceremonia, Stumpy mantuvo un silencio tan absoluto como el de la muerta que tenía á su izquierda, y una gravedad tan indescifrable como la del recién nacido, á su derecha.

Sólo un incidente rompió la monotonía de aquella extraña procesión. Mientras Kentuck se inclinaba curiosamente sobre la caja de velas, la criatura se volvió, y en un movimiento de espasmo cogió el errante dedo del minero y lo retuvo fuertemente por un momento. Kentuck puso la estupefacta cara de un imbécil.

— ¡Maldito pillete! — dijo — retirando su dedo con mayor ternura y cuidado de los que se podían sospechar en él.

Y al salir mantenía el dedo algo separado de los demás, examinándolo cuidadosamente.

— Se ha peleado con mi dedo — dijo á Tipton, mostrando este órgano privilegiado. — ¡Maldito pillete!

Las cuatro eran cuando el campamento se retiró á descansar. Ardía una luz en la cabaña donde alguien velaba; Stumpy no se acostó aquella noche ni Kentuck tampoco; éste bebió á discreción y relató gustosamente su aventura de un modo invariable, terminándola con la calificación característica del recién nacido; esto parecía ponerle á salvo de cualquiera acusación injusta de sensibilidad, y Kentuck tenía las debilidades del sexo fuerte. Cuando se hubieron acostado todos, se llegó hasta el río silbando con aire pensativo. Después remontó la cañada, y pasó por delante de la cabaña silbando aún con significativo descuido. Descansó junto á un enorme palo de campeche; y volviendo sobre sus pasos, otra vez pasó por la cabaña. Á la mitad del camino del río se paró de nuevo, retrocedió y llamó á la puerta. Stumpy le abrió.

— ¿Cómo va? — dijó Kentuck — mirando por encima de Stumpy hacia la caja de velas.

— Todo marcha — contestó Stumpy.

— ¿Ocurre algo?

— Nada.

Hubo una pausa, una pausa embarazosa. Stumpy continuaba con la puerta abierta; Kentuck recurrió á su dedo, que mostró á Stumpy.

— ¡Se peleó con él, el maldito pillete — dijo, y se retiró.

Al día siguiente Cherokee Sal tuvo la ruda sepultura que podía darle Roaring Camp; después, cuando su cuerpo hubo sido devuelto al seno de la tierra, se celebró una reunión formal en el campamento para discutir lo que había de hacerse con su hijo. La resolución de adoptarle fué unánime y entusiasta. Pero á la vez se suscitó una animada discusión respecto de la posibilidad y manera de proveer á sus necesidades. Fué de notar que los argumentos no participaron de ninguna de aquellas feroces personalidades á que conducían, por lo general, las discusiones en Roaring Camp. Tipton propuso enviar la criatura á Red-Dog, á cuarenta millas de distancia, donde se le podrían prodigar femeniles cuidados: pero la desgraciada proposición encontró firme y unánime oposición. Vióse claramente que no se tomaría en cuenta plan alguno que encerrase la idea de separarse de la nueva adquisición.

Además — dijo Tom Ryder — aquella gente de Red-Dog lo cambiaría y nos endosaría otro, — incredulidad respecto á la honradez de los vecinos campamentos que prevalecía en Roaring Camp, como en otros sitios.

La entrada de una nodriza en el campamento también encontró oposición. Arguyóse que ninguna mujer decente aceptaría como hogar á Roaring Camp, y añadió el orador que no hacía falta nadie de otro género. Esta idea por dura que fuese, fué el primer síntoma de regeneración del campamento. Stumpy nada dijo; tal vez por motivos de delicadeza no quiso meterse en la elección de su posible sucesor, pero cuando le preguntaron, afirmó resueltamente que él y Jinny (la burra) podían arreglárselas para

sacar adelante la criatura. Algo de original, independiente y heróico había en este plan, que gustó al campamento. Stumpy conservó su cargo, y se envió á Sacramento por algunas prendas.

— Cuidado — dijo el Tesorero poniendo en manos del enviado un saco de polvo de oro, que se pudo encontrar; encajes, trabajos de filigrana, pañales finos y randas . . . cuesten lo que cuesten.

Por extraño que parezca, la criatura salió adelante; tal vez el clima vigoroso de la montaña compensó la insuficiencia maternal. La naturaleza amamantó en su robusto pecho al recién venido. En aquella atmósfera de las colinas, al pie de la Sierra, en aquel aire vivo, de olores balsámicos, halló cordial purificante y vivificador, que le servía de alimento, ó bien una química sutil que le convertía la leche de burra en cal para formar sus huesos, en músculos para revestirlos y en fósforo para ir enriqueciendo el cerebro. Stumpy se inclinaba á creer que se debía todo á los buenos oficios de él y de la burra.

— Yo y la burra — decía — le servimos de padre y de madre.

Y acostumbraba añadir, dirigiéndose al envoltorio mal pergeñado que tenía ante sí:

— Nunca jamás te vuelvas contra nosotros.

Cuando el niño cumplió un mes, hizóse evidente la necesidad de darle nombre. Hasta entonces había sido conocido por «el corderito,» «el niño de Stumpy,» y aún por el tierno diminutivo de «el maldito pillete.» Pero comprendieron en el campamento que esto era vago y poco satisfactorio, y finalmente fué desechado bajo otra influencia. Los jugadores y los aventureros son supersticiosos: Mr. Oakhurst declaró un día que la criatura había llevado la *suerte* á Roaring Camp. Y lo cierto era

que los últimos tiempos habían sido completamente afortunados para el campamento. Así, pues, el nombre de *suerte* fué el decididamente convenido, con el prefijo de Tommy, para mayor claridad. No se hizo alusión alguna á la madre, y el padre era desconocido. Mejor es — dijo el filósofo Oakhurst — llamarle *La Suerte* y comenzar bien el juego.

Quedó señalado el día del bautizo. El lector, que ya ha recogido algunas ideas acerca de la despreocupada irreverencia de Roaring Camp, puede imaginar lo que significaría esta solemnidad. El maestro de ceremonias era un tal Boston, célebre taravilla, y la ocasión parecía ofrecerle chistosas ocurrencias. Este ingenioso bufón pasó dos días preparando una parodia del ceremonial de la iglesia, con algunas alusiones locales. El coro fué convenientemente ensayado, y Sandy Tipton debía ser el padrino. Pero después que la procesión llegó á la arboleda con música y banderas al frente, y la criatura fué depositada al pie de un altar simulado, Stumpy se adelantó al frente de la muchedumbre en expectativa.

— No es mi costumbre echar á perder las bromas, muchachos — dijo el hombrecillo resueltamente, sosteniendo las miradas de todos fijas en él — pero me parece que esto no cuadra. Es jugar de mala ley contra el chiquitín eso de mezclarle en bromas que no puede comprender. Y si es que ha de haber padrino, quisiera saber quién tiene más derechos que yo para ello.

Un profundo silencio siguió al discurso de Stumpy. En honor de todos los bromistas sea dicho, el primero en reconocer la justicia fué el organizador del espectáculo que de esta suerte se vió privado de su éxito.

— Pero — anadió Stumpy rápidamente usando de estas ventajas — estamos aquí para un bautizo y lo tendremos:

Yo te bautizo, Tomás La Suerte, según las leyes de los Estados Unidos y de California, y . . . en nombre de Dios.

Era la primera vez que el nombre de la divinidad se pronunciaba en el campamento, de otro modo que para profanarle. Esta forma de bautizo era tal vez más risible que la que había concebido el bromista Boston, pero — cosa extraña — nadie reparó en ello, nadie se rió. Tommy fué bautizado tan seriamente como lo hubiera sido bajo las bóvedas de un templo cristiano, y lloró y fué consolado á la manera ortodoxa.

Y de esta manera principió la obra de regeneración de Roaring Camp. Casi imperceptiblemente se operaba en el campamento un importante cambio.

La cabaña destinada á Tommy La Suerte, ó á La Suerte, como más comúnmente se le llamaba, experimentó las primeras señales de progreso. Fué blanqueada con gran esmero, después entarimada con maderas, adornada y empapelada. La cuna de palo de rosa, traída sobre un mulo desde ochenta millas de distancia, mató lo demás del mueblaje, como decía Stumpy á su manera. De este modo la rehabilitación de la cabaña fué un hecho consumado.

Los mineros que solían pasar el rato en casa de Stumpy, para ver cómo seguía La Suerte, apreciaban el cambio, y en defensa propia el establecimiento rival, la especiería de Tuttle, se restauró con una alfombra y un espejo. Las indiscreciones de este último mueble sobre los semblantes y los vestidos del campamento de Roaring Camp propendieron á fomentar costumbres más rígidas de aseo personal; además Stumpy impuso una especie de cuarentena á aquellos que aspiraban al honor de tener en brazos á La Suerte. Fué una mortificación para Kentuck, que

gracias al descuido de una varonil naturaleza y á las costumbres de la vida de fronteras, había creído hasta entonces que los vestidos eran una segunda piel que, como la de la serpiente, sólo se cambiaba cuando se caía fuera de uso. Sin embargo, fué tan sutil la influencia de la innovación, que desde aquella fecha en adelante apareció regularmente con camisa limpia y cara hasta reluciente por las abluciones. Tampoco fueron descuidadas las leyes higiénicas, tanto morales como sociales. Tommy, al que se suponía en necesidad permanente de reposo, no debía ser estorbado por el ruido. La gritería y los aullidos, que le habían ganado al campamento su infeliz nombre[1] no fueron permitidos al alcance del oído de la casa de Stumpy. Los hombres conversaban en voz baja, ó bien fumaban en silencio, con gravedad india; la blasfemia fué tácitamente prohibida en estos sagrados recintos, y en todo el campamento fué desechada la popular exclamación de *Maldita suerte*, ó *maldita sea mi suerte*, para que no se interpretara como una injuria contra La Suerte de Roaring Camp. La música vocal fué permitida por atribuírsele una cualidad calmante, y cierta canción entonada por Jack, marino inglés, desertor de las colonias australianas de S. M. Británica, se hizo popular como un canto de cuna. Era el relato lúgubre de las hazañas de la *Aretusa*, navío de 74 canones; era de ver á Jack meciendo en sus brazos á La Suerte con el movimiento de un buque, y entonando esta canción naval. Sea por el extraño balanceo de Jack, sea por lo largo de la canción (contenía noventa estrofas), el canto de cuna causaba el efecto deseado. En tales ocasiones los mineros se tendían bajo los árboles, en el suave crepúsculo de verano, fumando en su pipa y saboreando los melodiosos sonidos. Una

[1] *Roaring*, de *to roar*, rugir ó gritar.

vaga idea de que esto era la felicidad pastoril, invadió el campamento.

— Esta especie de cosa — decía el Cockney Simmons, gravemente apoyado en su codo — es celestial. Le recordaba á Greenwich.

En los días largos de verano, generalmente llevaban á La Suerte al valle, donde Roaring Camp explotaba el oro. Allí, sobre una manta extendida por encima de ramas de pino, permanecía mientras los hombres trabajaban más abajo. El rudo ingenio de los mineros acabó por decorar esta cuna con flores y arbustos olorosos, llevándole cada cual de tiempo en tiempo matas de silvestre madreselva, azalea, ó bien capullos pintados de *las mariposas.* Los mineros despertaron de repente á la idea de la hermosura y significación de estas bagatelas que durante tanto tiempo habían hollado descuidadamente. Un pedacito de reluciente mica, un fragmento de cuarzo de variado color, una piedra pulida por la corriente del río, se embellecieron de pronto á los ojos de estos valientes mineros, y fueron desde entonces separadas con amor para obsequiar á La Suerte. Maravillaba la multitud de tesoros que iban dando los bosques y las montañas para Tommy. Rodeado de juguetes tales como jamás los tuvo niño alguno en el país de las hadas, era de esperar que Tommy viviese contento. Parecía descansar en su felicidad, pero dominaba una gravedad infantil en él, una luz contemplativa en sus grises y redondos ojos, que alguna vez inquietaba á Stumpy. Era muy docil y apacible. Cuentan que una vez, habiendo caminado á gatas más allá de su *corral* ó cercado de ramas de pino entrelazadas que rodeaban su cuna, se cayó de cabeza por encima del banquillo en la tierra blanda, y permaneció con las abigarradas piernas al aire, por lo menos cinco minutos, con una gravedad

inalterable. Le levantaron sin una queja. Vacilo en recordar otros muchos ejemplos de su sagacidad, que desgraciadamente descansan en la memoria de amigos interesados. Algunos de ellos no carecían de cierto tinte supersticioso.

Un día Kentuck llegó en un estado de excitación que no le dejaba respirar:

— Hace un momento — dijo — subí por la colina, y maldito sea mi pellejo, si La Suerte no hablaba con una urraca que se ha posado sobre sus rodillas. Allí cstaban ambos tan desenvueltos y sociales, como vos y yo, charlando como dos querubines.

Sea como fuere, ya corriese á gatás por entre las ramas de los pinos ó tumbado de espaldas contemplase las hojas que sobre él se mecían, para él cantaban los pájaros, brincaban las ardillas y se abrían las flores. La naturaleza fué su nodriza y compañera de juego. Para él deslizaba el sol entre las hojas flechas doradas que caían al alcance de su mano; venían jugueteando las brisas para orearle con el aroma del laurel y de la resina; le saludaban familiarmente los palos de campeche, y soñolientas zumbaban las abejas, y los cuervos graznaban para adormecerle. Tal fué el verano, edad de oro de Roaring Camp.

Era un gran tiempo aquel, y la suerte estaba con ellos. Los filones rendían enormemente; el campamento estaba celoso de su triunfo y miraba con prevención á los forasteros; no se estimulaba á la inmigración, y al efecto de hacer más perfecta su soledad compraron el terreno del otro lado de la montaña que circundaba el campamento. Esto y una rara reputación de destreza en el manejo del revólver, mantuvo inviolable el recinto de Roaring Camp. El correo, único eslabón que les unía con el mundo circunvecino, contaba algunas veces mavarillosas historias

del campamento. Solía decir: «Allí arriba en Roaring, tienen una calle que deja muy atrás á cualquiera de las de Red-Dog; tienen al rededor de sus casas emparrados de flores, y se lavan dos veces al día; han purificado mucho sus costumbres, pero son duros con los extranjeros, é idolatran á una criatura india.»

Con la mejora del campamento entró un deseo de mayores adelantos; para la primavera siguiente había el propósito de edificar una fonda é invitar á una docena de familias decentes para que residiesen allí en favor de La Suerte, quien tal vez sacaría provecho de la sociedad femenina. El sacrificio que esta concesión hecha al bello sexo costó á aquellos hombres, que eran tenazmente escépticos respecto de la virtud y utilidad de él, sólo puede explicarse por el gran afecto que tenían á Tommy.

Algunos llegaron á oponerse, pero la resolución no se podía efectuar hasta al cabo de tres meses, y la misma minoría cedió, sin gran resistencia, con la esperanza de que algo sucediera que lo impidiese, y así sucedió.

El invierno de 1851 se recordará por mucho tiempo en las colinas. Una densa capa de nieve cubría las sierras: cada riachuelo de la montaña se transformó en un río, y cada río en un lago: las cañadas se convirtieron en torrentes desbordados que se precipitaron por las laderas de los montes, arrancando árboles gigantescos y esparciendo sus arremolinados despojos á lo largo de la llanura. Red-Dog había sido inundado ya por dos veces, y Roaring Camp estaba advertido de ello.

— El agua traerá más oro á las hondonadas, como ha hecho ya otras veces — dijo Stumpy.

Y aquella noche el North Fork rebasó repentinamente sus orillas y barrió el valle triangular de Roaring Camp. En la irrupción del agua que arrebataba árboles quebrados

y maderas crujientes, y en la obscuridad que parecía deslizarse con el agua é invadir poco á poco el hermoso valle, poco pudo hacerse para recoger el desparramado campamento. Cuando amaneció, la cabaña de Stumpy, la más cercana á la orilla del río, había desaparecido. Más adelante, en la hondonada, encontraron el cuerpo de su desgraciado propietario; pero el orgullo, la esperanza, la alegría, La Suerte de Roaring Camp había desaparecido.

Ya se volvían con el corazón triste, cuando un grito lanzado desde la orilla les detuvo; era una barca de socorro que venía contra corriente. Dijeron sus tripulantes que habían recogido un hombre y una criatura medio exánimes, como á unas dos millas más abajo. Acaso alguno les conocería si pertenecían al campamento.

Les bastó una sola mirada para que reconocieran á Kentuck, tendido, y magullado cruelmente, pero teniendo todavía en los brazos á La Suerte de Roaring Camp.

Al inclinarse sobre la pareja extrañamente unida, vieron que la criatura estaba fría y sin pulso.

— Está muerto — dijo uno.

Kentuck abrió los ojos.

— ¿Muerto? — repitió débilmente.

— Sí, buen hombre, y vos también os estáis muriendo.

Una sonrisa iluminó los ojos del moribundo Kentuck.

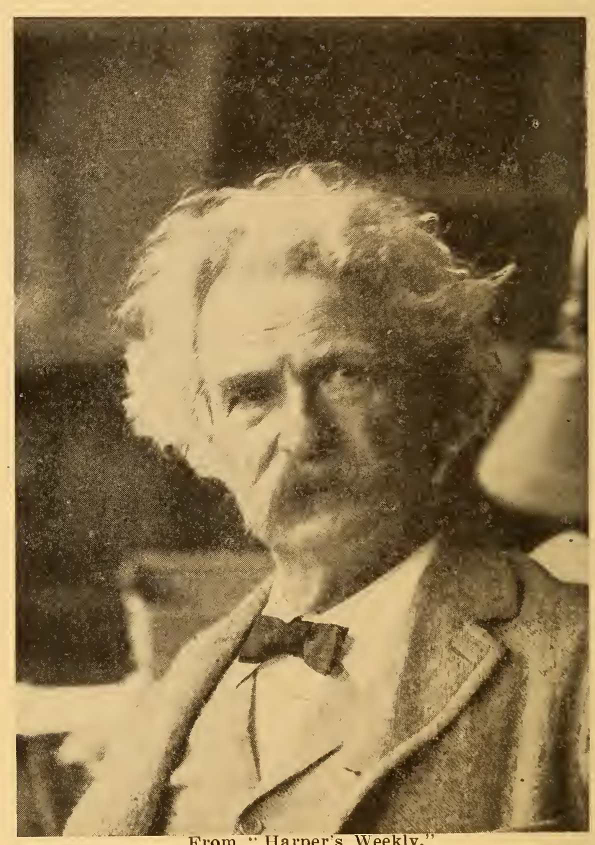
— ¡Muriéndome! — repítió. — Él me lleva consigo. Decid á los muchachos que me quedo con La Suerte.

Y el fuerte minero, asiendo á la débil criatura como se aferra á una paja el que se ahoga, desapareció entre las revueltas aguas, que corrían con loca rapidez hacia un mar desconocido.

Francisco Bret Harte.

DE CÓMO ME VENDIERON EN NEWARK

SAMUEL LANGHORNE CLEMENS (MARK TWAIN)



From "Harper's Weekly."

SAMUEL LANGHORNE CLEMENS (MARK TWAIN)

SAMUEL LANGHORNE CLEMENS (MARK TWAIN)

Es uno de los escritores más populares de los Estados Unidos de América.

Nació en el año 1835, en una población fronteriza del Estado de Missouri, llamada Florida, donde recibió la instrucción primaria. Después fué tipógrafo en San Luis, en Cincinnati, en Filadelfia y en Nueva York. Fué más tarde piloto en el río Misisipi, Secretario del territorio de Nevada, publicista en Virginia, minero y conferencista en California.

En su primer libro *Bocetos*, publicado en 1866 y ampliado en 1875, del cual fué traducido el que sigue á las presentes líneas, daba ya pruebas del humorismo que más tarde había de hacerle famoso.

Como resultado de su viaje á Europa, escribió su libro *Los inocentes en el extranjero*, que le dió grande y justa celebridad. Después ha escrito diez ó doce libros más, y todavía colaboraba últimamente en las revistas más acreditadas, suscribiendo todas sus obras con el pseudónimo de Mark Twain.

Se distinguía por su originalidad, poseía gran talento descriptivo, y sazonaba sus producciones con un humorismo genuinamente americano, que tiene la ironía del inglés, pero sin renunciar al hipérbole ni á la vis cómica.

Sus libros más celebrados son *Los inocentes en el extranjero*, *Endureciéndose* ("Roughing it") y *La vida en el Misisipi*.

Falleció el 21 de Abril de 1910.

DE CÓMO ME VENDIERON EN NEWARK

Muy pocas veces resulta agradable hablar de sí mismo, pero á veces nos sirve de alivio una confesión. Deseo descargar mi mente ahora, y sin embargo me asalta la idea de que lo hago más por atraer censura sobre otro hombre, que por mi deseo de derramar un bálsamo sobre mi herido corazón. (Yo no sé lo que es bálsamo, no lo he visto nunca, pero creo que esa es la expresión apropiada para el caso este.)

Ustedes recordarán que hace poco dí una conferencia

en Newark, para los jóvenes de la Sociedad . . . Pues, sí, señores, así fué. Aquella misma tarde, pocas horas antes del acto, habló conmigo uno de los jóvenes de la Sociedad, y me dijo que tenía un tío que por una y otra causa parecía insensible, alelado, completamente incapaz de experimentar ninguna emoción. Y con lágrimas en los ojos exclamaba dicho joven: «¡Oh, si fuera posible hacerlo reír una vez! ¡Oh, si se lograra siquiera hacerle llorar! . . .» Yo estaba conmovido. La desgracia ajena me afecta profundamente.

Y le dije: «Tráigalo esta noche á la conferencia. Yo trataré de conseguir en su obsequio lo que usted desea.»

— ¡Oh, si ello fuera posible, si usted llegara á conmoverle, toda mi familia lo bendeciría por siempre, porque él es tan querido por todos nosotros! ¡Oh benefactor mío! ¿Podrá usted hacerlo reír? ¿Podrá hacer brotar lágrimas consoladoras de aquellos ojos inmóviles?

— Hijo mío, — le dije lleno de emoción — tráigame al viejo. Tengo sembradas mis conferencias de anécdotas tan chistosas que tendrá que reírse, si es capaz de ello; y si esos chistes no dieren en el blanco, tengo otros que darán infaliblemente; lo harán reír, ó lo matarán, una cosa ú otra.

Entonces el joven me bendijo y me abrazó llorando, y fué á buscar á su tío. Lo colocó en sitio visible en la segunda fila de espectadores, y comencé mi conferencia dirigiéndome á él. Ensayé primeramente bromas ligeras, después algunas más fuertes; le eché una dosis de malos chistes y otra de buenos. Le disparé chanzas ya antiguas y le dediqué algunas calientes; tomé mi obra con calor y le dí asaltos por la derecha, por la izquierda, por delante y por detrás; apreté, sudé, cargué, grité hasta que me sentí ronco y enfermo, desesperado y furioso; pero no conseguí

conmoverlo, no pude obtener ni una sonrisa suya ni una lágrima. ¡Ni la sombra de una sonrisa ni la menor sospecha de humedad! Yo estaba asombrado. Al fin terminé con un grito — con una salvaje explosión de buen humor, y lancé una broma de sobrenatural atrocidad dedicada á él . . .

Después me senté estupefacto, jadeante y agotado.

El presidente de la Sociedad se me acercó y bañó mi frente con agua fría, diciendo: — «¿Qué le pasó á usted, que terminó de esa manera?»

Le contesté: «Es que trataba de hacer reír á aquél viejo endemoniado y estúpido de la segunda fila.»

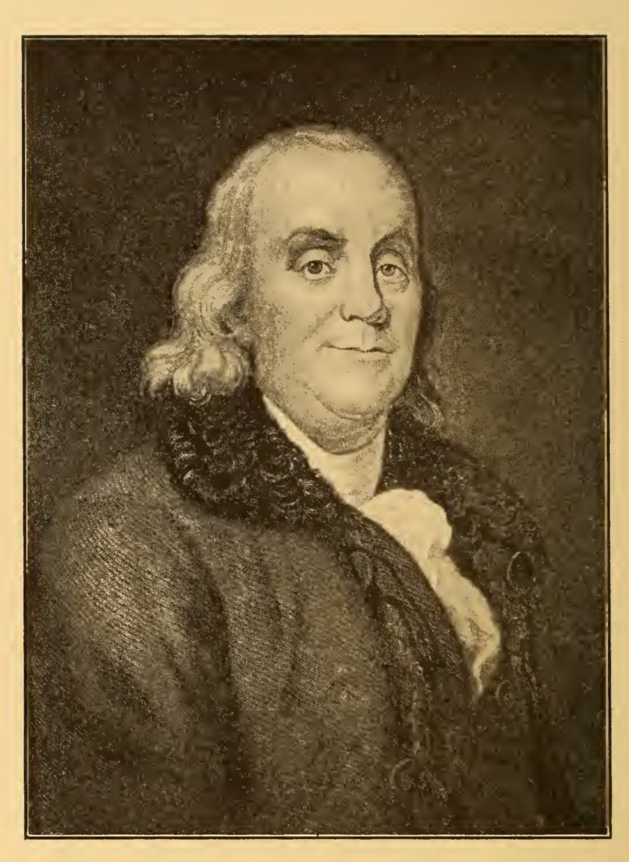
Y el presidente me dijo: «Pues estaba usted perdiendo lastimosamente su tiempo, porque ese señor es sordo-mudo, y más ciego que un topo.»

— ¡Buen modo de portarse el sobrino de ese tío con este pobre forastero huérfano! . . . Pero dígame, hablando acá como dos buenos hermanos, — ¿cree usted que él me haya hecho eso . . . así, de mala intención?

MARK TWAIN (SAMUEL LANGHORNE CLEMENS).

LA LINDA PIERNA Y LA PIERNA TORCIDA

BENJAMÍN FRANKLIN



Benjamín Franklin

BENJAMÍN FRANKLIN

Es una de las figuras más nobles, más inteligentes y más simpáticas de la Revolución y Constitución de los Estados Unidos, y uno de los moralistas y filántropos más puros, más ingeniosos y admirables de esa gran nación.

Nació en Boston el día 17 de Enero de 1706. Se ejercitó en varios oficios durante su adolescencia; fué tipógrafo en Londres y en Filadelfia, fundó después en esta ciudad una imprenta propia; leyó mucho y con provecho, y fundó un periódico, que fué de los primeros que se publicaron en la América del Norte.

Fundó también más tarde una biblioteca y una sociedad de estudios literarios. En 1730 compró la *Gaceta de Pensylvania*, y poco después fundó el famoso *Almanaque del Buen Ricardo*, que se publicó durante muchos años, y contribuyó admirablemente á propagar preciosas ideas de moral práctica y de economía social, y máximas de buen sentido en el pueblo americano, que las conserva todavía en la memoria como formas de la sabiduría tradicional.

Llegó á conocer profundamente la Física, entre otras muchas ciencias, hizo varios experimentos de electricidad, y en 1752 inventó el pararrayos.

Franklin es el mejor ejemplo que ofrece la historia americana de un hombre formado por sí mismo.

Llegada la época de la Revolución, fué uno de los actores más eficaces de ella. Representó á su patria en Inglaterra y en Francia; obtuvo en esta nación grandes ventajas para la naciente patria americana, y llegó á ser tan admirado y querido en París, que en alabanza suya escribió el gran Turgot aquel verso famoso, utilizados después en una medalla conmemorativa:

Eripuit cœlo fulmen, sceptrumque tyrannis.[1]

Es difícil señalar obras sobresalientes entre las de un ingenio tan universal y tan alto, que escribió sobre muchos asuntos y siempre en grado superior; pero se recomiendan especialmente su *Autobiografía*, su *Discurso del venerable Abrahán*, sus *Ensayos y cartas* y su *Discurso pronunciado el último día de la Convención Constitucional.*

Falleció el día 17 de Abril del año 1790.

[1] *Arrancó el rayo á los cielos y el cetro á los tiranos.*

LA LINDA PIERNA Y LA PIERNA TORCIDA

Hay en el mundo dos clases de personas que con igual grado de salud, riquezas y otras comodidades de la vida, las unas son dichosas y las otras desgraciadas. Esto proviene en gran parte de la diferente manera de considerar las cosas, las personas y los sucesos, y también de la impresión que esta diferencia de aspectos produce en el espíritu.

En todas las situaciones de la vida pueden hallarse ventajas é inconvenientes; en toda sociedad pueden encontrarse personas y conversaciones más ó menos agradables; en todas las mesas, manjares y bebidas de gusto más ó menos delicados, platos mejor ó peor sazonados; en todo clima, buen tiempo y mal tiempo; en todos los gobiernos, buenas y malas leyes, bien y mal ejecutadas; en todo poema ú obra de ingenio, faltas y bellezas; finalmente en casi todos los rostros y en todas las personas, facciones agradables y defectuosas, virtudes y vicios.

En todos estos casos, las dos clases de gentes de que he hablado fijan diversamente su atención. El optimista mira los objetos por el buen lado, la parte agradable de la conversación, los platos bien sazonados, los vinos deliciosos, el cielo azul, etc.; éste de todo disfruta con placer. El pesimista todo lo ve por la parte desagradable; de todo habla mal; así es, que siempre está descontento de sí mismo; sus observaciones turban los gustos de la sociedad; ofenden á todo el mundo, y se hace un objeto de desagrado. Si la naturaleza le ha dado este carácter, no hay miseria que tanto merezca excitar la compasión como la suya. También puede ser muy bien que esta disposición á la crítica y al descontento de todo no haya sido en su origen

sino el fruto de la imitación, y que por descuido se haya convertido en un hábito, que aun cuando tal vez haya echado profundas raíces, puede sin embargo ser arrancado, si se sabe conocer cuánto daña á la felicidad. No dudo que una ligera advertencia podrá ser muy útil á aquellos que se encuentren en este caso, y determinarles á corregir una costumbre que, no siendo principalmente más que obra de la imaginación, ejerce no obstante seria influencia en la vida, causando disgustos y desgracias reales. En efecto, como los pesimistas ofenden á muchos, y no son queridos de nadie, apenas se les manifiestan más atenciones y miramientos que los que son rigurosamente debidos y el uso prescribe, cosa que aun con dificultad se hace; por lo que muchos se ponen de mal humor y es causa de que disputen y se incomoden. Si aspiran á encumbrar su rango ó á hacer fortuna, nadie se interesa por ellos, nadie da un paso ni dice una sola palabra para apoyar sus pretensiones. Si llegan á incurrir en una censura pública ó en una desgracia, no hay quien los defienda ni quien los disculpe; más bien exagerarán sus faltas algunos, y los volverán completamente odiosos. Si esta clase de gente se obstina en no mudar sus costumbres, no consintiendo en participar de la satisfacción de lo que es propio para regocijar; si no prescinden de la idea de fastidiarse á sí mismos y á los demás con sus contrariedades, entonces es preciso evitar su trato, que es siempre desagradable, y algunas veces peligroso, principalmente cuando uno se halla mezclado en sus disputas.

Un viejo filósofo, amigo mío, se había vuelto por experiencia muy circunspecto sobre este capítulo, y evitaba con el mayor cuidado toda intimidad con las personas de esta índole.

Tenía, como otros filósofos, un termómetro para indicar

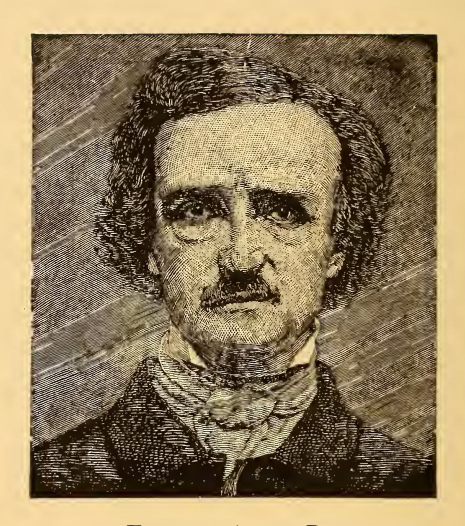
el estado de la temperatura, y un barómetro que señalaba si el tiempo iba á ser bueno ó tempestuoso; pero no habiendo instrumento conocido para descubrir á primera vista esa disposición del pesimismo, se valía para el efecto de sus piernas, la una de las cuales era muy bien contorneada y la otra torcida y disforme de resultas de una desgracia. Si un extraño, á la primera entrevista, se fijaba en la pierna mala con preferencia á la buena, desconfiaba de él; pero si el forastero le hablaba de la pierna mala sin hacer mención de la buena, ya tenía bastante mi filósofo para determinarse á no cultivar su amistad.

No todos poseen este instrumento en sus dos piernas; pero cada cual con un poquito de atención puede observar señales de esta manía de censurar y de ver mal, y tomar la misma resolución de huir de la compañía de los infelices que están atacados de ella. Advierto, pues, á esos pesimistas, á esos censores morbosos, siempre descontentos, siempre desdichados, que si quieren ser queridos y respetados de los demás y hallar la felicidad en sí mismos, deben *dejar de mirar solamente la pierna torcida.*

Benjamín Franklin.

EL BARÓN

EDGARDO ALLAN POE



Edgardo Allan Poe

EDGARDO ALLAN POE

Fué uno de los ingenios más vigorosos y extraordinarios de la literatura americana, en la que no ha tenido precedentes ni afinidades inmediatas. Estaba dotado de una admirable fantasía, que él llevó con frecuencia hasta el delirio en sus producciones.

Nació en Boston el 19 de Enero de 1809. Murieron sus padres cuando él tenía solamente dos años, y le adoptó, crió y educó esmeradamente un rico tabaquero de Richmond llamado Juan Allan, apellido que Edgardo usó en unión del de su padre legítimo. Después de haber estudiado en Inglaterra y de haber recibido preparación especial para estudios altos, ingresó en una Universidad de Virginia, de donde fué despedido al cabo de algún tiempo, á causa de su mala conducta. Por esta falta y por haber contraído grandes deudas viciosamente, su padre adoptivo le llevó de nuevo á Richmond y le dió trabajo en su propio escritorio, para fomentar en aquel «hijo pródigo» algunos hábitos de orden y formalidad. Disgustado de aquella vida metódica y tranquila, Edgardo se escapó de la casa de Allan.

Como tenía talento y escribía ya cosas notables, se dedicó á la bohemia literaria, recorrió varias ciudades de los Estados Unidos, viajó por Europa, y al regresar á su patria se alistó en el ejército regular y llegó en él hasta el grado de sargento. Su padre adoptivo lo perdonó, y consiguió que ingresara en la Academia Militar de West Point, para optar á grados mayores; pero de allí fué también expulsado. Más tarde se casó, obtuvo algunos brillantes éxitos literarios, y parecía que iba á cambiar de vida bajo la dulce influencia de su esposa; pero muerta ésta, volvió Edgardo á su vida desordenada y al lamentable abuso de las bebidas alcohólicas.

Fué periodista, crítico y poeta, produciendo obras de raro mérito en estos géneros; pero su mayor fama la debió á sus facultades de narrador y cuentista de asuntos extraordinarios, género en el que no tiene rival.

Entre sus poesías sobresalen las tituladas *El cuervo*, *Las campanas* y *El gusano vencedor*, y entre sus narraciones y cuentos *Ligeia*, *La caída de la casa de Usher*, *El escarabajo de oro* y *El Barón*, que figura en el presente libro.

Falleció de *delirium tremens* en Baltimore, el día 7 de Octubre de 1849, cuando sólo contaba cuarenta años de edad, próximamente.

En el año 1885 fué colocado en el Museo de Arte, de Nueva York, una lápida conmemorativa de Edgardo Allan Poe, que dice así:

Fué grande su genio, desgraciada su vida, mísera su muerte; pero su fama es inmortal.

EL BARÓN

I

El odio y la mala voluntad que se tenían las familias de Berlifitzing y de Metzengerstein contaba siglos de fecha y se había transmitido de padres á hijos con rigurosa puntualidad, sin sufrir ninguna interrupción en el transcurso de muchas generaciones; como que jamás se vió antes ni después del suceso que voy á narrar, inquina más arraigada y pofunda entre dos casas tan ilustres y poderosas. Ni tampoco faltaban las profecías á esta tradicional malevolencia, pues según rezaba una muy antigua, «caería de una manera terrible y desaparecería para siempre un nombre grande y famoso cuando, del propio modo que el jinete sobre su caballo, la mortalidad de Metzengerstein triunfara de la inmortalidad de Berlifitzing.»

Bien es cierto que no resultaba claro ni mucho menos el sentido de la profecía; pero también lo es que de discursos más oscuros é ininteligibles se han sacado (y para demostrarlo no es menester remontarse mucho) consecuencias por todo extremo trascendentales, y acaso y sin acaso más graves y temerosas que las que, andando el tiempo, resultaron de las palabras del profeta húngaro; y ahora encaja decir que así los estados del uno como los del otro de ambos magnates rivales, radicaban en Hungría, del propio modo que sus poseedores. Los cuales, por haber ejercido largos años omnímoda influencia en los destinos de su patria; por haber sido siempre opuestos sus bandos é intereses; por haber vivido cerca unos de otros á causa de ser vecinos sus castillos y lindantes sus tierras, y estar en toda ocasión vigilándose mutuamente, con los ojos

fijos los Berlifitzing en los Metzengerstein, y disputándose cada día por cuestiones de límites y fronteras que provocaban los vasallos y colonos respectivos; y, finalmente, porque la ostentación aparatosa y casi regia de los Metzengerstein, más ricos y de más antiguo abolengo que los Berlifitzing, no podían ser ni eran tampoco muy ocasionadas á sosegar la irritabilidad extraordinaria de los Berlifitzing; se odiaban de muerte. Basta con estas explicaciones para que, á pesar de la nebulosidad de la profecía, no cause maravilla el ver que sus conceptos no se desmintieran nunca, desde el principio hasta el fin, sosteniendo encendida la discordia entre ambas familias, y predispuestas siempre á todos los excesos; y como las palabras del profeta parecián implicar una señaladísima victoria final de la una sobre la otra casa, naturalmente habían de ser causa de mayores preocupaciones á los individuos de la familia menos rica y poderosa, y cuya influencia fuese menor en el país, llenándolos de amargura y de odio contra los de la más fuerte y opulenta.

El conde de Berlifitzing, á pesar de hallarse en posesión de una de las ejecutorias más indescifrables al mejor paleógrafo por razón de su antigüedad, ó lo que es lo mismo, á pesar de su origen esclarecido, apenas si era otra cosa en el momento de comenzar nuestra relación sino un pobre viejo valetudinario, animado de la misma desatentada enemiga contra los Metzengerstein que todos sus antepasados, y de una tan invencible pasión por los caballos y la caza, que ni los achaques, ni la flaqueza propia de los años, ni cosa ninguna de cuantas podían ser eficaces á contenerlo, ciertamente que no lo era para impedirle que aborreciese de muerte á sus contrarios ni á que dejara pasar un solo día sin ocuparse algunas horas en tan peligroso ejercicio.

En cambio, el barón Federico de Metzengerstein apenas si era mayor de edad; y como sus padres murieron jóvenes aún, se halló á la de diez y ocho años en la plenitud del ejercicio de todos los derechos, inmunidades, prerrogativas y privilegios señoriales.

Cierto es que la edad de diez y ocho años no significa mucho en un mancebo de los que pueblan las ciudades; pero bien será convenir en que ese mismo período de tiempo vivido en la soledad, y en soledad tan espléndida y apacible como lo era la del castillo y estados de Metzengerstein, donde hasta la péndola del reloj parecía moverse de una manera más solemne y majestuosa que allí donde todo ruido y agitación tiene su asiento, representa y es en realidad mucho más.

En posesión, pues, del patrimonio de sus mayores al fallecimiento de su padre, se halló ser el barón, á tan temprana edad, el magnate más poderoso acaso del reino de Hungría. Sus castillos eran innumerables y magníficos; pero el mejor de todos el de Metzengerstein; y aunque los límites de sus dilatados dominios no estaban deslindados con exactitud topográfica, podía muy bien asegurarse que la extensión del parque principal sería de hasta cincuenta kilómetros cuadrados.

El advenimiento de un propietario tan joven y de las condiciones de carácter del barón al ejercicio de la soberanía señorial y al usufructo de las pingües rentas anejas á ella en la casa de los Metzengerstein, causó cierta inquietud en los habitantes de muchas leguas á la redonda; pero las inquietudes y recelos vagos de sus vecinos se tornaron en triste realidad cuando, á poco de haber heredado Federico, sus inauditas maldades hicieron comprender á todos y más principalmente á sus tímidos y acongojados vasallos que nada sería eficaz, ni la sumisión servil de su parte, ni

el temor de Dios, de parte del barón, á protegerlos de los desmanes y perversidades de aquel Calígula incipiente.

II

Así las cosas, viéronse sorprendidos del fuego una noche los lacayos y palafreneros del castillo de Berlifitzing. El incendio comenzó en las caballerizas; pero con tanta violencia, que desde los primeros momentos comprendieron todos la imposibilidad en que se hallaban de dominar su estrago. En efecto, de allí á poco el castillo de Berlifitzing apareció iluminado de las llamas, que lo rodeaban por los cuatro ángulos, destacándose los detalles de su arquitectura sobre el fondo negro del cielo á la luz rojiza del incendio. Pero en el mismo punto que lo vieron arder, cuantos fueron testigos del sucesos, y después cuantos tuvieron noticias de él, franca ó embozadamente, lo atribuyeron á las artes del barón, añadiendo la opinión pública el crimen de incendiario al ya largo catálogo de los que le achacaba.

Entre tanto, y mientras el tumulto producido por el incendio del castillo de los Berlifitzing crecía y cundía por aquellos contornos, poniendo en alarma también á la numerosa servidumbre del de Metzengerstein, hallábase Federico, aparentemente abismado en profundas meditaciones, en una cámara solitaria del piso principal de su palacio. Apoyada la barba en una mano, y el codo en una mesa cubierta de rico tapete, y sentado en una silla de respaldo prominente, paseaba el barón la mirada distraída por las figuras de un enorme tapiz, descolorido por el tiempo, que pendía del lienzo de pared frontero á su asiento. Había reunido el artista en aquella obra maestra las figuras bizarras, fantásticas ó majestuosas de los antepasados del barón: veíanse sacerdotes vestidos de armiño

y dignatarios de la corte pontificia, rodeando el solio de un Papa, y oponiéndose acaso con su *veto* á los caprichos de un príncipe temporal, ó con el *fiat* de la supremacía religiosa á las invasiones del Gran enemigo, príncipe de las tinieblas; y figuras tétricas y gigantescas de otros señores de Metzengerstein, armados de punta en blanco, montados en sendos caballos, cubiertos también de hierro y marchando por sobre cadáveres de vencidos; y todo esto alternado de graciosos grupos de mujeres blancas como cisnes, hermosas y esbeltas, que parecían flotar en el ambiente, danzando asidas de las manos á los acordes de melodías imaginarias.

Y es el caso que mientras iba subiendo de punto el tumulto producido por el incendio del castillo de Berlifitzing, y que quizás meditaba el barón alguna nueva y más audaz iniquidad, se fijaron sus ojos en la figura de un caballo enorme, de los que campeaban en el tapiz, de color desconocido en la naturaleza, que parecía pertenecer á uno de los antepasados sarracenos de la familia de su rival. Este caballo estaba en primer término entre las figuras principales del cuadro, y el artista lo había representado inmóvil, y un poco detrás de él á su jinete, caído en tierra y muriendo á mano de un Metzengerstein.

Federico sonrió con diabólica malicia cuando cayó en la cuenta del objeto en que se fijaban sus ojos involuntariamente, y aunque mirando aquel caballo fantástico comenzó á sentir una ansiedad terrible que difundía en todo su ser el frío de la muerte, no apartó la vista de él. Le parecía soñar; y como al propio tiempo tenía la evidencia de ser realidad lo que creía ver soñando, el choque de ambas contrarias sensaciones lo anonadaba, quitándole la facultad de arrancarse por sí mismo al arrobamiento que le producía la contemplación de aquel tapiz. Pero subió

tanto de punto el tumulto exterior y fué tanta su violencia, que al fin, hizo un esfuerzo, apartó la vista del cuadro y la fijó en el resplandor que arrojaba el incendio del castillo de Berlifitzing, y que al penetrar por las vidrieras de su cámara en ondas rojizas, parecía comunicar vida y movimiento á las figuras del tejido. Poco duró su distracción volviendo al cabo de algunos instantes á concentrarse y abstraerse de nuevo en el tapiz. Mas, ¡cuán grande no fué su asombro, entonces, al advertir que la cabeza del caballo había cambiado de postura! como que el cuello del gigantesco animal que antes se veía vuelto en dirección del cuerpo de su amo, ahora estaba extendido hacia el barón; que sus ojos brillaban como carbunclos, expresando cuánta ira pueden expresar ojos humanos, y que sus labios desmesuradamente levantados, dejando al descubierto dos hileras de largos, amarillentos y asquerosos dientes, imprimían á su cabeza un sello de ferocidad medrosa y espantable.

Aterrado el barón, se apartó de allí, y al dirigirse con paso vacilante hacia la puerta, la intensidad del incendio iluminaba la cámara con luz siniestra. Detúvose y se volvió para mirar de nuevo la tapicería, y en aquel punto ¡cosa singular! un reflejo rojizo bañó por completo é iluminó artísticamente todo el contorno del implacable asesino de Berlifitzing. Lo demás del cuadro, aunque visible al fulgor de las llamas, comparado con la luz que inundaba la figura del antepasado del barón, parecía envuelto en densa veladura.

III

Alejóse de allí Federico buscando aire libre que respirar, porque se ahogaba; y como se dirigiese á la puerta principal del castillo con propósito de salir al parque, llegado que

hubo á ella, encontró á tres de sus escuderos que no sin gran dificultad y riesgo personal sujetaban un brioso y gigantesco caballo de color de fuego.

– ¿De quién es ese caballo? ¿Dónde lo habéis encontrado? — preguntó el joven con voz ronca y convulsa, creyendo ver en el bruto vivo el mismo de la tapicería porque, en efecto, así lo parecía.

— Es vuestro, señor — contestó uno de los interpelados — ó al menos no es de nadie. Lo hemos cogido cuando escapaba, envuelto en humo y cubierto de espuma, de las incendiadas caballerizas del castillo de Berlifitzing, y suponiendo que sería uno de los caballos extranjeros del señor conde, quisimos devolverlo á sus criados; pero éstos se negaron á recibirlo, diciéndonos que no era de la casa; lo cual nos sorprende, porque, como veis, tiene señales evidentes de haberse librado del fuego á duras penas.

— Además, lleva en la frente las iniciales del señor conde — interrumpió uno de los compañeros — pero los del castillo aseguran que no lo han visto nunca.

— ¡Es muy extraño todo esto! — exclamó el barón preocupado, y sin darse cuenta del alcance de sus palabras. — ¡Vive Dios que es en verdad un prodigio este caballo, y que á pesar de su genio indómito, lo marco por mío! ¡Quién sabe! — añadió — si el barón de Metzengerstein no es jinete capaz de domar al mismo diablo que venga en forma de caballo de las cuadras de Berlifitzing.

— No tema tal cosa el señor barón — interrumpió uno de los escuderos — que bien ciertos estamos de que no viene de allí éste que tiene delante su señoría. De no ser así como decimos, á buen seguro que lo hubiésemos traído al castillo.

— ¡Bien está! — dijo secamente Metzengerstein. En aquel punto llegó corriendo del palacio un paje, se acercó

al joven y le habló quedo y con misterio del desprendimiento repentino de una figura de la tapicería de cierta cámara del castillo, añadiendo muchos y prolijos detalles acerca del suceso, que no pudieron entender los escuderos por haber pasado la conversación en voz muy baja. En cambio advirtieron que durante la plática palideció el barón de una manera extraordinaria, pareciendo agitado de opuestos impulsos. Pero luego se repuso, recobró la calma, y con rostro sereno, en que se reflejaba la perversidad de su alma, dijo al paje que, sin más tardanza, cerrase la cámara del tapiz y le trajese la llave.

— ¿Sabéis, señor barón, que ha muerto esta noche de una manera horrorosa el conde de Berlifitzing? — dijo uno de los escuderos del joven Metzengerstein, con mal disimulada complacencia cuando se hubo retirado el paje, y en ocasión en que el caballo aparecido se lanzaba dando botes y llevando más que de paso al escudero que lo sujetaba del diestro, por la prolongada y ancha avenida que se extendía desde el palacio del castillo hasta las caballerizas.

— ¡No! — contestó el barón — volviéndose bruscamente al que le hablaba. ¡Muerto! ¿dices?

— ¡Muerto! sí, señor; así es la verdad, y presumo que á su señoríc no ha de ser desagradable la noticia.

Una sonrisa fugaz iluminó la fisonomía del barón.

— Pero ¿cómo ha muerto?

— Esforzándose, sin tener en cuenta sus años, en salvar algunos caballos de las llamas, pereció en ellas.

— ¿Es cierto eso? — exclamó el barón lentamente y como si esperase la respuesta de sí mismo.

— Ciertósimo, señor — contestó el vasallo.

— ¡Qué horror! — dijo con tranquilidad, y volvió á entrar en el castillo.

IV

Á contar de aquella noche comenzó á notarse un cambio muy sensible y extraño en la conducta del barón; como que desbarataba con ella las esperanzas é intrigas de las madres, y que sus costumbres se apartaban más cada día de las aristocracias de sus iguales. Nunca se le veía fuera de las lindes de sus propiedades, ni recibía en su castillo á nadie, ni tenía más compañero que su caballo predilecto, es á saber, aquel tan indómito y extraño que le trajeron sus escuderos la noche del temeroso incendio del palacio de Berlifitzing, y que montaba continuamente, pero, no obstante su retraimiento, y acaso por él, llegaban á sus manos con más frecuencia de lo que él quisiera, mensajes de las castellanas vecinas, convidándolo á sus banquetes, monterías y saraos, cosas todas que desairaba siempre, sin curarse mucho de las formas en que lo hacía. Unas en pos de otras, fueron renunciando á él las madres de doncellas casaderas, y los jóvenes de la clase aristocrática; quedándose Metzengerstein solo con sus vasallos, colonos y criados, y con su favorito, el caballo de color de fuego.

Bien será decir, y lo consigno á título de narrador fiel, que en cierta ocasión, aludiendo al barón é inspirándose acaso en antiguos odios y rivalidades de familia, exclamó la viuda del desgraciado Berlifitzing.

— ¡Plegue al cielo que Metzengerstein, ya que desdeña el trato de sus iguales, no pueda salir de su casa cuando no quiera estar en ella, y que lo lleve su caballo adonde él no quiera, ya que los pospone á un bruto!

Palabras, á mi parecer, vacías de sentido, y eficaces sólo á demostrar que, cuando queremos dar á nuestro lenguaje una forma por todo extremo enérgica, sólo conseguimos hacerlo singularmente absurdo.

Y como es fuerza que cada cual comente y discuta el modo de ser de su vecino, mientras las personas caritativas atribuían el cambio de costumbres del barón al pesar natural que causa en los hijos educados en buenos principios la pérdida de sus padres, olvidándose de la conducta desaforada que observó durante los días que siguieron más inmediatamente á su desgracia, las que no lo eran tanto, le atribuían ideas exageradas en orden á la nobleza de su alcurnia y á la dignidad de su estado, y las que aun lo eran menos, hablaban sin empacho de cierta melancolía mórbida y de achaques hereditarios, y hasta insinuaban otros defectos, no físicos por cierto, y que le hacían repulsivo y temible.

Á decir verdad, el cariño singular, inexplicable y absurdo del barón hacia su caballo, parecía cobrar más fuerzas cada día y con cada nueva muestra de sus instintos feroces y diabólicos, llegando á ser á los ojos de todas las personas sensatas un cariño espantable y contrario á la naturaleza. Porque lo mismo en mitad del día que en la oscuridad de la noche, con sol ó con lluvia, ó con nieve; así estuviera el tiempo sereno y apacible, como tempestuoso, y así fuese con salud como doliente, Metzengerstein parecía siempre dispuesto, y lo estaba, en efecto, á pasar las horas enteras en compañía, de aquel bruto, cuyo carácter se concertaba y avenía tan perfectamente con el suyo.

No contribuyeron poco también á imprimir cierto carácter sobrenatural y monstruoso á la manía del caballero y á las aptitudes del caballo algunas circunstancias de ambos, relacionadas con sucesos recientes. El caballo, por ejemplo, cuando saltaba, lo hacía de suerte que más parecía volar, pues era tanta su pujanza que todos quedaban estupefactos considerando el espacio salvado por él de aquella suerte.

Á su vez el barón no le había puesto nombre, acaso para diferenciarlo así de los otros, ni tampoco lo alojó en la misma caballeriza de los demás, sino en una particular y un tanto apartada de las cuadras y establos del castillo; y en cuanto á su limpieza y cuidado, nadie que no fuese Metzengerstein en persona se hubiera atrevido en ningún caso á intentar una ú otra cosa, y menos aun á entreabrir siquiera por curiosidad la puerta de su retiro. Decíase también, á propósito del bruto, que, aun cuando la noche del incendio del castillo de Berlifitzing se apoderaron de él los escuderos del barón y consiguieron sujetarlo con auxilio de una fuerte cadena de nudo corredizo, ninguno de los tres pudo decir nunca con certeza que durante la brega, ni después tampoco, llegase á tocarlo con las manos. Y si á esto se agrega una muchedumbre de circunstancias y detalles sigularísimos que concurrían en el caballo de color de fuego, que se decía, *nemine discrepente*, que á veces retrocedieron espantados los curiosos al ver la formidable y significativa grandeza de su marca, y que no pocas palideció el mismo Metzengerstein, y volvió el rostro al advertir la expresión extraordinaria de su mirada casi humana, se comprenderá mejor que si las mayores muestras de inteligencia que dé un caballo no son parte á excitar en alto grado el humano espíritu, en el aparecido la noche del incendio todo era ocasionado á impresionar é influir en determinado sentido la imaginación de las gentes, y que por tanto no es extraño que aun aquellos más incrédulos, flemáticos é incomovibles, mirasen á éste con terror supersticioso y lúgubres presentimientos.

Sólo uno entre los criados del barón dudó siempre de la sinceridad del afecto que parecía tener su amo al caballo favorito, y fué cierto pajecillo, cuya fealdad se veía en todas partes, y cuyas opiniones tenían escasísima impor-

tancia en la servidumbre. Esto no obstante, y haciendo uso de su derecho, cada vez que se trataba del asunto en las antecámaras y cocinas, emitía su opinión contraria de todo en todo á la de sus compañeros, afirmando con el mayor descaro que su amo no había montado una sola vez el caballo de color de fuego sin sentir horripilaciones, imperceptibles á quien, como él, no lo hubiera observado; y que cuando volvía de sus largos y habituales paseos se dibujaba en su rostro una expresión, apenas sensible, de malicia triunfante.

V

Así departían los criados del barón al amor del fuego que ardía en una prominente chimenea, cierta tempestuosa noche de invierno, cuando Metzengerstein, no pudiendo conciliar el sueño, abandonó el lecho, y cruzando por una crujía de salones solitarios con una linterna en la mano, bajó las anchas escaleras del castillo, abrió una puerta y se dirigió en busca de su caballo. Pocos minutos después se oyó galopar en la oscuridad, perdiéndose luego el ruido en dirección del bosque vecino.

Con ser el hecho tan usual, y dadas las costumbres del barón, no muy ocasionado á causar preocupaciones en la servidumbre del castillo, ya fuese por efecto del discurso del paje, ya por lo tempestuoso de la noche, ya por cualquiera otra causa, es lo cierto que los criados vieron con inquietud la intempestiva salida del señor, y que se propusieron esperar su vuelta. Dos horas habían transcurrido de esta suerte, cuando se oyeron gritos de angustias y pasos precipitados en la escalera principal, que llenaron de alarma, y ¿por qué no decirlo? de miedo á los soñolientos servidores de Metzengerstein.

— ¡Fuego! ¡Huyamos! ¡El castillo arde por los cuatro

costados! — voceaban los que subían para prevenir del peligro á sus compañeros. Y así era, en efecto; que no parecía sino que debajo de los sótanos se había entreabierto el cráter de un volcán y dejaba escapar por sus bordes calcinados llamas de una intensidad y violencia verdaderamente infernales. Pocos minutos después aquella maravilla del arte conocida con el nombre de castillo de Metzengerstein, amueblado de tan espléndido y suntuoso modo, y donde el buen gusto, auxiliado de la riqueza, fué acumulando en el transcurso de algunas generaciones un tesoro incalculable, crujía y chispeaba desde los fosos á la torre del homenaje, á impulsos de un incendio formidable, voraz é inextinguible hasta el fin; como que todo él se veía en aquel punto y desde muy larga distancia envuelto en una veladura de fuego. Y como quiera que cuando se descubrió el incendio había ya hecho tales progresos que no era posible atajarlo, la población entera de la comarca, juntamente con la servidumbre del barón, se cruzó de brazos y quedó absorta contemplando en silencio aquel desastre. Pero he aquí que un objeto nuevo y terrible distrajo á los espectadores, llamándoles la atención hacia otra parte, y probando con esto cuánto mayor es el interés que inspira siempre á las muchedumbres, las agonías de un ser humano que no la destrucción de la materia inanimada, por formidable que sea.

Era que por la dilatada y ancha calle de seculares encinas que comenzaba frente á la puerta principal del castillo y se perdía en la selva, venía desbocado un caballo, pero con tan impetuosa carrera, que hubiera podido desafiar y vencer en ella al mismo demonio de la tempestad. El jinete que lo montaba, destocado y con las ropas en desorden, hacía esfuerzos sobrehumanos para contenerlo; pero inútilmente, y de que así lo creía, daban testimonio la palidez

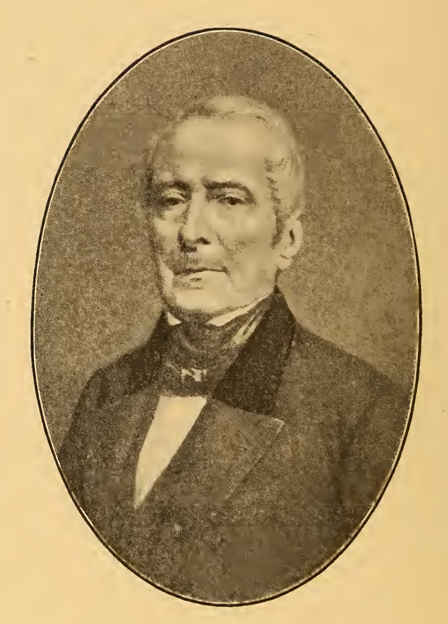
y angustia de su rostro. Sin embargo, sólo un grito escapó de sus labios contraídos de terror. Cuando llegó el caballo cerca del recinto resonaron sus herraduras en las piedras de una manera extraordinaria, y su estrépito sobrepujó al rugido de las llamas y del viento; detúvose un segundo frente á la puerta del castillo, y franqueándola de un salto, juntamente con el foso, trepó la escalera, desapareciendo con el barón en el torbellino de aquel fuego caótico.

La furia de la tempestad cedió seguidamente, quedando en calma el aire. Un velo de fuego envolvió como en un sudario trasparente todo el edificio, y su reflejo sobrenatural iluminó el espacio, viéndose entonces, allá en lo alto, por sobre la torre del homenaje una densa nube de humo en forma de caballo gigantesco, al que servía de basamento el incendiado castillo de Metzengerstein.

EDGARDO ALLAN POE.

SECCIÓN TERCERA

ESCRITORES FRANCESES



Alfonso de Lamartine

ALFONSO DE LAMARTINE

Este famoso poeta, orador y prosista elocuente estaba dotado de gran inspiración y de extraordinaria delicadeza de sentimiento. Dió variedad y nuevas direcciones á la lírica francesa, dominó con frecuencia las tormentas populares con su palabra ardiente y persuasiva, y aunque como historiador pecó á veces de apasionado, demostró siempre mucha bondad de carácter y gran nobleza de pensamiento. Fué uno de los hombres de letras más ilustres de su nación, y ejerció mucha influencia en el reinado de Luis Felipe y en los comienzos de la segunda república francesa.

Nació Lamartine en Macón (Francia) el 21 de Octubre de 1790, y falleció el 21 de Marzo de 1869. Su vida fué la de un hombre extraordinario. Prodigó su talento admirable, su naturaleza privilegiada, su gran riqueza y la fecundidad maravillosa de su imaginación.

Escribió varios libros de versos, titulados *Meditaciones poéticas*, *Harmonías*, etc., un poema titulado *Jocelyn*, algunas novelas sentimentales y dos famosos libros de historia, *Los Girondinos* y *Las dos Restauraciones*, varias Biografías muy notables y un *Curso familiar de Literatura*.

En el año 1832 emprendió un viaje á Jerusalén, con su familia, en un buque propio, comprado y tripulado expresamente, y con un equipo verdaderamente regio. Producto de su visita á la Tierra Santa fué un magnífico álbum de descripciones, reflexiones y comentarios, que publicó á su regreso, con el titulo de *Viaje á Oriente*. Á esta obra celebrada pertenece la siguiente descripción, escrita en el famoso huerto de los Olivos.

DESCRIPCIÓN PANORÁMICA DE JERUSALÉN

Desciende el monte de los Olivos en pendiente rápida hasta lo profundo del abismo que lo separa de Jerusalén, y se llama valle de Josafat. Desde el fondo de este valle estrecho y sombrío, cuyas laderas se hallan sembradas de piedras negras y blancas, que forman una especie de pavimiento, se eleva una inmensa colina, cuya inclinación rápida se parece á la de una alta muralla derribada: ningún árbol podrá extender allí sus raíces; el musgo

mismo no puede enganchar sus delgados filamentos, y la pendiente está tan inclinada, que ruedan sin cesar las piedras, y sólo presenta al que lo mira una superficie de árido y seco polvo, como los montones de cenizas arrojados desde lo alto de la ciudad.

Hacia el medio de esta colina ó muralla natural; toman nacimiento unas altas y fuertes murallas formadas de grandes piedras sin cortar en su superficie exterior, y que ocultan su fundación romana y hebrea bajo la misma ceniza que cubre sus pies, la cual se eleva á cincuenta, á ciento, y más lejos, á doscientos ó trescientos pies sobre la base del terreno. Las murallas tienen tres puertas, dos de las cuales están tapiadas, y la que queda abierta está tan vacía y desierta como si diese acceso á una ciudad despoblada. Estas murallas se elevan aún por encima de las puertas; y sostienen un vasto terraplén que se extiende á dos tercios de la longitud de Jerusalén, por el lado que mira al Oriente. El terraplén puede tener á la vista sobre mil pies de longitud y unos quinientos á seiscientos de latitud; está casi perfectamente nivelado, á excepción de su centro, donde se ahonda insensiblemente, como para indicar el valle poco profundo que separaba en otro tiempo la colina de Sión de la ciudad de Jerusalén.

Esta plataforma magnífica, preparada sin duda por la naturaleza, pero acabada evidentemente por la mano del hombre, era el pedestal sublime que servía de base al templo de Salomón. En el día sostiene dos mezquitas turcas, llamada la una El-Sakara en el centro de la plataforma, y en el mismo lugar donde debía estar el templo, y la otra, á la extremidad Sudeste del terraplén, tocando á los muros de la ciudad.

La mezquita de Omar, ó El-Sakara, es un edificio de

admirable arquitectura árabe, que parece de una pieza de mármol; tiene la forma octogonal, y cada frente ó lienzo está adornado de siete arcadas que terminan en ojiva: encima de este primer cuerpo de arquitectura hay un techo en forma de terrado, del que parte otro orden de arcadas más estrechas, las cuales rematan con una graciosa cúpula, cubierta de cobre, en otro tiempo dorado. Las paredes de la mezquita están vestidas de esmalte azul; y á derecha é izquierda se extienden otras más anchas, terminadas por ligeras columnatas moriscas, que corresponden á las ocho puertas del templo.

Más allá de estos arcos desprendidos de todo edificio, continúan las plataformas, terminando la una en la parte Norte de la ciudad, y la otra en la muralla hacia el Mediodía. Altos cipreses, algunos olivos y verdes y graciosos arbutos crecen indistintamente entre las dos mezquitas, y prestan realce á la elegante arquitectura y al color resplandeciente de las paredes, ya por su figura piramidal, ya por el oscuro verde que se destaca de la fachada de los templos y de las cúpulas de la ciudad.

Después de las mezquitas y del emplazamiento del templo, se extiende Jerusalén toda entera, y surge, por decirlo así, delante de nosotros, sin que se pierda ni un techo, ni una piedra, como el plano de una ciudad en relieve puesto sobre la mesa por el artista. Jerusalén no es, como nos la pintan, un hacinamiento informe y confuso de ruinas y cenizas, con algunas cabañas de árabes ó algunas tiendas de beduinos sembradas sobre él; tampoco es como Atenas un caos de polvo y de murallas desplomadas, entre las que busca el viajero inútilmente la sombra de los edificios, las líneas de las calles, el aspecto de una ciudad, y no de una ciudad cualquiera, sino brillante de color y de luz. Jerusalén presenta noblemente á la vista

sus intactos muros y sus almenas; su mezquita azul con sus blancas columnatas; sus millares de resplandecientes cúpulas, sobre las que el sol de otoño se refleja en un vapor brillante; las fachadas de sus casas teñidas por el tiempo y por los estíos, de un color amarillo y dorado, como los edificios de Paestum y de Roma; las antiguas torres que defienden sus muros, á las que no falta ni una piedra ni una tronera, ni una almena; y finalmente, en medio de una nube de casas y de pequeñas cúpulas que las cubren, una cúpula negra y rebajada de medio punto, más ancha que las demás y dominada por otra blanca: ellas cubren el Santo Sepulcro y el Calvario, los cuales están confundidos y como anegados en el dédalo ó laberinto de cúpulas, edificios y calles de que se hallan rodeados.

Á la verdad, es difícil comprender el emplazamiento del Calvario y del Sepulcro, que según la idea que el Evangelio nos da, deberían encontrarse sobre una colina separada de los muros, y no en el centro de Jerusalén; mas la ciudad, que se ha estrechado por el lado de Sión, se habrá ensanchado sin duda por la parte del Norte, para abrazar en su recinto los dos puntos que constituyen su vergüenza y su gloria: el sitio del suplicio del Justo, y el de la Resurrección del Hombre-Dios.

Así aparece Jerusalén desde lo alto del monte de los Olivos: detrás de ella no se descubre horizonte, ni por el Occidente ni por el Norte. La línea de sus murallas y de sus torres, las agujas de sus numerosos minaretes, y las cimbras de sus cúpulas se destacan con desnudez y crudeza sobre el azul del cielo de Oriente; y la ciudad, sentada sobre un extenso y elevado terraplén, parece brillar aún con el antiguo esplendor de sus Profetas, y sólo esperar una palabra para salir resplandeciente de sus diez y siete ruinas sucesivas, y llegar á ser la

Jerusalén nueva que sale del seno del desierto refulgente de luz.

Esta perspectiva es la más asombrosa que puede presentar á la vista una ciudad destruida; así es que parece existir radiante aún de juventud y vida; y si se mira con mayor atención, se conoce que no es, en efecto, sino una hermosa sombra de la ciudad de David y de Salomón.

Ningún ruido se percibe en sus plazas y calles; no hay caminos que conduzcan á ninguna de sus puertas por Oriente ni Occidente, por Mediodía ni Septentrión: sólo se encuentran algunas tortuosas sendas que serpentean al acaso por entre peñas, en las que únicamente se ven algunos árabes medio desnudos montados sobre sus jumentos, algunos camellos de Damasco, y algunas mujeres de Belén ó de Jericó, llevando sobre sus cabezas una cesta de uvas de Engaddi ó una canasta con palomas, que van á vender por la mañana bajo los terebintos, fuera de la ciudad.

Pasamos el día sentados enfrente de Jerusalén; dimos la vuelta entera á sus murallas, y cruzamos por delante de todas sus puertas. Nadie entraba por ellas, nadie salía, ni siquiera un mendigo; el centinela no se presentaba en el umbral: nada absolutamente vimos ni oímos, y el mismo silencio, el mismo vacío observamos á la entrada de una ciudad de treinta mil almas durante las doce horas del día, que si las hubiésemos pasado delante de las puertas de Herculano ó de Pompeya. Sólo percibimos cuatro convoyes fúnebres que salieron silenciosos por la puerta de Damasco, dirigiéndose á lo largo de la muralla hacia los cementerios turcos, y á un pobre cristiano que había muerto de la peste, y que cuatro enterradores conducían al cementerio de los griegos; éstos pasaron por cerca de nosotros, tendieron en tierra el cadáver, envuelto en sus

vestidos, y cavaron silenciosamente el último lecho á los pies de nuestros caballos.

Alrededor de la ciudad está la tierra removida recientemente para la sepultura que cada día multiplica la peste; y el solo ruido que se oía fuera del recinto de Jerusalén era el monótono lamento de las mujeres turcas que lloraban á sus muertos. No sé si sería la peste la única causa del profundo silencio que reinaba dentro y fuera de la ciudad; mas no lo creo, porque los turcos y los árabes no huyen de las plagas de Dios, persuadidos de que en cualquiera parte les pueden alcanzar, y que no hay camino para evitarlas. Esta razón, que por una parte es sublime, les hace deducir funestas y falsas consecuencias. Á la izquierda de la plataforma del templo y de las murallas de Jerusalén, la colina que sostiene la ciudad se baja de repente, se ensancha y se desplega ante la vista en suaves pendientes, sostenidas acá y allá por terraplenes de piedras movedizas: en la cumbre de esta colina, á dos ó trescientos pasos de Jerusalén, se ve una mezquita y un grupo de edificios turcos, semejantes á una aldea de Europa, con su iglesia y campanario: allí está Sión y el palacio y el sepulcro de David, el lugar de sus inspiraciones y de sus delicias, de su vida y su descanso.

Este sitio es sumamente sagrado para mí, como para todo aquél cuyo corazón ha conmovido, y cuya imaginación ha exaltado el cantor divino. David es el primero de los poetas para excitar el sentimiento, y es el rey de los líricos. ¡Jamás la fibra humana ha producido sonidos tan acordes ni tan íntimos! ¡Jamás el pensamiento del poeta se ha elevado tanto, ni clamado con tanta exactitud! ¡Jamás el alma del hombre se ha explayado ante Dios, y delante del hombre con expresiones y sentimientos tan tiernos, tan simpáticos y conmovedores! Los gemidos

más secretos del corazón humano han hallado su expresión en el arpa sagrada de aquel hombre admirable.

Trasladándose á la época remota en que resonaron sus cantos en la tierra, meditando que en aquel tiempo la poesía lírica de las más cultas naciones sólo cantaba el vino, el amor, la sangre y los triunfos de las musas y de las carreras en los juegos de la Elida, se estremece uno de asombro al contemplar los acentos místicos del rey profeta, que habla al Dios criador como habla un hombre á su amigo; que comprende y ensalza sus maravillas, que admira su justicia, que implora su misericordia, y que parece un eco anticipado de la poesía evangélica, repitiendo las dulces palabras de Jesucristo sin haberlas oído. Profeta según el cristiano, y poeta según el filósofo, ninguno de los dos podrá negarle una inspiración que no ha sido concedida á ningún hombre; el que lo dude, que lea á Píndaro y á Horacio, después de haber leído un salmo: en cuanto á mí, no puedo leer los primeros, después de leer á David.

Si yo, poeta humilde, en un tiempo de decadencia y de silencio, hubiera de vivir en Jerusalén, escogería para mi habitación y mi sepulcro el lugar que escogió David en el Sión; es la mejor vista que ofrecen Judea, Palestina y Galilea.

Jerusalén está á la izquierda con el templo y con sus edificios, y el rey profeta podía fijar en ella sus ojos sin ser visto. Delante había deliciosos jardines, que bajando en suavísimas pendientes podían conducirle hasta el fondo del cauce del torrente cuya espuma le gustaba ver y cuyo rumor se complacía en oír. Más abajo se abre y extiende el valle sombreado por las higueras, por los granados y por los olivos; y sobre algunas de las rocas que están suspendidas encima de la corriente, en algunas de estas grutas sonoras, refrescadas por su brisa y al dulce

murmullo de sus aguas; al pie de alguno de los terebintos, abuelos del mismo que me cubre, es adonde venía sin duda el poeta sagrado á esperar el soplo divino que con tanta melodía le inspiraba.

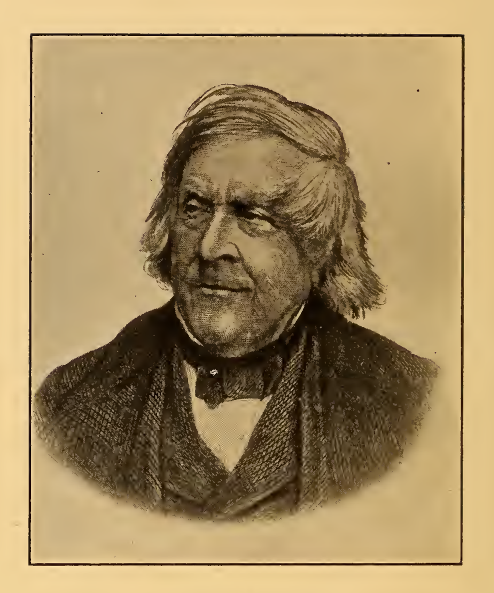
¡ Ah! ¡Que no pueda yo adquirir aquel soplo para cantar las tristezas de mi corazón y de las de todos los hombres en una era de inquietud, como David cantaba sus esperanzas en una edad de juventud y de fe! Ya no hay canto en el corazón de los hombres, porque no lo sabe entonar la desesperación: mientras no baje un nuevo rayo de luz sobre la tenebrosa humanidad, el hombre pasará en silencio entre abismos de dudas, sin amar, sin orar, ni cantar.

Pero volvamos al palacio de David, desde donde se sumerge la vista en el barranco de Josafat, regado y frondoso en aquel tiempo. Una ancha abertura en las colinas del Este conduce de pendiente en pendiente, de cima en cima y de ondulación en ondulación, hasta el lago del mar Muerto, que refleja los rayos de la tarde en sus pesadas y espesas aguas, como un espejo de Venecia, que da un tinte mate y de color de plomo al rayo de luz que lo ilumina: este mar no es, como uno se figura, un lago petrificado en un horizonte triste y sin color; desde aquí se asemeja á uno de los más hermosos lagos de Suiza ó de Italia, dejando dormir sus aguas tranquilas á la sombra de las altas montañas de Arabia, las cuales, á la manera de los Alpes, se extienden hasta perderse de vista por detrás de esas olas, y entre las cimas elevadas, piramidales, cónicas, ligeras, y brillantes de los últimos montes de Judea. Tal es la perspectiva que ofrece Sión.

ALFONSO DE LAMARTINE.

EL RUISEÑOR

JULIO MICHELET



Julio Michelet

JULIO MICHELET

Nació en París, en el año 1798, y falleció en 1874. Se dedicó, preferentemente á los estudios históricos. Dotado de una imaginación activa y poderosa y de un estilo gráfico y vivo, logró dar á sus libros de historia un encanto especial de evocación y un colorido extraordinario. Su *Historia de Francia* es famosa por estas cualidades, más que por la serenidad y firmeza de los juicios.

Escribió también otros libros interesantes, que le acreditan de moralista y de pensador, como *El Amor* y *La Mujer*, y una serie deliciosa de estudios de la naturaleza, titulados *El mar*, *La montaña*, *El insecto* y *El pájaro*. La siguiente monografía de *El Ruiseñor* forma parte de este último estudio citado.

EL RUISEÑOR

El célebre Prado de los Clérigos, hoy mercado de San German, en París, se convierte todos los domingos en feria de pájaros, interesante y curiosa por muchos conceptos. Es una enorme pajarera renovada frecuentemente, un museo vivo de ornitología francesa. Esta gran almoneda de seres vivientes, de cautivos que en su mayor parte sienten y lamentan su cautiverio, de esclavos que el mercader muestra, vende y avalora con más ó menos habilidad, nos recuerda los mercados de Oriente, las almonedas de cautivos humanos.

Los esclavos alados, sin conocer nuestras lenguas, expresan con no menos claridad que nosotros lo que es la esclavitud: unos, nacidos en ella, viven resignados; otros, sombríos y mudos, sueñan siempre con la libertad. Los hay que parece que se dirigen á nosotros, que quieren detenernos, como quien elige y trata de adquirir un buen amo. ¡Cuántas veces hemos visto á un jilguero inteligente

ó á un petirrojo fijar en nosotros una mirada expresiva que parecía decirnos: «Cómprame»!

En un domingo de este verano hicimos á esa almoneda una visita que no olvidaremos nunca. La feria era poco abundante y bulliciosa; había empezado la época de la muda de pluma y del silencio; mas no por eso nos sentimos menos conmovidos ni dejamos de interesarnos vivamente por aquellos pobres pájaros. El canto y el plumaje, estos dos magníficos atributos del ave, dificultan por lo regular la observación de sus costumbres y de su graciosa pantomima. Un solo pájaro, el burlón de América, tiene el ingenio del cómico; marca todos sus cantos con una música estrictamente apropiada al carácter de sus movimientos y acentuadamente irónica. Nuestros pájaros no poseen este arte singular; pero aun careciendo de él expresan tal vez sin pensarlo, por medio de movimientos significativos y con frecuencia patéticos, el estado de su espíritu.

Aquel día, la reina de la feria era una silvia de cabeza negra, pájaro artista de gran precio. Estaba colocada en la parte alta, encima de las demás jaulas, y como alhaja sin par. Esbelta y encantadora, revoloteaba con gracia indecible por el interior de su cárcel; acostumbrada al cautiverio en una larga educación, parecía no echar de menos nada. ¿Qué impresiones podía transmitir al alma ese pajarillo que no fuesen gratas? Visiblemente era un ser todo suavidad, y guardaban tal harmonía sus cantos con sus movimientos, que al verle moverse nos parecía oírle cantar.

Mucho más abajo, en una jaula diminuta, había un pájaro algo mayor que la silvia, cruelmente oprimido, que causaba pena el verle. Era un pinzón ciego. ¡Qué espectáculo más triste producía! Es preciso tener sentimientos bien ajenos á toda harmonía, un alma bárbara para

obtener el canto de esta víctima á costa de tan despiadado sacrificio. ¡Cuán dolorosamente sonaba en mis oídos el canto del pobre pinzón, al ver su actitud martirizada y trabajosa, que para colmo de tristezas recordaba las personas ciegas cuando cantan! Todos sus movimientos se asemejaban á los hombres ciegos que alguna vez han tenido vista. Á consecuencia de un esfuerzo constante, convertido en vicio, el pinzón inclinaba la cabeza hacia el lado derecho, y con sus ojos vacíos buscaba inútilmente la luz. Tenía ya torcido el cuello, se le hundía en la algo jorobada espalda, y se le hinchaba al cantar, dando señales de un gran esfuerzo. Este desdichado músico, que así contrahecho y desfigurado, no por eso dejaba de cantar, hubiera sido la imagen vil del esclavo artista, á no estar ennoblecido por su indomable esfuerzo en perseguir la luz, buscándola siempre arriba, é inspirando su cantar en el invisible sol cuyo recuerdo conservaba.

Medianamente capaz de educación, este pajarillo repite con maravilloso y acerado timbre la canción de su bosque natal, con el acento especialísimo del cantón en que ha visto la luz, pues se ha observado repetidamente que los pinzones cantan dialectos especiales, según los sitios donde han nacido.

Fieles á sí mismos, los pinzones no cantan más que la canción de su cuna, siempre con el mismo tono, pero apasionadamente y con emulación extraordinaria. Colocado frente de un rival, la repite centenares de veces consecutivas, hasta que muere del esfuerzo. No me admira que los belgas celebren con pasión las luchas de este héroe del canto nacional, del cantor de sus bosques de Ardenas, y concedan premios y coronas y hasta erijan arcos de triunfo á esa abnegación suprema que con la vida compra la victoria.

Más abajo todavía que el pinzón y en mísera y pequeñísima jaula en la que estaban confundidos unos seis pájaros de tamaños diferentes, mostráronme un prisionero en el cual no había yo reparado: un ruiseñor de pocos meses, cogido aquella mañana misma. El pajarero, calculando perfectamente que la vista de los juegos de la infancia suaviza los grandes dolores, había con maquiavélica astucia colocado al triste cautivo entre unos cuantos pequeños esclavos, pichones trogloditas nacidos en la misma jaula, muy alegres y ya acostumbrados á la reclusión.

Grande, inmenso, patente, más que el que nosotros expresamos por medio de las lágrimas, era el dolor de aquel ruiseñor; dolor mudo, reconcentrado, que no buscaba más que las tinieblas. El pobrecito, refugiado en la sombra, en el fondo de la jaula, dentro de un pequeño comedero y con las plumas esponjadas, tenía cerrados los ojos y no los abría ni aun cuando los demás, en sus bulliciosos juegos, chocaban con él ó se le colocaban encima. Era evidente que el ruiseñor no quería ver, ni oír, ni comer, ni consolarse. Aquellas tinieblas voluntarias eran, en medio de su cruel dolor, *un esfuerzo para no ser*, un suicidio intencional. Abrazábase á la muerte con el espíritu y moría cuanto le era posible suspendiendo los sentidos y toda actividad externa.

Es de advertir que en la actitud del pájaro nada había de rencoroso, de amargo ó de colérico, nada de cuanto hubiese podido recordar á su vecino, el áspero pinzón, en su actitud violenta y martirizada. Ni aun la indiscreción de los pajarillos, que sin cuidado ni respeto se arrojaban contínuamente sobre él, le arrancaba demostración alguna de impaciencia. «Á aquél que no es, ¿qué le importa?» decía visiblemente entre sí el ruiseñor. Aunque éste tuviese cerrados los ojos, no por eso leía yo con menos

claridad lo que pasaba en su interior; sentía en él un alma de artista, toda dulzura y toda luz, sin hiel y sin odio contra la barbarie del mundo y la fiereza del destino. Y esto era lo que le sostenía la vida, lo que le impedía morirse, lo que, en el dolor profundo en que estaba sumergido, le hacía hallar en sí mismo el poderoso cordial inherente á su naturaleza: *la luz interna, el canto,* que es una misma cosa en lenguaje de ruiseñor.

Comprendí entonces que aquel desdichado no se moriría, porque aun en aquel momento, á pesar suyo y del gusto que sentía por la muerte, cantaba. Sí, su corazón cantaba este himno que yo oía perfectamente:

Dejadme que recobre
La libertad . . .

Nunca pude pensar que en la feria aquella hiriese de nuevo mi alma este canto que en otros días oí de una boca que no volverá á abrirse; canto que me había conmovido el corazón y abierto en él una herida que el tiempo no sería parte á cicatrizar.

Condolido del pobre ruiseñor, pregunté á su carcelero si le vendía.

— No, — me respondió astutamente éste; — es demasiado nuevo todavía, y no come solo.

Mentira evidente, pues el ruiseñor no era de aquel año. Lo que quería el pajarero era guardarlo hasta el invierno, para venderlo entonces á buen precio, cuando hubiese recobrado la voz. Un ruiseñor como aquél, nacido libre, que es el único verdadero ruiseñor, tiene un precio muy superior á los que nacen en la jaula, pues habiendo conocido la libertad y la naturaleza y echándolas de menos, canta de un modo muy distinto; y es que la parte principal del numen del gran artista es el dolor.

Artista he dicho, y mantengo la palabra. El ruiseñor no admite analogías ni comparaciones; es el arte mismo.

Á mi ver, el ruiseñor no es el primero, sino el único individuo del mundo alado al que puede aplicarse este nombre. ¿Por qué? Porque sólo él es creador, porque sólo él varía, enriquece, amplifica su canto, y añade á éste cantos nuevos. Sólo él es fecundo y variado por sí; los demás lo son por la enseñanza y la imitación. Él es resumen y síntesis del canto de casi todos los pájaros, pues no hay uno de ellos, aún de los de garganta más melódica, que no module algunas notas de aquél.

Únicamente otro pájaro, en lo ingenuo y sencillo, alcanza como el ruiseñor efectos sublimes: la alondra, hija del sol. El ruiseñor también se inspira en la luz, de tal modo que en el cautiverio, solo, privado de amor, la luz solamente basta para hacerle cantar. Si se le mantiene por espacio de algún tiempo sin luz y luego de repente se le coloca en ella, delira de entusiasmo y rompe en himnos admirables. Hay, sin embargo, entre el ruiseñor y la alondra una diferencia, y es que ésta última no canta en la obscuridad, por carecer de la melodía nocturna, del conocimiento de los prodigiosos efectos de la noche, de la profunda poesía de las tinieblas, de la solemnidad de la media noche, del inefable deseo del alba; en una palabra, de ese poema tan variado que nos traduce, nos descubre en todas sus peripecias un gran corazón lleno de ternura. La alondra posee el numen lírico; el ruiseñor la epopeya, el drama y el combate interno: de ahí una luz aparte. En plenas tinieblas su alma y el amor lo inundan de luz, y á las veces le descubren, al parecer, el más allá del amor individual, el océano del amor infinito.

¿Cómo, pues, no llamar artista al ruiseñor, cuando tiene el temperamento de tal en el grado supremo á que rara

vez alcanza el hombre? Cuanto es inherente al artista, cualidades y defectos, los posee en grado superlativo. Es salvaje y tímido, y aunque receloso, no es astuto: no consulta para nada su seguridad y viaja siempre solo; es celoso hasta el enfurecimiento, y posee en alto grado la emulación. «Reventaría cantando en competencia,» como dice uno de sus panegiristas. Cuando canta se escucha y se coloca con preferencia en los sitios donde haya eco, para oír y responder. Nervioso hasta la exageración, sujeto á los ataques de nervios, á la epilepsia, vésele, en el cautiverio, tan pronto dormir largo tiempo y entregado á sueños agitados, como bregar, velar y revolverse.

El ruiseñor es bueno y feroz. Me explicaré. Para los endebles y los pequeños su corazón es todo ternura: dénle pajaritos huérfanos, y de ellos se encargará con calor; macho y viejo, los cuidará con el amoroso afán que pudiera hacerlo una hembra. Pero tratándose de los insectos con los cuales se alimenta no siente piedad, los devora con avidez, y es que la llama que arde en él y lo mantiene casi siempre flaco, le hace sentir constantemente la necesidad de renovación, llama que, por otra parte, es una de las causas de que pueda cogérsele tan fácilmente. Basta para ello tender el lazo, por la madrugada, en abril y mayo sobre todo, cuando agota sus fuerzas cantando toda la noche. Al llegar la aurora, extenuado, débil, ávido, se precipita ciego sobre los insectos que contiene el lazo, ya á impulsos del hambre ó de la curiosidad, pues el ruiseñor es en extremo curioso, y en el pecado lleva la penitencia.

Una vez cogido, hay que atarle las alas, ó más bien acolchar el interior de la jaula donde se le encierre, pues si no se mataría en su azoramiento y en la violencia de sus saltos. Esta violencia es puramente externa: en lo

esencial es suave y dócil, y esto es lo que le coloca en lugar tan eminente y le hace verdadero artista.

El ruiseñor es no sólo el pájaro más inspirado, sino también el más educable, el más civilizable y el más laborioso. Es espectáculo curioso el ver á los pequeñuelos al rededor de su padre, con el oído atento, aprovecharse de las lecciones, formar la voz, corregir poco á poco sus faltas, su aspereza de novicios y suavizar sus tiernos órganos. Pero ¡cuánto más curioso es aún el verle formarse á sí mismo, juzgarse, perfeccionarse, escucharse al entonar nuevas canciones! Esta perseverancia, esta gravedad, provienen de una especie de religión interna, es la moralidad del artista, su consagración divina, que lo coloca aparte y no consiente que se le confunda con el improvisador vano, cuya cháchara inconsciente es un simple eco de la naturaleza.

Así, el amor y la luz son sin duda su punto de partida; pero el arte, el amor á lo bello, confusamente vislumbrados y sentidos por modo vivísimo, son un segundo alimento que sostiene su corazón y le anima con nuevo soplo; y esto sin límites, hasta lo infinito. La verdadera grandeza del artista es superar el arte, hacer más de lo que quiere, atravesar lo posible y ver todavía más allá.

De ahí proceden sus grandes tristezas, de ahí su manantial inagotable de melancolía y la sublime exageración de llorar tristezas nunca por él sentidas.

Los días que el ruiseñor pasa en silencio no son estériles para él: durante estos días se reconcentra y reflexiona, incuba los cantos que ha ido ensayando y los modifica y los mejora con gusto y tacto perfectos, sustituyendo las falsas notas de un maestro ignorante con variantes harmónicas é ingeniosas. El aire imperfecto que le enseñaron, y que no había repetido, lo reproduce entonces,

pero verdaderamente suyo, apropiado á su ingenio, convertido en melodía de ruiseñor.

«No os desaniméis, — dice un antiguo é ingenuo naturalista, — si el ruiseñor nuevo no quiere repetir vuestra lección y continua charlando; pronto os demostrará que no se le han olvidado las que há recibido durante el otoño y el invierno, *tiempo propio para la meditación por lo largo de sus noches;* ya las repetirá en la primavera.»

Tan pronto como llega diciembre, empieza á soñar en alta voz, á describir con notas conmovidas lo que pasa por delante de los ojos de su espíritu, esto es, los objetos ausentes y amados. Quizás olvida entonces que no ha podido emigrar, y que se encuentra en el sitio donde nació, en las comarcas iluminadas por un sol más ardiente. Quizás ve también en su imaginación florecer la rosa, en loor de la cual entona de nuevo, al decir de los poetas, su himno de amor imposible . . .

Yo creo sencillamente que ese canto noble y patético, de acento tan elevado, no es otra cosa que el ruiseñor mismo, su vida de amor y de lucha, su drama. Él ve los bosques, el objeto amado que los transfigura; ve la tierna vivacidad de éste y mil gracias de la vida alada que nosotros no podemos percibir. Habla á su amor y éste le responde, doble papel que desempeña él mismo, ora desplegando una voz grave y sonora, ora replicando con suaves y débiles sonidos. ¿Qué más? No me cabe duda alguna de que se le aparece el enajenamiento de su vida, la tierna intimidad del nido, la pobre casita que hubiera sido su cielo . . . Creyéndose en ella, cierra los ojos para hacer más completa la ilusión. El huevo se ha abierto, de él ha salido el milagro de su natividad, su hijo, el futuro ruiseñor, ya crecido y melodioso, la futura canción, que el padre escucha con éxtasis en el seno de las tinieblas de su jaula. Todo eso,

como se comprende, el ruiseñor lo ve y lo oye en una confusión poética, en la que los obstáculos y las luchas cortan y turban la fiesta del amor.

Pero como no hay dicha pura en la tierra, en medio de la que se da el cautivo surge un tercero. Nuestro ruiseñor entonces se anima por sí solo y se irrita y lucha manifiestamente contra el adversario invisible, *el otro*, el indigno rival que él ve con los ojos del espíritu.

La escena se desenvuelve en él de igual modo que ocurría en la primavera, cuando los machos regresan, hacia marzo ó abril, antes de que vuelvan las hembras, decididas á poner fin entre ellos á su gran combate de celos. Tan pronto como éstas regresan, todos deben permanecer sosegados y tranquilos, y no reinar más que el amor, la ternura y la paz. Aquel combate suele durar quince días, y si las hembras adelantan su llegada, entonces el esfuerzo que hacen los machos es mortal; realízase entre ellos al pie de la letra la historia de que tocó su cuerno de marfil hasta que acabó Rolando, con su fuerza y su vida. Ellos también cantan mientras que les queda aliento, hasta quedar victoriosos ó muertos.

Si, — como aseguran los naturalistas, — para cada hembra hay dos y á veces tres machos, se concibe que esta ardorosa emulación sea violenta; tal vez sea éste el primer destello y el secreto del numen.

La suerte del vencido es espantosa, peor que la misma muerte, pues se ve obligado á huir, á abandonar la comarca, á hacerse comensal de las tribus de pájaros inferiores, á convertir el canto en graznido, á olvidarse de quien es, á degradarse, á vulgarizarse entre el pueblo en medio del cual se refugia, donde poco á poco deja de hablar su lengua sin haber aprendido ninguna otra, hasta

el extremo de que á veces se encuentran ruiseñores que sólo tienen de tales la figura.

No basta derrotar al rival para obtener la victoria, sino que es menester agradar á la hembra, flecharla. ¡Oh momento sublime, suave inspiración del nuevo canto que va á conmover ese corazoncito altivo y salvaje y le hará abandonar la libertad por el amor!

La prueba á que en las demás especies la hembra sujeta al macho, consiste en que éste la ayude á labrar el nido, en que le demuestre su habilidad y el cuidado que va á tomarse por la familia, lo que hace que en ocasiones el efecto sea admirable. El pico en este caso se convierte de obrero en artista, de carpintero en escultor. Mas ¡ay! el ruiseñor carece de esta destreza; nada sabe hacer. El más insignificante de los pájaros es muchísimo más hábil que él como constructor de nidos. El ruiseñor no tiene más que la voz, con la que demuestra su arte y poderío cuando la suelta al viento. En esto es incomparable. Otros podrán hacer gala de sus obras; pero la obra propia de él es él mismo, que se muestra á sí, se revela y aparece grande y sublime.

No lo he oído nunca en ese momento solemne sin creer que no sólo debía de conmover el corazón de la hembra, sino que podía transformarla, ennoblecerla y elevarla, transmitirla un excelso ideal, imbuirla el sueño encantado de un sublime ruiseñor nacido de sus amores. Ésta es su incubación; incuba el ingenio de su amada, la rodea de poesía, la ayuda á crear en idea á aquél que va á concebir; que idea es el principio de todo germen.

Resumamos. Hasta aquí hemos podido determinar en el ruiseñor tres cantos: el drama del canto de combate, con sus alternativas de despecho y de orgullo, de bravata y de ásperos y celosos arrebatos; el canto de solicitación,

de tierno y suave ruego, pero mezclado de arrogantes movimientos de impaciencia casi imperiosa, bien que volviendo pronto á la ternura suplicante, y por último el canto de victoria: *He vencido, soy amado, soy rey, soy creador* . . . ¡Creador! palabra que encierra toda la intensidad de la vida y del amor, pues á ella, á su amada sobre todo, es á la que crea, en la que mira y refleja su ingenio, á la que transforma de suerte que ni uno solo de sus movimientos ni la más leve turbación ni el menor estremecimiento de sus alas dejen de ser su propia melodía.

De ahí el nido, el huevo y el hijo, síntesis de la canción, ahora realizada y viviente; de ahí que no se aleje ni por un momento durante el sagrado trabajo de la incubación. No quiere esto decir que se esté en el nido, sino en una rama próxima, un poco más elevado, pues sabe perfectamente que la voz produce más mágicos efectos desde alguna distancia. Desde su sitio el omnipotente mago continúa fascinando y fecundando el nido, cooperando al gran misterio, y engendrando con el canto, con el corazón, con el aliento, con la ternura y la voluntad.

Entonces es cuando hay que oírlo, escucharlo, en su bosque, participar de las emociones de esta fuerza fecundadora, quizá la que con más claridad nos revela al Dios todopoderoso, al Dios oculto, al Dios que no acertamos á comprender, que retrocede á medida que avanzamos, y cuyo velo, tras el cual se esconde, la ciencia descorre más cada día. «Helo ahí que pasa, — decía Moisés, — le he visto por la espalda.» — «¿No es él quien pasa? — exclamaba Linneo; — le he visto de perfil.» Cuanto á mí, cierro los ojos, y lo siento, con el corazón conmovido, deslizarse en mi ser cuando en una encantada noche oigo el canto del ruiseñor.

Acércaos, es un amante; pero no, retroceded, es un dios.

La melodía, vibrante de cerca é incitante fogoso de los sentidos, de lejos crece y se amplifica con los efectos de la brisa; es un canto religioso que llena la selva toda. De cerca no se oye más que el canto al nido, á la amante, al hijo; de lejos es la Naturaleza, madre é hija, amante eterna, que se canta á sí y se celebra; es lo infinito del amor que ama en todos y en todo canta; son los enternecimientos, los cánticos, las acciones de gracias que se cambian entre la tierra y el cielo.

. . . .

En mi infancia había ya experimentado estas sensaciones en nuestras campiñas del Mediodía, durante las espléndidas y estrelladas noches, cerca de la casa de mi padre. Más adelante las sentí con más intensidad, especialmente cerca de Nantes, en el vergel solitario donde yo vivía. Allí las noches, menos esplendorosas, estaban ligeramente veladas por una niebla tibia, al través de la cual las estrellas dirigían á la tierra suaves miradas. En el suelo, y en sitio poco oculto por cierto, al pie de un cedro y entre unas matas de hierba doncella, anidaba un ruiseñor, que á media noche empezaba su canto, no parando hasta el alba, dichoso, visiblemente enorgullecido de velar solo, de llenar con su voz aquel solemne silencio. Nadie le interrumpía, excepto, hacia la mañana, el gallo, ser de un mundo distinto, extraño á los himnos de los espíritus, pero centinela puntual que, para advertir al trabajador, se sentía obligado á cantar escrupulosamente la hora. El ruiseñor persistía durante algún tiempo más, como diciendo lo que Julieta á Romeo: «Todavía no clarea.»

El haberse establecido cerca de nosotros el mencionado ruiseñor, demostraba que no le atemorizábamos, que tenía un sentimiento de la perfecta seguridad de que

podía gozar al lado de los dos ermitaños del trabajo, entregados á éste por completo, benévolos y, no menos que el ermitaño alado, saturados de su canto y de su fantasía. Podíamos verlo á nuestro antojo, ya revoloteando en familia, ya sosteniendo duelos de canto con un orgulloso vecino que en ocasiones venía á retarlo. Estoy seguro de que á medida que transcurría el tiempo nos le hacíamos más agradables, como oyentes asiduos, como aficionados y tal vez como inteligentes, porque el ruiseñor, que necesita verse apreciado y aplaudido, agradece ostensiblemente que el hombre le preste oído atento, y conoce muy bien la admiración que en éste causa.

Véolo todavía no lejos de mí, á diez ó quince pasos á lo más, saltando y avanzando según yo caminaba, y manteniéndose siempre á la misma distancia, ya para permanecer fuera de mi alcance, ya para poder ser oído y admirado.

Para él no es indiferente nuestro traje. He notado que los pájaros en general no gustan del color negro. Al ruiseñor le inspira miedo. Yo vestía como él de gris y blanco, y adornaba mi sombrero de paja con algunas flores de aciano. Á cada instante veíale fijar en mí sus ojos negros, de vivacidad singular, esquivos y suaves y un sí es no es altivos, como si dijese: «Soy libre y tengo alas: contra mí nada puedes; pero me gusta cantar para tí.»

Durante el tiempo de las nidadas desatáronse fuertes tempestades, en una de las cuales cayó un rayo cerca de nuestra vivienda. No hay escena más conmovedora que la que ofrece la proximidad de estos momentos: falta el aire; los peces suben á la superficie de las aguas para respirar un poco; las flores se doblegan sobre su tallo: todo sufre; acuden las lágrimas á nuestros ojos. También

el ruiseñor tomaba parte en el penoso concierto. De su oprimido pecho, tan opreso como lo estaba el mío, partía un ronco suspiro, un grito semisalvaje.

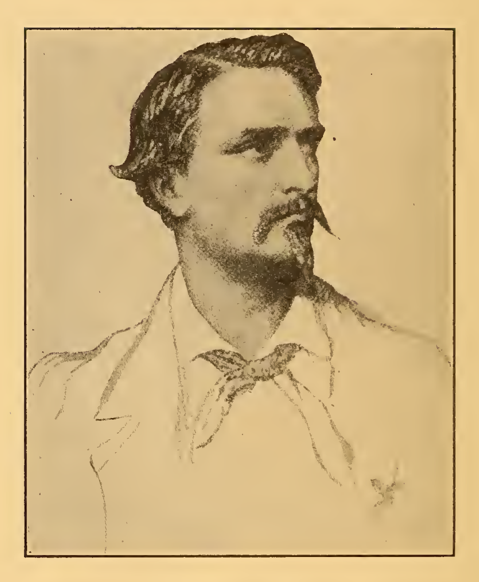
Levantóse de improviso el viento, y engolfándose en nuestro bosque doblegó los árboles más corpulentos, no perdonando ni al cedro; luego reventaron las cataratas del cielo, y todo quedó convertido en un mar. ¿Qué fué del pobre nido, abierto en el suelo, sin más abrigo que las hojas de la hierba doncella? El ruiseñor se salvó. Cuando apareció el sol, ví al cantor del bosque en los purificados aires volar y cantar más alegre que nunca. Todo el pueblo alado cantaba también á la luz; pero el ruiseñor más que los demás pájaros. Había recobrado su voz de clarín. Yo le veía al pie de mis ventanas, con la mirada ardiente y el pecho hinchado, embriagándose en la misma dicha que hacía palpitar el mío.

¡Oh alianza de las almas! ¿Cómo no te encuentras en todas partes, entre nosotros y nuestros hermanos alados, entre el hombre y toda la naturaleza viviente?

JULIO MICHELET.

EL HOMBRE POPULAR

FEDERICO MISTRAL



Federico Mistral

FEDERICO MISTRAL

Gran poeta y restaurador de la antigua lengua de los trovadores, llamada lemosín. Compuso el mejor Diccionario que se conoce de esa lengua, llena de dulzura y de majestad rítmica, y en ella escribió sus famosos poemas *Mireya*, *Calendal* y *Nesto*, su canto descriptivo *El Ródano* y una inspirada colección de poesías líricas tituladas *Islas de Oro*.

Con el poder de su iniciativa, de su esfuerzo y de su inteligencia soberana, produjo un glorioso renacimiento del habla y las costumbres caballerescas de los trovadores en el antiguo condado de Provenza, que es la región más hermosa y pintoresca del Mediodía de Francia.

Nació Mistral en Maillane (Bocas del Ródano) en el año 1830; fué laureado por la Academia Francesa á la edad de 25 años, y ha obtenido hace poco el premio de Nobel, por su labor moralizadora y por el singular deleite de sus poesías.

Su obra más celebrada es *Mireya*, poema descriptivo y sentimental, que fué traducido á todos los idiomas modernos.

Escribió también algunas narraciones en prosa, de entre las cuales hemos elegido la siguiente para esta colección.

EL HOMBRE POPULAR

El alcalde de Guigoñán tuvo la bondad de invitarme, el año pasado, á la fiesta de su pueblo. Nosotros habíamos sido camaradas de escritorio durante siete años, en la escuela de Monte Favat, pero después no habíamos vuelto á vernos.

— ¡Bendito sea Dios! — exclamó al verme — tú siempre estás lo mismo: fresco como una flor, bonito como una peseta, derecho como un bolo . . . Te habría reconocido entre mil.

— Sí — le respondí — siempre el mismo; sólo que la vista disminuye un poco, que las sienes ríen, que los ca-

bellos blanquean, y que cuando las «cimas están blancas, los valles ya no están calientes.»

— ¡Tonterías, amigo! Los viejos bueyes son los que hacen el surco más derecho . . . Y además no todo el que quiere llega á veterano . . . Pero vamos á comer.

Ya ustedes saben con qué abundancia se come en las fiestas de pueblo; y además yo respondo de que en la casa de mi amigo Bastaña nadie se muere de hambre.

Los platos con que en aquella tarde nos regaló eran dignos del tratamiento de «Excelencia»: truchas de la Sorga, cangrejos de río, carnes espléndidas, vinos de fama, licores de todas clases que adornaban el centro de la mesa, y una linda joven de veinte años para hacer el servicio.

Al llegar á los postres comenzamos á oír un ruido sordo que venía de la calle. *¡Run, run, run!* . . . Eran los tamboriles en manos de la juventud del pueblo, que venía, según costumbre, á dar serenata al señor alcalde.

— Abre la puerta, Fransoneta — gritó mi amigo Bastaña — ve á buscar las *fougasses* y ¡paf! lava las copas.

Cuando los músicos acabaron su primera tamborilada, comenzaron á desfilar tras de los jefes de la juventud en dirección á la sala, llevando todos ramitos de flores en el ojal, y acompañados no sólo del mozo que llevaba gallardamente los premios en lo alto de una vara, sino también de la banda de faranduleros y de muchachas.

Los vasos se llenaron de buen vino de Alicante; los enamorados, cada uno á su turno, cortaron un pedazito de mina; todos brindaron con entusiasmo á la salud del señor alcalde; y cuando todos hubieron reído, pronunció mi amigo este pequeño discurso:

— Bailad todo lo que os dé la gana, hijos míos, divertíos todo lo que podáis; en no dándose golpes y en no desordenando, todo está permitido aquí.

— ¡Viva el señor Bastaña! — gritó la juventud. Después todos se fueron, dando muestras de la mayor alegría.

Cuando quedamos solos el amigo Bastaña y yo, mi primera pregunta fué:

— ¿Cuánto tiempo hace que eres alcalde de Guigoñán?

— Cincuenta años.

— Con seriedad ¿hace ya cincuenta años?

— Sí, te lo aseguro; cincuenta años. Ya he visto pasar, querido, once gobiernos, y no creo morir, si el buen Dios me ayuda, sin enterrar todavía otra media docena.

— Pero ¿cómo has hecho para salvar tu puesto á través de tantos acontecimientos y de tantas revoluciones?

— ¡Ah, mi buen amigo, ésta es la madre del cordero! El pueblo, el buen pueblo, el bravo pueblo no quiere sino que le conduzcan; pero hay quien pretende conducirlo á palos, y no falta quien crea que debe conducirle dulcemente. Yo creo que es preciso conducirlo «alegremente.» Observa bien á los pastores: los más listos no son los que llevan siempre el garrote levantado, ni menos aún los que se acuestan bajo los sauces y se duermen sobre los repechos, sino los que marchan tranquilamente á la cabeza de sus rebaños, tocando sus flautas. El ganado que se considera libre, y que en efecto lo es, pace sin perder un mordisco todas las puntas de la hierba nueva; luego, cuando los vientres están llenos y la tarde comienza á declinar, el pastor toca el aire de retirada, y el rebaño emprende contento la ruta del corral. Yo hago lo mismo. Toco la flauta, y mi rebaño me sigue.

— ¡Tocas la flauta! Eso está bueno para contado . . . Pero en tu distrito habrá blancos y rojos, testarudos y descontentos, como en todas partes. Y luego, cuando llega la época de elecciones, ¿cómo te las arreglas?

— ¿Que cómo me las arreglo? Pues no metiéndome en

nada, mi buen amigo; porque decir á los blancos: votad por la República, sería perder su latín y su trabajo; y decir á los rojos: votad por las Flores de Lis, sería como escupir contra esa muralla.

— Pero ¿y los indecisos, los sueltos, los que no tienen opinión, los pobres inocentes, la buena gente que vacila, ¡caramba!, y que va según el viento?

— ¡Ah! ¿esos? cuando por casualidad me preguntan mi parecer en la barbería:

— Vean ustedes — les contesto — Basaquín no vale más que Basacán. Si votáis por Basaquín, este verano tendréis pulgas, y si votáis por Basacán tendréis pulgas este verano. Cuanto á nosotros los guigoñanenses, una buena lluvia nos conviene más que todas las promesas de los candidatos. Lo mejor, en realidad, sería elegir campesinos, como en Suecia y en Dinamarca, porque de otra manera nunca estaréis bien representados. Los abogados, los burgueses de todas clases, en fin, que mandáis al Parlamento, no piden sino una cosa: quedarse en París el mayor tiempo posible, para ordeñar la vaca y coger lo mejor del pesebre . . . ¡Poco les importa á ellos Guigoñán! Pero si, como yo os aconsejo siempre, vosotros eligiérais campesinos, las economías serían mayores, los grandes empleos se suprimirían, se abrirían canales, se abolirían los derechos reunidos, no se harían la guerra y se apresurarían á arreglar los negocios para volver á sus campos antes de la cosecha . . . ¡Pensar en que, habiendo en Francia más de veinte millones de *pies terrosos*, los campesinos no tienen bastante inteligencia para escoger entre ellos mismos unos trescientos que vayan á representar *la tierra*! . . . ¿Qué se arriesgaría con ensayar? En todo caso, más mal que los otros no lo habían de hacer.

Y cada uno exclamaba al oírme:

— «Este señor Bastaña, entre bromas y veras, no deja de tener razón.»

— Bueno — le dije — pero tú personalmente, tú, Bastaña, ¿cómo has hecho para conservar tu popularidad y tu autoridad en Guigoñán cincuenta años seguidos?

— Nada más sencillo — me respondió. — Mira, ahora tenemos necesidad de tomar el aire; levantémonos de la mesa, y cuando hayamos dado una ó dos veces la vuelta á Guigoñán, tú sabrás tanto como yo del asunto en cuestión.

Levantámonos, pues, de nuestras sillas, encendimos un cigarro y echamos á andar camino de las fiestas.

Delante de la puerta, en medio de la ruta, había unos cuantos muchachos que jugaban á los bolos. Un tirador levantó su pala, y su bola quedó en el mismo sitio después de haber ganado dos puntos de un solo golpe.

— ¡Suerte de Dios! — gritó mi amigo el alcalde.— ¡Eso sí que se llama tirar! Le felicito, Juan Claudio; he visto bastantes partidas y te aseguro que nunca ví escamotear una bola tan bonitamente. Eres un famoso tirador.

Y seguimos andando. Á pocos pasos dos chiquillas pasaron delante de nosotros con los brazos enlazados.

— Mire usted eso — dijo Bastaña — mire usted eso y dígame si no parecen un par de reinas. ¡Los cuerpos bonitos, las caritas finas, los pendientes á la última moda! ¡La flor del pueblo! . . .

Las chiquillas volvieron la cabeza y nos saludaron sonrientes.

Al atravesar la plaza, como pasásemos frente á una puerta donde un hombre estaba sentado:

— Y bien, maestro Quitrán — le dijo Bastaña — ¿vamos á luchar como hombres ó como semihombres este año?

— ¡Ah, mi buen señor — respondió el viejo atleta — ya no luchamos como nada!

— ¿Se acuerda usted del año en que se presentaron sobre el campo Meissonnier, Marseille y Rabassou, los tres luchadores más grandes de Provenza? Usted los derrotó á todos . . .

— ¡Cómo no había de acordarme! — dijo el luchador enardeciéndose. — Eso fué justamente el año de la toma de la ciudadela de Amberes; había un premio de cien escudos con un carnero para los semihombres . . . El prefecto de Aviñón me dió la mano. ¡Y luego las gentes de Bedarride que pensaron en batirse con las de Curtezón! . . . porque unos estaban de mi parte y otros en contra! . . . ¡Ah, qué tiempo! Hoy más vale no hablar de luchadores, porque ya no hay ni un hombre, señor, ni uno . . . y además ellos se entienden entre sí . . .

Cerca de la casa del viejo luchador dimos con el señor cura, que salía de su presbiterio.

— Buenas noches, señores.

— Muy buenas, señor cura . . . y ya que tengo el gusto de encontrarlo es necesario que hablemos un momento de cierto asuntillo. Esta mañana, en la misa, me pareció haber notado que nuestra iglesia va siendo demasiado estrecha, sobre todo para los días de fiesta . . . ¿No cree usted que sería bueno pensar en ensancharla?

— En ese punto, señor alcalde, comparto en absoluto vuestra opinión, porque en realidad los días de ceremonia no hay lugar para hacer un movimiento.

— Voy á ocuparme en eso, señor cura, voy á ocuparme en eso. En el primer consejo municipal propondré la cuestión, la estudiaremos pronto, y si la prefectura quiere prestarnos su ayuda . . .

— Magnífico, señor alcalde, magnífico; por mi parte no puedo menos que darle un millón de gracias.

Un momento después llegamos donde un muchacho que

iba á entrar en el Café del pueblo con la chaqueta sobre el hombro.

— ¡Bien, Juan, bien; ya se comprende que no estás enmohecido! Me dijeron algo de la buena sacudida que supiste dar al pisaverde que cortejaba á Madelón queriendo sustituirte.

— ¿Y acaso no estuvo bien hecho, señor alcalde?

— ¡Bravo! Es preciso no dejarse comer la sopa . . . Sólo que, para rota vez, te aconsejo que pegues menos duro.

— Vamos — dije á mi amigo — ahora ya comienzo á comprender.

— ¿Sí? Pues aguarda un poco aún — me respondió él.

Al salir de las fortificaciones encontramos un rebaño que ocupaba todo el ancho del camino. Bastaña gritó al pastor:

— Al solo ruido de los cascabeles dije para mí: ese debe de ser Jorge; ya ves cómo no me equivoqué. Tu rebaño parece un espejo. ¡Qué animales tan hermosos! Nadie sabe lo que les das de comer . . . Y lo que es el precio, estoy seguro de que no los darías, el uno con el otro, por menos de diez escudos.

— Seguramente que no — respondió Jorge. — Los compré en la feria fría de este año mismo . . . Crecerán todavía . . .

— No sólo eso, amigo, sino que un ganado como ese ha de producir camadas iguales . . .

— ¡Dios le oiga, señor alcalde!

Apenas habíamos acabado de hablar con el pastor, cuando vimos acercarse á un carretero llamado Sabatu:

— ¡Hola, chico! — le dijo Bastaña — tal vez no vas á creerme, pero es lo cierto que todavía estabas tú con tu carreta á media legua de distancia, cuando yo había ya adivinado tus latigazos.

— ¿De veras, señor?

— Nadie más que tú hace sonar la mecha de ese modo.

Y Sabatu hizo vibrar el aire con su fusta, para probarnos que el dicho de Bastaña era verdad.

Después encontramos una vieja que recogía hierbas en la orilla de los fosos.

— ¡Cómo! ¿Eres tú, Berangera? Pues has de saber que al mirarte por la espalda con tu *fichú* rojo, te había tomado por Teresona, la nuera del maestro Franc. ¡Vaya, es admirable que te le parezcas tanto!

— ¿Yo? ¡Este señor Bastaña siempre es el mismo! Figúrese usted que tengo ya setenta años . . .

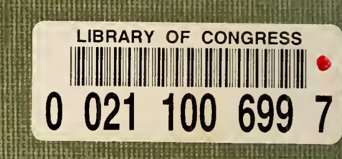
— Pues si te miraras por detrás, ya verías cómo estás guapa . . .

— ¡Siempre bromista, el señor alcalde! — decía la buena vieja echándose á reír. Y luego dirigiéndose á mí:

— Ya ve usted, señor, y no es porque él esté delante, pero en realidad, nuestro señor alcalde es una pura crema de hombre. ¡Tan familiarmente que habla hasta con los últimos del pueblo, hasta con los niños de tres meses! Por eso es que le queremos tanto, y que si él quisiera había de ser alcalde aquí toda la vida . . .

— Ya ves, buen amigo — me dijo Bastaña — que no fuí yo quien la hizo hablar . . . Á todos nos gustan las buenas tajadas, á todos nos agradan los cumplimientos, y todos gozamos al vernos tratados con buenas maneras . . . Ya se dependa del rey ó ya del pueblo, el que quiera mandar mucho debe hacerse agradable y gustar mucho también.

FEDERICO MISTRAL.


LIBRARY OF CONGRESS
0 021 100 699 7